

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo V

La puerta se cerró con un susurro a sus espaldas. El amortiguado sonido pareció prolongarse de forma indefinida en la percepción subjetiva de Lllamarada, como si se repitiera una y otra vez, aumentando con cada eco la sensación de irrealidad que la embargaba. *Esto no puede estar pasando*, se decía a sí misma. Le parecía como si, al cerrarse, la puerta del camarote de la capitán de navío Gen'yaa le hubiera cercenado una parte invisible de su cuerpo, mutilándola. *Las alas, me ha cortado las alas*. Lllamarada hizo una mueca, sintiéndose estúpida por pensar algo así. A pesar de todo no pudo evitar ceder al impulso de volver la vista atrás, esperando quizá ver restos de plumas y sangre entre las juntas de las puertas. *Qué cosas piensa una cuando acaban de tirarle a la unidad de reciclado de basura. Puede que sea la forma que tiene la mente de evitar hacerse ciertas preguntas. Preguntas como la de qué demonios voy a hacer yo ahora. Sí, ésa es un buen ejemplo*. Podía sentir a su lado la silenciosa presencia de Víbora, mirándola con el rabllo del ojo, sin saber qué decirle o quizá sin atreverse a hacerlo. Quizá tan sólo se preguntaba hasta cuándo iban a seguir plantados allí.

Esto no puede estar pasando.

El timbre electrónico de un comunicador se dejó oír en el pasillo. Lllamarada se miró el pequeño aparato adosado a su muñeca, pero no era el suyo el que sonaba.

- Es Ibero - dijo Víbora, apartándose el comunicador de la oreja izquierda - la más lejana a ella - y pulsando la tecla adecuada para devolverlo al modo pasivo. - Dice que nos están esperando en la sala de reuniones.

Lllamarada aceptó la información asintiendo una única vez con la cabeza y ambos echaron a andar, ella haciéndolo como si fuera una autómatas. Sus pasos levantaban ecos en el pasillo vacío. Lllamarada se preguntó por qué Ibero había llamado a Víbora en lugar de a ella. No había forma de que estuviera al corriente de que había sido relevada, ¿o sí? Quizá había sido obvio para todos, excepto para ella misma, que eso era lo que la capitana se disponía a hacer, pero no por eso dejó de sentirse molesta con Ibero. *Aunque lo haya adivinado, mira qué listo, podría haber esperado a que yo se lo confirmara en persona. Maldita sea*. Miró a Víbora por un instante, y al hacerlo le dio la impresión de que su compañero acababa de girar la cabeza. Ahora su expresión era neutra, demasiado neutra quizá, casi como si estuviese disimulando. El enfado de Lllamarada creció para abarcarlo también a él y situarlo de hecho en el objetivo central de su ira. *Ni siquiera me ha dicho que lo siente. Víbora el perfecto. El que nunca se equivoca. Probablemente llevaba tiempo buscando una ocasión como ésta para tomar el mando y poder hacer las cosas a su manera. Oh, él nunca cometería los mismos errores que yo. Me pregunto qué habría hecho si se hubiese visto en la misma situación...*

Llamarada fue consciente en ese momento de que si estaba esperando a que Víbora dijese "lo siento" era tan sólo para poder contestarle de mala manera, con algo cruel y dañino. Tal vez un sarcástico comentario acerca del oficial imperial que se convirtió en comandante rebelde. *Puede que ése fuera su plan desde el principio. Ahora sí que está bien situado para vendernos al Imperio... ¡Oh, vamos, Avery, eso es ridículo!* Llamarada miró de nuevo al que hasta hacía unos minutos había sido su segundo, su oficial ejecutivo. Ni él ni tampoco Ibero tenían la culpa de nada, no se merecían que dirigiera hacia ellos su rencor. Pero tampoco era culpa de ella. Sí, era una tragedia lo de esos refugiados, y lo sentía de veras, pero Alce y ella habían hecho sólo lo que debían. Incluso la capitán de navío Gen'yaa, esa pretenciosa y egocéntrica bothan, tenía que ser capaz de comprenderlo. El comité de investigación también tendría que entenderlo.

¿Pero y si no lo hacían? O peor aún, ¿y si lo único que querían era alguien a quien enterrar vivo para minimizar las consecuencias políticas del incidente? *Oh, mierda, cómo odio la política. Las cosas estaban mejor cuando se trataba tan sólo de elegir entre nosotros o los imperiales.*

No tenía sentido seguir dándole vueltas. Siempre se había enorgullecido de tener una mente práctica. *Resolvamos el problema más inmediato*, se dijo. Debía explicarle al resto del escuadrón lo que estaba sucediendo y después quitarse de en medio. Eso podía hacerlo. Ya estaban llegando a la sala de reuniones. La puerta estaba abierta, pero no había nadie fuera esperándoles. Llamarada sintió la tentación de pedirle a Víbora que se encargara de todo, que informara él a los pilotos mientras ella se iba directamente a su camarote. A ducharse y a dormir, como se había propuesto antes de recibir la llamada de Gen'yaa. ¿Y no era eso acaso lo que la capitana le había ordenado? Se detuvo un metro antes de llegar a la puerta. Víbora la miró sin comprender, pero antes de que tuviera ocasión de preguntarle qué pasaba, Llamarada vio volverse hacia ella las caras de todos los que esperaban allí dentro. Su escuadrón. Su ex escuadrón. Las conversaciones que apenas había empezado a oír durante el último segundo cesaron de repente. Llamarada vio auténtica preocupación en aquellos rostros. Se recordó a sí misma que se había pasado años luchando junto a esa gente. Se merecían escuchar de sus labios y no de los de ninguna otra persona qué era lo que había pasado. Sí, tenían que oír su versión de los hechos, y al infierno con las órdenes de Gen'yaa en cuanto a eso, antes de que hubiera una versión oficial que lo deformara todo. Se lo debía a ellos y también a sí misma. El momento de debilidad quedó atrás y Llamarada entró decidida en la sala.

Alce ocupaba un asiento en la primera fila, junto con Torpedo e Ibero, pero parecía perdido en sus propios pensamientos. Llamarada se preguntó si se había dado cuenta siquiera de que había llegado, pero en ese momento sus miradas se encontraron. El dolor que vio en los ojos del hombre del que se creía enamorada la dejó consternada. Se dio cuenta con profundo arrepentimiento de que en los últimos minutos había estado pensando nada más que en sí misma. Pero Alce, y no ella, había sido quien había lanzado los torpedos. Para él tenía que ser muchísimo peor el saber que realmente había matado a personas inocentes, aunque no supiera lo que hacía en el momento de disparar. *Y tú pensando en tu carrera y en tus absurdas paranoias...* Llamarada resolvió tener una larga conversación con Alce cuando terminaran aquí. Le haría ver que no tenía razones para sentirse culpable por nada, que le

podía haber sucedido a cualquiera. Sí, cuando pudieran hablarlo entre ellos, compartir lo que pensaban, lo que sentían, y ofrecerse su mutuo apoyo, ambos se encontrarían mejor.

Estaba deseando ya que llegara el momento de tener esa charla. Ese pensamiento positivo sirvió para reafirmarla y darle fuerzas para enfrentarse a lo que tenía que hacer ahora. Lllamarada se dirigió sin titubear hacia el estrado que presidía la parte delantera de la sala, de frente a los asientos.

No todos los pilotos del escuadrón estaban allí. Ermitaño era el único representante de los Sombras de Lobo, y la miraba con preocupación pero sin ansiedad desde su asiento en la segunda fila, aparentemente ignorante de todo lo que había ido mal en su última misión. Los otros dos grupos estaban casi completos, aunque muchos vestían aún sus equipos de vuelo completos, y se les veía tan cansados como se encontraba ella. Lllamarada sabía - ella misma había impartido las órdenes pertinentes - que algunos formaban parte de la otra patrulla enviada en busca de transportes seibergios - *y que no tuvieron la mala suerte de encontrarlos*, se dijo con ironía -, mientras que el resto habían llevado a cabo una misión sobre la Región Balania que tenía como objetivo asegurarse de que no había paramilitares seibergios en los alrededores de los campos de refugiados. Tenía muchas ganas de interrogar a Grozник, el piloto wookiee que dirigía normalmente a los Zarpas de Lobo - los ala-B -, y que le dijera si habían visto algún rastro de tropas regulares seibergias. Tuvo que esforzarse para no torcer el gesto al recordar que tendría que ser Víbora el que hablara con Grozник y actuara en consecuencia. Lllamarada esperó a que su oficial ejecutivo - ahora comandante - tomara asiento al otro lado de Ibero y tomó aire. *Vamos allá.*

Pero antes de que tuviera ocasión de pronunciar una sola palabra, una voz de mujer se dejó oír al fondo de la sala.

- Por favor, Lllamarada, dime que no es verdad lo que he oído - El tono de voz de Rúster no era el de alguien que pedía, sino más bien el de quien exigía, mucho más agudo de lo que era habitual en ella, casi un grito en realidad. Eso sorprendió a Lllamarada, pero lo que de verdad le echó atrás fue ver a la propietaria de esa voz. Rúster estaba de pie en un rincón, todo en su postura sugiriendo que se mantenía aislada de los demás a propósito. Lllamarada nunca había visto sus receptores neurales de un color tan azul. La luz que proyectaban conferían al rostro de la lumi una cualidad extraña, fantasmagórica. Lo cierto es que daba miedo mirarlo. Allí no había ni rastro de la proverbial amabilidad de la piloto de búsqueda y rescate. Lllamarada se preguntó cómo era posible que hasta ese momento no hubiera reparado en ella.

- Ru...

- ¡Por favor, dime que no es verdad!- Todo el mundo miraba hacia atrás, tan sorprendidos como Lllamarada de oír hablar a Rúster con semejante ira. *Bendita sea la Fuerza*, pensó Lllamarada. *Hubiera jurado que Rúster era incapaz siquiera de sentir algo parecido a la ira.*

- Rúster, no sé que es lo que te han dicho, pero...

- ¿No lo sabes? Seré más clara entonces... ¡Dime que no es verdad que tu patrulla ha derribado un transporte cargado de refugiados balanios!

La sala se llenó en un instante de exclamaciones de sorpresa e incredulidad, y uno tras otro, todos los rostros se fueron volviendo hacia Lllamarada. En las miradas de sus pilotos vio el mismo estupor y la misma

angustia que había puesto Rúster en su demanda, la misma impaciencia por oír la respuesta de sus labios. Dinos que no es verdad. Víbora e Ibero intercambiaron una mirada de extrañeza. Nadie que no hubiera estado sentado en la mesa de reuniones del camarote de Gen'yaa debería saber nada de eso. Lllamarada miró a Ermitaño, pero el piloto de ala-A se limitó a negar con la cabeza, sin saber muy bien qué se le estaba preguntando. El joven era el único de los cuatro que no había sido convocado por la capitana. No tenía forma de saber que la nave derribada por Alce no era lo que habían creído que era, y por tanto difícilmente podía haber cometido indiscreción alguna. En realidad no importaba cómo o por boca de quién se había enterado Rúster del accidente. Ya se encargaría alguien de descubrir dónde se había producido la fuga de información. *Accidente*, se repitió a sí misma. Parecía una palabra tan adecuada... *Fue un accidente, Ru. Un accidente*. Lllamarada no lo dijo en voz alta. Sabía que tendría que explicarse mucho mejor que eso si pretendía que Rúster lo viera de esa forma. Lllamarada se sentiría feliz si pudiera convencer a aquellos que la miraban ahora, sus compañeros, sus amigos, de que Alce y ella no habían asesinado a nadie. No a propósito, ni tampoco por negligencia. Que el resto de la galaxia los condenaran después si querían, pero no ellos. No Rúster, entre todos. Lllamarada volvió a mirar a Alce. Parecía incluso más hundido que hacía un instante, con los dedos de las manos entrelazados y mirándose la punta de las botas. Lllamarada quiso gritarle que la mirara a ella, que leyera en sus ojos lo que pensaba. *No, amor, no lo creas, no pienses que has hecho nada malo. Tú sabes que fue un accidente, ¿verdad?* Y de pronto, sin previo aviso, le invadió un pensamiento más terrorífico incluso que todos los que la habían asaltado hasta ahora.

¿De verdad es eso lo que creo yo? ¿Que fue un accidente? ¿Acaso no era mi deber ordenar a Alce que no disparara?

Lllamarada se dio cuenta de que a quien tenía que convencer, antes que a nadie, era a sí misma. ¿En qué momento había comenzado a dudar? Con un audible suspiro, Lllamarada abandonó cualquier pretensión de estar en calma o de tenerlo todo bajo control. Agachó la cabeza por un instante y dejó de luchar sino un error más. No se trataba de convencer a nadie de nada, ni de hacerles ver las cosas desde su punto de vista. Ya ni siquiera estaba segura de cuál era su punto de vista. Lo que tenía que hacer era limitarse a contar lo que había pasado, al menos la parte que ella había visto, y dejar que cada uno sacase sus propias conclusiones. Y sus propios juicios.

- Lo siento, Rúster - dijo al fin. - Me gustaría poder decirte que no es verdad, pero no puedo.

El silencio que siguió a esa declaración fue peor que las exclamaciones de un momento antes. Incluso Rúster parecía demasiado conmocionada para decir nada. Uno de los pilotos de ala-B, el simpático y bonachón Parody, se levantó y dio un par de pasos hacia la lumi antes de que ésta le detuviera alzando una mano frente a él.

- ¡Quédate donde estás, Parody!- El tono de Rúster no dejaba lugar a dudas sobre si lo decía en serio. Parody se quedó petrificado. - Y ni siquiera intentes tocarme. Que nadie me toque ahora, por su propio bien - Parody asintió lentamente y volvió a su sitio con una expresión dolorida. Lllamarada sabía que Rúster y él se conocían desde hacía más de dos años - una eternidad cuando se hablaba de pilotos de guerra -, cuando ambos, junto con Groznic y el propio Alce habían servido en diferentes unidades a bordo del

crucero moncalamari *Libertad*, destruido posteriormente en la batalla de Endor. No era difícil adivinar que Parody jamás había visto a Rúster tan fuera de sí, ni estaba acostumbrado a ser tratado con tanta rudeza por su parte. Sentado junto a él, Groznik aulló por lo bajo. Con la excepción quizá de los pilotos que llevaban menos tiempo en el escuadrón, todos comprendieron a qué se refería Rúster al avisar que no la tocaran. Bajo semejante estado de excitación, los receptores neurales de la lumi podrían reaccionar a cualquier contacto como si se tratara de una amenaza, fustigando al teórico asaltante con una descarga eléctrica. Lllamarada se acordaba de una ocasión en la que, en el curso de un estúpido experimento sugerido por Ibero y por Granito, Rúster había dejado fritas las luces de un almacén junto con la cerradura electrónica de la puerta y los comunicadores de los tres, dejándolos encerrados, incomunicados y a oscuras hasta que alguien los encontró horas más tarde. El recuerdo de aquel hilarante suceso no le hacía gracia en este instante. Incluso sin instrumentos que lo confirmaran, resultaba obvio que los apéndices de Rúster habían alcanzado un nivel de carga sin precedentes. Quizá no tanto como para matar a un humanoide, pero seguro que más que suficiente para mandarlo derecho a la enfermería durante varios días. El repentino brillo de miedo en los ojos de Rúster demostró a Lllamarada que la pacífica lumi era plenamente consciente del peligro que representaba en esos momentos para sus compañeros, y de ahí la violencia de su reacción.

- Quizá todos nosotros deberíamos calmarnos un poco - comenzó a decir Solo, el piloto de origen coreliano que comandaba a los Colmillos de Lobo -, y dejar que nuestra comandante se explique. ¿Lllamarada?

Ya no soy comandante de nadie, pensó Lllamarada con amargura, pero agradeció la intervención de Solo con un fruncimiento de labios que había pretendido ser una sonrisa. Al mirarlo se le vino a la cabeza el hecho de que, por todo lo que sabía, el piloto del transporte derribado era coreliano como él. Cuando Lllamarada se lo preguntó al poco de llegar aquí, Solo había admitido que había estado en Seibergia, e incluso en la propia Región Balania, durante sus días como piloto de carga. Le había dicho también que no se preocupara, que los tradicionales vínculos entre corelianos y seibergios no le afectaban en lo referente a hacer su trabajo. *Pero a lo mejor esto sí que te afecta.*

- Gracias, Solo - dijo respirando muy hondo, haciendo acopio de fuerzas. Estaba decidida a contarle todo con la mayor sinceridad, pero no podía dejar que esta reunión se le escapara de las manos antes de empezar siquiera - Eso es justo lo que voy a hacer si nadie más tiene objeciones - continuó mirando directamente a Rúster y utilizando a propósito un tono más frío e impersonal. La piloto de búsqueda y rescate le devolvió la mirada durante unos instantes y finalmente se encogió de hombros. Lllamarada podía - o creía - entender bien lo que sentía la lumi, pero no podía permitir que ni ella ni nadie rompiera la disciplina de esa manera. Incluso en el escuadrón Cabeza de Lobo, en el que la disciplina no estaba precisamente en lo más alto de la lista de prioridades, nadie le chillaba a un oficial superior. Punto. Víbora asintió, aprobando en silencio el modo en el que Lllamarada había recuperado el control de la situación. Bajo otras circunstancias, Lllamarada no le habría encontrado ningún significado oculto al gesto de Víbora, pero ahora no pudo evitar que hiciera resurgir la animosidad que había sentido hacia él mientras ambos venían hacia aquí. *Como si me hiciera falta que me dijeras tú si lo estoy haciendo bien o mal*, pensó antes de volver a sentirse disgustada consigo misma. *Basta ya de*

paranoia y acabemos con esto de una vez. Ah, no veo el momento de salir de aquí.

Rúster hacía cuanto podía por serenarse. Sólo si se calmaba sus receptores neurales podrían ir disipando gradualmente el exceso de energía que habían llegado a acumular en tan poco tiempo. Sabía que no podría perdonarse si accidentalmente le hacía daño a alguien. Se obligó a respirar de forma más pausada, cerrando los ojos por un instante. El picor en su cabeza disminuyó ligeramente.

¿Qué le estaba pasando? No podía recordar una sola ocasión en la que se hubiese dejado llevar de este modo, ni siquiera cuando las tropas imperiales invadieron la Luna Lumi y ella tuvo que huir. Tuvo miedo entonces, mucho, y también dolor, angustia y desesperación. Pero nada como esta... rabia. Sobre el estrado, Lllamarada comenzó a hablar, lenta y desapasionadamente, acerca de lo que había sucedido en el curso de su misión.

Cuando, hacía no más de veinte minutos, Mar Hanniuska le empezó a contar que la patrulla de Lllamarada había interceptado a un convoy de naves seibergias que transportaban minas espaciales, la primera reacción de Rúster había sido de alegría. Hacía sólo tres días había salido con la *Compasión* en ayuda de la *Mashado*, una corbeta de la Nueva República que había sufrido daños graves al ser alcanzada por varias minas del tipo B - dotadas de láser autónomos además de explosivos - . La *Mashado* había recibido una llamada de socorro procedente de una nave civil no identificada que, según pudo informar su piloto antes de perderse la comunicación, llevaba a bordo refugiados balanios. Al acudir en su rescate, la *Mashado* se encontró en mitad del campo de minas, plantado justo en el vector de salida de la ruta más directa entre Seibergia y Balania. Las baterías láser de la *Mashado* habían conseguido acabar con las minas más próximas antes de que la corbeta llegara a ser destruida, pero la tripulación se había visto obligada a apagar su reactor principal, en cuyo encofrado había aparecido una grieta como consecuencia de un impacto que había llegado a través del casco. Varios miembros del equipo que acudió a sellar la cámara del reactor habían quedado expuestos a niveles peligrosos de radiación antes de que pudieran terminar su trabajo. La veterana fragata médica *Redención*, que se encontraba cerca de Balania, se había puesto en contacto con el *Guarida del Lobo* para pedirles que se hicieran cargo de socorrer a la *Mashado*, al tener ellos a todas sus lanzaderas en vuelo y sus dependencias llenas de evacuados procedentes de la Región Balania, y Lllamarada se encargó de organizar rápidamente la operación. En menos de una hora estaban allí. Una vez que los ala-B del escuadrón terminaron de limpiar lo que quedaba del campo de minas, Rúster pudo aproximarse a la corbeta dañada. Mientras llevaba a cabo las maniobras de acoplamiento, estuvo a punto de preguntarle al capitán de la *Mashado* si habían podido encontrar y prestar asistencia a la nave que había hecho la llamada de socorro, antes de verse ellos mismos en apuros. No llegó a formular su pregunta. Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que la respuesta podía ser en justicia sí y no. Sí, los encontramos. No, no pudimos ayudarles. Apenas eran unos pocos los fragmentos que flotaban a la deriva en torno a la *Mashado*, pero Rúster se dio cuenta de que la mayoría pertenecían a otra nave que no era la corbeta. Algunos eran trozos de gente. No era ni la primera ni probablemente la última

vez que sucediera algo así mientras se prolongara el conflicto, eso lo sabía. Tan sólo era la vez en la que ella había estado más cerca para ver los resultados. Oh, sí, estaba deseando que sus compañeros de escuadrón dieran caza a los que estaban haciendo eso. Sería capaz incluso de aplaudir si tuviera la ocasión de contemplar cómo los hacían desaparecer en el espacio. Lo que no se le había pasado siquiera por la imaginación era que, al hacerlo, se pudieran llevar por delante a otro puñado de inocentes paisanos. ¿Cómo había podido pasar? ¿Cómo habían sido capaces de cometer un error así? Sus propios compañeros, sus únicos amigos desde que se había convertido en exiliada... Ése, ése era el problema, descubrió Rúster, la causa de este hasta ahora desconocido sentimiento de ira. Se sentía traicionada en lo más profundo de su ser por aquellos en los que más había confiado. Nunca había sido tan ingenua como para pensar que los imperiales eran todos demonios y los rebeldes todos ángeles, pero siempre había creído que había una diferencia, que había elegido el bando correcto y no sólo el de aquellos que se oponían a los que habían invadido su mundo. No, no podía ser tan sólo por eso. Más allá de cualquier duda razonable, tenía muy claro que el Imperio era malvado y corrupto desde sus mismos cimientos, así que la guerra que contra él libraba la Nueva República tenía necesariamente que ser justa. Pero, ¿y si se equivocaba? ¿Y si la Nueva república era tan sólo el próximo Imperio? ¿Y si no había una causa justa y una injusta, sino tan sólo una interminable lucha por el poder? ¿Y si aquellos a los que llamaba amigos no eran en realidad mejores que aquellos a los que consideraba enemigos?

Rúster intentó con todas sus fuerzas concentrarse en escuchar la narración de Lllamarada sin perderse nada de ella. Era de vital importancia que comprendiera lo que realmente había sucedido, y cómo había sido posible que sucediera. Tan mal como se sentía, si había alguna explicación razonable, algo que hiciera inevitables aquellas muertes y exculpara por tanto a sus amigos, entonces podría vivir con ello. Probablemente. Mar Hanniuska no tenía esa información, y le había dicho lo que sabía sólo por la insistencia de Rúster, y porque eran amigas. Escuchó con atención el relato de Lllamarada. En algunos momentos, ésta le cedía la palabra a Ermitaño o a Torpedo para que proporcionaran detalles adicionales que ella no había podido ver o que le hubieran podido pasar inadvertidos. A Rúster no le costó mucho darse cuenta de que Lllamarada nunca se dirigía a Alce. Eso le pareció muy extraño, pero cuando Lllamarada llegó al clímax de su historia Rúster lo comprendió todo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Alce había sido el que había disparado contra el transporte. Lllamarada admitía que le había dado su permiso. Sin haberlo inspeccionado antes.

- ¿Estás satisfecha, Lllamarada?- prácticamente chilló Rúster, esforzándose por no perder su duramente recobrado autocontrol. - ¿Ningún blanco fallado, misión cumplida, efectividad cien por cien? ¿Es eso lo que has escrito en tu informe?

Por un instante, Rúster creyó que Lllamarada iba a volver a llamarla al orden, o incluso a expulsarla de la sala de reuniones, pero no hizo nada de eso. De hecho, parecía que sus palabras le habían hecho mella. *Por supuesto que te sientes mal, amiga. Tú y tu novio habéis matado a cuarenta o cincuenta personas para desayunar.* Cuando parecía que Lllamarada iba a contestar, otra voz diferente se dejó oír desde la primera fila de asientos.

Star Wars: Daños Colaterales

- Deja de castigarla, Ru - dijo Alce poniéndose en pie lentamente - El único detalle que Lllamarada ha omitido es el hecho de que yo disparé mis torpedos antes de que ella me autorizara a hacerlo.

- Pero lo hice - protestó Lllamarada.

- Sólo porque yo te convencí, y para entonces mis torpedos estaban ya en camino de todos modos - Algo en el modo en que lo dijo convenció a Rúster de que Alce no estaba mintiendo para proteger a Lllamarada. Lo que acababa de decir era verdad. Los murmullos volvieron a recorrer la sala. Antes de que Rúster pudiera decir nada, Raiven, uno de los pilotos de ala-X, ya se había puesto en pie.

- ¿Disparaste antes de tener confirmación? - preguntó con incredulidad. - ¿Contra un transporte desarmado al que no habías podido barrer con tus sensores?

- ¿Y qué es peor para ti, cabeza cuadrada? - intervino Granito en la discusión, haciendo gala una vez más de su característica falta de diplomacia.- ¿Lo de disparar o el que lo hiciera sin que nadie se lo mandase? - El uso deliberado por parte de Granito de la expresión "cabeza cuadrada", empleada por la mayoría de los antiguos rebeldes para referirse a los imperiales, era algo más que un insulto. Al llamar de ese modo a Raiven le estaba recordando a él y a todos sus compañeros que en el pasado había luchado para el Imperio. Considerando que al menos una tercera parte de los pilotos de caza de la Nueva República, y más aún en los primeros días de la Rebelión, eran antiguos oficiales imperiales que habían desertado, y sabiendo que la mayoría renegaba e incluso se avergonzaba de esos inicios, ese tema era algo que solía dejarse fuera de cualquier conversación pretendidamente educada. Algunos de los presentes protestaron, pidiéndole a Granito que se callara, pero el caldaniense continuó ignorándolos. - ¡Esos eran los tipos que estaban minando todo el espacio desde aquí hasta Balania!

- No, no lo eran - Raiven permaneció sentado, intentando por todos los medios no responder a la flagrante provocación de Granito a pesar de que cualquiera podía ver que había enrojecido hasta las orejas. - Eran simples refugiados que se vieron cogidos en mitad de un fuego cruzado. Sabíamos que eso podía pasar, y es por eso que todos tenemos órdenes de inspeccionar cualquier nave antes de iniciar ninguna acción ofensiva.

- No digo que no tengas razón - dijo Ermitaño abriendo la boca por vez primera. - Pero las otras cuatro naves iban cargadas de minas, y una de ellas casi acaba con Torpedo. Bajo esas circunstancias, cualquiera podría haber cometido la misma equivocación.

- Habla por ti, Ermitaño - dijo Sacart, otro de los pilotos de ala-X.- A mí al menos no se me hubiera ocurrido disparar sin una confirmación positiva previa.

- Hacer las cosas según dicen las normas está muy bien, Sacart - dijo Granito con sarcasmo -, ¡y conseguirá que tú y todos tus compañeros estéis muertos más pronto o más tarde! ¿Pero qué mierda os pasa, señores Colmillos de Lobo? ¡Si eso es lo que os enseña Solo, no os quiero a ninguno como escolta la próxima vez que tengamos que salir ahí fuera!

- Perdona, Granito - dijo Solo, poniendo una mano sobre el hombro de Drake, que estaba a punto de saltar en defensa de su honor y el de todos los pilotos de ala-X -, pero estás empezando a ir demasiado lejos.

- Estoy de acuerdo - interrumpió Víbora. - Granito, cuando acabemos aquí tú y yo vamos a charlar un rato. Tendrás ocasión de decirme a *mí* que es

lo que piensas de todos *nosotros*, los cabeza-cuadrada de este escuadrón. - Granito alzó teatralmente ambas manos, pero se calló de todos modos. Víbora se volvió hacia el estrado. - Por favor, Lllamarada, continúa.

Ella lo miró durante unos instantes con una expresión inescrutable. Finalmente asintió.

- Gracias, Víbora. En realidad no tengo más que decir, salvo una cosa - Lllamarada volvió su mirada hacia Alce. - Lo siento, Alce. La capitán de navío Gen'yaa nos ha apartado temporalmente del escuadrón a ti y a mi. No podemos volver a volar hasta que se lleve a cabo una investigación oficial sobre este asunto - Aún levantado, Alce se limitó a encogerse de hombros. Un silencio tenso se hizo en la sala. Lllamarada se acercó a Alce y le dijo algo que nadie más pudo oír. Palabras de consuelo, pensó Rúster, que observaba la escena con sentimientos encontrados. Estaba furiosa con los dos, más de lo que nunca se había sentido con nadie, pero aún así no podía evitar sentir cierta piedad por ellos. Rápidamente estaba llegando a la conclusión de que, al venir aquí, sus compañeros se habían encontrado con una situación para la que no estaban preparados. Como probaba la discusión que acababa de oír, era muy posible que al menos la mitad de los pilotos del escuadrón hubieran hecho lo mismo que Alce de haberse encontrado en su lugar. Aunque lamentaran en voz alta lo que había pasado, eran incapaces de ver lo que Lllamarada y Alce habían hecho mal, o al menos lo justificaban. *Tantos años de guerra y aún no habéis aprendido nada*. Rúster sentía pena por todos ellos, pero sobre todo la sentía por esos pobres y desgraciados refugiados. No sólo por los que viajaban en ese transporte, no sólo por los banianos. Lo sentía por cada una de las víctimas inocentes del perpetuo estado de guerra en el que se encontraba sumida la galaxia. Por todos los que morían, por todos los que se veían obligados a huir dejándolo todo atrás. Por todos los que, día tras día, le hacían robarle horas al sueño para poder salir una vez más con su lanzadera, en su busca. Algunas veces, cuando el cansancio vencía y llegaba la depresión, no podía evitar pensar que su esfuerzo no servía para cambiar nada. Había demasiada locura en el universo como para poder enfrentarse a ella. Quizá la loca era ella. Si tan sólo hubiera más *Compasiones* y menos destructores estelares y cruceros de batalla... Poco a poco una profunda tristeza y una decepción sin límites se fueron apoderando de la lumi, hasta prevalecer sobre su sentimiento inicial de ira y arrinconarlo. Sobre el estrado, Lllamarada se dirigía por última vez a los presentes.

- Desde este momento y hasta nueva orden, Víbora se hará cargo del escuadrón. Yo estoy relevada del mando - Mientras los murmullos recorrían de nuevo la sala, la hasta ahora comandante se dirigió con rapidez hacia la puerta, pero no llegó a alcanzarla. Alce la sujetó por el brazo y le pidió que esperara. El piloto levantó la mirada hasta encontrarse con la de Rúster.

- Lamento mucho lo de esos refugiados - dijo. Sus ojos estaban llenos de dolor, pero su voz era firme. - Pero si volviera a encontrarme en esa situación haría exactamente lo mismo. Si esa nave hubiera ido cargada de minas, como creía firmemente hasta hace una hora, y si la hubiera dejado escapar como en teoría debía hacer, hubiera estado arriesgando las vidas de mucha, muchísima gente - Alce no dijo "más de los que maté", pero Rúster sabía que era eso lo que sugería. La lumi agitó la cabeza en una vigorosa negativa, haciendo que sus receptores neurales bailaran sobre ella, pero nadie se rió como hubieran hecho en otras circunstancias.

- Ahora escúchame tú a mí - dijo. Ahora que la furia la había abandonado, sólo quedaba la amargura impregnando su voz. - Todos vosotros, valientes pilotos de caza, escuchadme - Recorrió con la mirada las caras de sus compañeros, vueltas todas hacia ella. - Los viejos tiempos ya se acabaron. Ya no somos los pobres y siempre superados en número rebeldes que fuimos, luchando por nuestra vida y disparando antes de ser disparados. Ahora formamos parte de la Nueva República, y tenemos una responsabilidad mucho mayor de la que teníamos entonces. No todo está justificado para conseguir nuestros objetivos, ni siquiera para "mantener la paz y el orden en la galaxia" - Su uso de la cita preferida del Emperador Palpatine no le pasó desapercibido a nadie, pero a pesar de todo nadie pareció ofenderse. Algunos la miraban con expresiones piadosas, pensando quizá que hablaba bajo los efectos de su proverbial y crónico agotamiento. *Qué ciegos estáis*. Las primeras lágrimas que, al fin, acudían ya a empañar su mirada, le impidieron ver la comprensión en algunos, unos pocos, de los rostros que la miraban. De haber podido, hubiera encontrado irónico el hecho de que todos los antiguos "cabeza-cuadrada" estaban entre los que parecían entender. Pero a esas alturas lo único que Rúster podía hacer era darle voz a su frustración y dejar que los últimos restos de la tensión que erizaba sus receptores neurales se perdiera en el aire. - Ahora no sólo nos jugamos nuestras propias vidas, sacrificándonos por una abstracción, por la esperanza de libertad para todos en el universo, como a menudo nos gusta pensar, y como Mon Mothma, Leia Organa y todos los demás nos recuerdan en sus discursos. Ahora arresgamos también las vidas de mucha otra gente, sus hogares, sus hábitats, su modo de vida, y no podemos decidir por ellos. No podemos decidir quién debe morir por el bien de la mayoría y quién no. ¿Cuántas vidas que *potencialmente* pueden salvarse merecen la pérdida real de una sola? ¿Puedes responderme a esta pregunta tan sencilla, Alce? Dices que mucha gente podría haber muerto si hubieras dejado escapar a ese transporte. Por el tamaño que Llamarada ha dicho que tenía, calculo que has matado alrededor de cincuenta personas. Esas cincuenta murieron para evitar... ¿cuántas posibles pero inciertas muertes? ¿Quinientas? ¿Cinco mil? ¿Cincuenta mil? ¿Cuántas, Alce?

- Ru, yo no tenía forma de saber que en esa nave viajaba nadie más aparte del piloto.

- Exacto, no tenías forma de saberlo, y aunque ese piloto repitió varias veces que llevaba refugiados a bordo tú elegiste no creerlo. No tenías forma de saberlo porque no habías inspeccionado esa nave, tal y como sabiamente se te había ordenado. ¡Por eso no tenías ningún derecho a disparar!

- Ahora lo sé, Ru - contestó Alce, aunque en su voz ya no había convicción. - Pero en esos momentos, toda mi experiencia y todo mi instinto me gritaba que derribara a ese transporte.

- En ese caso no deberías volver a confiar ni en tu experiencia ni en tu instinto. Matan gente.

Rúster no podía aguantar ni un instante más allí dentro. Las fuerzas le estaban fallando. Los nervios habían agotado las reservas que le quedaban a su ya exhausto cuerpo, y el golpe de adrenalina que la había mantenido en pie hasta ahora ya se había consumido. Pero no quería caerse al suelo como si fuera una dama histérica con un berrinche, desmayarse delante de todos y que tuvieran que sujetarla. Ahora no. Como pudo echó a correr hacia la salida,

pasando junto a Alce y Lllamarada sin mirarles. Nadie intentó detenerla. Nadie la tocó.

Víbora se cubrió la cara con las dos manos tan pronto como todo el mundo, salvo Ibero y Torpedo, se fueron de la sala de reuniones. De todos los desastres que había presenciado desde que por primera vez había entrado a formar parte de un escuadrón de la Alianza Rebelde, este era el peor de todos. Demasiadas veces había visto como compañeros suyos morían en mitad de una bola de fuego. En cada ocasión, los supervivientes lloraban a los camaradas perdidos, cada uno a su manera, aunque siempre había quien se hiciera el duro e incluso alguno a quien realmente le diera todo igual. Durante un tiempo la moral del grupo se resentía y los ánimos estaban por los suelos, pero siempre podían sobreponerse a la pérdida y superarlo. Juntos. Recordaba algunas discusiones muy feas en los últimos días del escuadrón Blanco, cuando la unidad fue disuelta y algunos no quisieron aceptarlo, pero ninguna como ésta. De alguna forma, Víbora sabía que las heridas eran más profundas esta vez. Estaba Granito, por ejemplo. Tan violento e irascible como pudiera serlo el peor de sus compatriotas caldanianos, pero noble como muy pocas de las personas que Víbora había conocido. A Víbora no le cabía duda de que Granito se había dejado llevar en defensa de su viejo amigo Alce, pero había conseguido ofender a medio escuadrón. Eso había sido un peligroso aviso de lo que podía suceder si Víbora no era capaz de hacerse con las riendas de la situación. Luego estaban Alce y Lllamarada, por supuesto. Ésta última - y de eso Víbora estaba particularmente seguro -, había llegado a pensar, no se explicaba cómo, que él podría estar contento con su momentánea caída en desgracia y con el regalito que le había hecho Gen'yaa a él. Tenía que hablar con Lllamarada y hacerle ver que, en lo que a él respectaba, podía recuperar el mando del escuadrón ahora mismo. Pensó en lo que había sucedido en otras ocasiones difíciles en busca de una pauta, una clave que le revelara cómo habían hecho para encontrar siempre una salida. *Teníamos un objetivo común, se respondió enseguida, un mismo enemigo contra el que unirnos, superando cualquier diferencia entre nosotros. Me pregunto si aún tenemos eso.* Víbora se apartó las manos de la cara y movió la cabeza de un lado al otro. *Rúster tiene razón. Esto ya no son los viejos tiempos.*

- Las cosas no están bien - dijo Ibero con expresión sombría.

- No, nada bien - Víbora suspiró ruidosamente - pero tendremos que enfrentarnos a esto, nos guste o no. Por cierto, ¿te he mencionado ya que acabas de convertirte en mi oficial ejecutivo en funciones?

Ibero se encogió de hombros. - No, pero lo veía venir - contestó con una sonrisa de circunstancias.

- Y eso significa, por supuesto - continuó Víbora -, que entre los tres tenemos que cubrir inteligencia, operaciones y tácticas. Los otros dos pilotos no parecieron sorprenderse. Torpedo dijo - ahá...

- No esperaba menos de vosotros - Víbora sonrió sin humor. - Por cierto, ¿sabéis alguno dónde andan los Sombras de Lobo, aparte de Ermitaño?

- Sí - respondió Ibero -, nos lo dijo Solo antes de que llegárais Lllamarada y tú. El capitán de fragata Wumb, siguiendo al parecer instrucciones de la capitán de navío Gen'yaa, ha dado órdenes de reforzar nuestro perímetro defensivo. De momento Araña y los demás se están encargando de ello, pero

se supone que tienes que ir a hablar con Wumb por si quieres opinar acerca de cómo organizar los relevos.

- Muy amable por su parte. Parece que Gen'yaa piensa de verdad que nos las vamos a ver con los corelianos, ¿eh?- Víbora arqueó una ceja al ver la mirada resignada de Ibero, que parecía decir "ya te advertí que pasaría esto". - Y yo que creí que eras el optimista del escuadrón. Vale, dile a Ermitaño que descanse un poco antes de unirse a las patrullas, y habla con Solo. Le voy a proponer a Wumb que utilicemos también la mitad de los ala-X.

- De acuerdo. ¿Qué pasa con el resto?

- Mientras no se nos diga lo contrario, seguiremos con nuestro actual perfil de misiones. Aunque sea poca cosa, mantendremos a un par de ala-X y a alguno de los ala-B en las funciones propias del bloqueo, interceptando e inspeccionando cualquier tráfico sospechoso. Los Sombras de Lobo pueden ayudar con todo lo que venga de entrada al sistema. Al resto de los Zarpas los quiero volando sobre la Región Balania con la mayor frecuencia posible, ayudando a los comandos Lince que están sobre el terreno a establecer una zona de seguridad en torno a los campos de refugiados.

- Eso es más fácil de decir que de hacer - dijo Torpedo. - Los paramilitares seibergios conocen muy bien el terreno que pisan, y se mueven deprisa. Los cazabombarderos no son un arma demasiado efectiva contra ese tipo de adversario.

- Concedido. Esa es la razón por la que quiero que Groznic y tú os sentéis a estudiar cómo podemos ser más efectivos contra los paramilitares, tan pronto como Groznic me pase el informe de su última incursión - Torpedo asintió e hizo una anotación sobre su datapad. - Y no os olvidéis de que tenemos que coordinar nuestras acciones con las de otros escuadrones. Esa es una de tus nuevas funciones, Ibero.

- No iba a preguntártelo.

- Lo siguiente en nuestra agenda es descubrir cómo narices sabía Rúster lo del... incidente. - "Incidente" parecía una palabra tan buena como cualquier otra para llamarlo. - Mi intención era preguntarle directamente a ella, pero...

- No parecía el momento, ¿verdad? - dijo Ibero. Víbora se encogió de hombros.

- Sobre eso tengo mis propias sospechas - intervino Torpedo. - La única persona que salió de esa sala en todo el rato que estuvimos allí fue esa suboficial técnico, la que estuvo programando el enlace entre el ordenador principal y el holoprojector.

- Ah, sí. ¿Crees que puede ser amiga de Rúster?

- No lo descarto, pero no estaba pensando directamente en ella. El único paquete de datos que no pudo obtener del ordenador principal fue el de mi nave, así que seguramente fue a preguntarle a Hanniuska si su gente había podido recuperar algo de los bancos de memoria de la computadora de vuelo.

- Y Hanniuska sí que es una de las mejores amigas que tiene Rúster fuera del escuadrón - asintió Víbora pensativo.- Será mejor que le hagas una visita a nuestra mecánico jefe y le hables sobre esto.

- Iré contigo - dijo Ibero. - Yo también tengo que hacerle algunas preguntas.

Víbora miró a Ibero con curiosidad. - Te he visto hablando con Alce antes de que se fuera. ¿Tiene eso algo que ver?

Star Wars: Daños Colaterales

- Puede ser. Es algo a lo que le llevo dando vueltas desde que vimos la grabación por primera vez, pero no quería preguntárselo delante de Gen'yaa. ¿Te acuerdas cuando Alce decía algo así como que el transporte era un blanco hostil y se estaba escapando? - Víbora y Torpedo intercambiaron una mirada y asintieron. - Bien. Le he preguntado a Alce qué quería decir exactamente con hostil. Si era simplemente lo que pensaba en ese momento, o si su ordenador de a bordo lo había identificado realmente como tal en su pantalla sensora.

De repente Víbora estaba muy interesado. - ¿Y qué te ha respondido?

- Que las dos cosas. Que disparó convencido de que la nave llevaba minas como las otras, pero que además el ordenador lo representaba como un punto rojo.

- ¿Y cómo se lo explica él? - preguntó Torpedo. - No habían podido inspeccionarlo, ¿no?

- Dice que no sabe por qué, pero que tampoco le daba mayor importancia. Según él ni siquiera pensó en el color que tenía la señal en la pantalla cuando apretó el gatillo.

- ¿Significa eso que él no le había asignado un código hostil de forma manual? - Víbora no pudo evitar que se le notara un punto de ansiedad en la voz.

- Se lo he preguntado directamente, y ha dicho que no, que no lo hizo - lbero miró a Torpedo.- Y por eso me voy contigo a ver a Hanniuska.

- Si algo no funcionó como debía en la computadora de Alce...- Torpedo dejó el resto de la frase en suspenso.

- Corriendo los dos al hangar - dijo Víbora. Los otros dos pilotos se despidieron y salieron a toda prisa. Víbora los contempló mientras se marchaban y cruzó mentalmente los dedos. Si había algo que les permitiera salir de este lío, por pequeño o por rebuscado que fuera, se agarraría a lo que fuera con las dos manos.

Y hasta con los dientes si hacía falta.

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo VI

El ambiente era gélido en aquel cobertizo, tanto que seguramente hubiera sido intolerable de no encontrarse tan repleto de gente. Sdermila calculaba que tenían que ser alrededor de doscientas personas las que se apretujaban allí dentro. Demasiadas sin duda, pero al menos así, entre todos, conseguían darse calor y mitigar aunque sólo fuera un poco el intenso frío, que se colaba por cada abertura entre los listones de chapa barata con los que estaban construidas las paredes. Las ropas de Sdermila estaban húmedas aún, a pesar de que había tratado de secarlas junto a la pequeña hoguera que habían prendido en el centro del cobertizo. Para evitar peleas los refugiados se iban turnando para ponerse alrededor, pero eran muchos para tan poco fuego. Sdermila había tenido que apartarse y dejar su sitio a otra persona cuando aún no estaba seca del todo. Esperaba no coger un resfriado o algo peor, pero lo cierto era que no podía hacer gran cosa por evitarlo. Todos estaban igual. *Al menos, pensó, no ha llovido durante las dos últimas horas de caminata. Algo es algo.* La mujer intentó encogerse un poco más de forma que pudiera envolverse también las piernas con el abrigo, que usaba a modo de manta. *Una manta, Sdermila, si es que ni eso has cogido...* El abrigo no era suficiente como para hacerle sentirse mínimamente caliente, pero era todo lo que tenía. El intenso olor a kala'ballo tampoco ayudaba a nadie a encontrarse cómodo allí, pero al menos a eso estaba acostumbrada.

También había que contar con los ronquidos. Aunque, al igual que le sucedía a Sdermila, casi nadie podía dormir, había algunos afortunados a los que nada parecía perturbarles el sueño, y daba la impresión de que unos cuantos estaban coordinando sus esfuerzos para que la sonoridad del concierto no decayera ni por un instante. Muchas de las personas que se encontraban allí, rodeando a Sdermila, eran de su pueblo. Estaba segura de que uno de los "cantores nocturnos", como los hubiera llamado su marido, era Fiodorenos, el carnicero, y otro su primo Gordelos, uno de los pastores. Sdermila pensaba que eran ellos porque los había escuchado hablar en voz baja hasta hacía un rato, y los ronquidos comenzaron justo después de que los dos se callaran. Ay, no podía dejar de acordarse de Taigor ni un solo instante. Él era también uno de esos benditos que podían dormir bien en cualquier circunstancia, pasara lo que pasara. Siempre decía que te puedes enfrentar a cualquier cosa estando hambriento o incluso estando enfermo, pero no muerto de sueño, así que cuando peor están las cosas más importante es que duermas lo suficiente. Desde luego, en ese aspecto como en otros, Taigor no tenía la menor dificultad para predicar con el ejemplo. Y él también roncaba. Oh, y de qué manera... Sdermila sintió que los labios se le curvaban en una sonrisa al recordarlo. Ella, a quien los problemas afectaban mucho más a la hora de conciliar el sueño, solía enfadarse con él, preguntándose cómo podía

bastarle con cerrar los ojos para estar plácidamente dormido - y "cantando" - un instante después, mientras que ella en cambio no podía dejar de dar vueltas. Lo más chocante de todo era el hecho de que eran precisamente sus ronquidos, y la sensación de que todo estaba bien que de alguna forma transmitían, lo que terminaba por hacer que sus nervios se fueran calmando poco a poco y que al final también ella se quedara dormida.

Ahora Taigor no estaba, hacía mucho que se le había ido. La conciencia de su falta le golpeó con fuerza, como siempre lo hacía, e hizo que la tímida sonrisa que había aparecido sobre su rostro se desvaneciera por completo. Tumbada allí, helada de frío, pasando hambre y también mucho miedo, rodeada por vecinos y por extraños, pero por nadie de su familia, Sdermila echaba de menos a su marido más que nunca.

- Oh, Taigor, ojalá estuvieras aquí...- Sdermila movía los labios sin llegar a producir sonido. Recurría inconscientemente al viejo hábito de hablar sola, buscando calmarse y quizá así conseguir dormir un poco. Sabía que Taigor tenía razón. Tenía que descansar ahora que tenía la posibilidad de hacerlo. Hoy había sido un día muy duro, pero quién podía saber lo que les esperaba a todos mañana...

Habían tenido suerte al encontrar esta granja, lo bastante aislada como para no ser - probablemente - molestados durante la noche, pero no demasiado lejos del camino que llevaba al paso a través de las montañas septentrionales. La familia que poseía la granja pensaba marcharse al día siguiente, uniéndose al grupo de Sdermila. Así de asustados habían quedado al enterarse de que los seibergios estaban cerca. Dadas las circunstancias, habían sido extremadamente amables con los que iban a ser sus compañeros de viaje. Además del cobertizo, ofrecieron su propia casa para alojar a los niños y a las personas mayores, al menos hasta que ya no cupo nadie más. Sdermila hubiera podido buscar un hueco allí, pero había preferido quedarse en el cobertizo para estar más cerca de su kala'ballo. La vieja bestia estaba atada a la entrada junto con otros siete animales, dos de los cuales pertenecían a los granjeros. Llevaba tanto tiempo trabajando con ése bicho que estaba segura de que sería capaz de reconocer sus bufidos en el caso de que alguien intentara llevárselo en mitad de la noche. Puede que no fuera gran cosa, pero en esos momentos el decrépito kala'ballo era todo cuanto poseía.

Sdermila se dio la vuelta intentando encontrar una postura más cómoda. Al hacerlo su estómago dejó escapar un gruñido. *Más vale que te vayas acostumbrando a las comidas ligeras*, pensó, como si su estómago pudiera entenderla. En todo caso la víscera pareció resignarse y no volvió a protestar. Era una pena que los granjeros no hubieran tenido más comida para compartir con sus hambrientos invitados. *O quizá sí que la tienen*, razonó, *pero han decidido guardarla para sí*. Sdermila no los culparía si fuera ése el caso. Su estofado de kalashiri se había convertido en la cena de una docena de personas, apenas un aperitivo tras repartir entre tantos lo que ella había cocinado para tan pocos - tan sólo para ella, en realidad, aunque había preparado lo suficiente para que con las sobras congeladas pudiera comer un par de veces más -. Aún así, Sdermila había reservado una pequeña ración para tener algo al día siguiente, en el caso de que las cosas siguieran yendo de mal en peor. Está bien ser generoso, solía decir Taigor, pero no estúpidamente generoso.

Sdermila escuchó un crujido y un rayo de luz muy tenue iluminó su cara por un instante. Al mirar vio que la luz provenía de las puertas, abiertas para admitir a más gente. *No van a encontrar sitio para tumbarse todos*, fue lo primero que pensó. Supuso que ésa era la razón por la que todo el mundo fingía dormir, para no perder el espacio que ocupaban. La mujer levantó la cabeza un poquito, lo justo para mirar por encima de los cuerpos de los que la rodeaban. Antes de que volvieran a cerrarse las puertas y regresara la oscuridad - hacía rato que de la pequeña hoguera no quedaban más que rescoldos - llegó a ver a los recién llegados por un breve instante, silueteados contra la luz mortecina que venía de fuera. Niños, todos eran niños. Eso quería decir que los adultos que viajaban con ellos habían tenido que permanecer fuera. *Pobres criaturas*, pensó Sdermila, sintiendo que el corazón se le encogía un poco más de lo que ya lo tenía. *Obligados a dejar sus casas y sus colegios, a caminar bajo la lluvia durante todo el día y parte de la noche, para dormir ahora, si pueden, rodeados de extraños y sin el consuelo de ningún pariente. Si nosotros tenemos tanto miedo, no puedo ni siquiera imaginarme lo aterrados que estarán ellos*. Al ocurrírsele pensar por un instante que entre esos niños hubieran podido estar sus nietos, Sdermila apenas fue capaz de contener las lágrimas que, de pronto, acudieron a sus ojos. - No están aquí, Sdermila - murmuró para sí - los pequeños Drivan y Mila están a salvo, en Balania, con Jeiran y con Voeda. Estarán resguardados en un sitio cálido, no estarán pasando hambre ni tampoco estarán asustados - Sdermila se secó las lágrimas con una de las mangas del abrigo y volvió a tumbarse en el suelo. Se acordó de lo quedaba del estofado y suspiró. Si tan sólo uno de esos niños se la quedaba mirando se lo daría todo, aunque eso significara quedarse sin nada para comer ella.

Había un pequeño agujero en el techo. No quedaba exactamente encima de donde ella se encontraba, pero si se giraba un poco hacia la izquierda podía llegar a ver una estrella brillando allá arriba. Sdermila permaneció contemplando su luz durante un rato, hasta que desapareció de repente. Comprendió que se estaba nublando otra vez. Como tantos otros banianos se había pasado toda su vida mirando al cielo, de cuyos caprichos dependían sus cosechas de cereales y su pequeño huerto, y por tanto su misma subsistencia, intentando siempre adivinar los cambios del tiempo antes de que los anunciaran - Taigor siempre estaba diciendo que los meteorólogos seibergios eran tan dignos de confianza como sus políticos, o quizá incluso menos - . Sdermila sabía que si seguía haciendo ese frío podía estar nevando antes de que amaneciera. Justo lo que les faltaba. Le habían dicho que les quedaban al menos dos o tres días más de marcha hasta el más cercano de los campos de refugiados de la Nueva República, aunque lo cierto era que ninguna de las personas con las que había hablado Sdermila lo sabía a ciencia cierta. No sería fácil llegar hasta allí si la nieve empezaba a cubrir los caminos antes de tiempo. En cualquier caso, no tenían más opción que continuar. Si alguien había pensado que los seibergios iban a permitirles volver pronto a sus casas, seguramente había cambiado de opinión tras el mal encuentro que habían tenido esa tarde.

Llevaban varias horas andando cuando los vieron. Eran diez, o al menos esos contó Sdermila. Habían cruzado un viejo carro en mitad de la carretera y

dos de ellos estaban sentados en lo alto, mirándolos de modo desafiante. La mayoría llevaban puestas encima algunas piezas de armadura, no del blanco inmaculado de las tropas de asalto imperiales - a los que Sdermila sólo había visto en el holoreceptor de Jeiran -, sino de las otras pintadas en tonos grises, marrones y verdes que usaban las unidades especiales y el ejército seibergio - menos efectivas para repeler un láser pero mucho más útiles como camuflaje -. Junto a la carretera, en la cuneta de la derecha, había un kala'ballo muerto, quizá el mismo que había tirado del carro. Sdermila tuvo que sujetar con más fuerza las riendas del suyo, que la seguía con el paso vacilante que había adquirido en sus últimos años. El anciano animal ya había oído el cadáver de su congénere y resoplaba de miedo, pero no hizo intento de huir. Sdermila escuchó susurrar a un hombre a su espalda, preguntándose qué iban a hacer. Alguien le respondió que cerrara la boca y siguiera caminando. Estaban todavía a unos cincuenta metros del carro cuando escucharon las risas de los seibergios. Ella agachó la cabeza como vio hacer a sus compañeros de marcha y evitó mirar directamente a los paramilitares. El paso del grupo se iba reduciendo de forma notable a medida que los de cabeza iban llegando hasta los seibergios. Parecían dudar por qué lado del carro pasar, pero finalmente eligieron hacerlo por la izquierda. Por allí el hueco era más estrecho, pero al menos no tendrían que pasar junto al kala'ballo muerto. Eso podría asustar aún más a los animales que llevaban consigo, y también por supuesto a los niños. Los seibergios dejaron de reír. Sdermila arriesgó una mirada por encima de las cabezas de los que la precedían. La mayoría de los seibergios eran muy jóvenes, apenas adolescentes, que sin embargo sujetaban armas letales con aparente despreocupación. Vio la anticipación en sus ojos, escondida apenas su impaciencia tras sus más o menos casuales posturas. Había algo perverso en el modo en el que observaban aproximarse a la muchedumbre. Predadores acechando a su presa mientras ésta camina hacia la trampa que le han tendido. Sdermila sintió un profundo escalofrío, pero su temblor no se debía al frío. Acababa de comprender que no iban a dejarles cruzar por las buenas. Volvió a dirigir su vista al suelo, temerosa de pronto de que su curiosidad no hubiera pasado desapercibida. El tenso silencio sólo era roto por el llanto nervioso de un niño, al que su madre intentaba tranquilizar sin éxito. Cuando dejó de oírsele Sdermila sospechó que era porque le habían tapado la boca. Los balanios siguieron caminando, aunque cada paso que daban parecía imperceptiblemente más corto que el anterior, esperando como estaban a que los hicieran parar de un momento a otro. La ligera llovizna que llevaba ya rato acompañándoles se estaba espesando poco a poco hasta empapar a personas y bestias, pero nadie parecía notarlo. Cuando los de delante estaban ya a la altura del carro se escuchó el primer disparo de bláster.

Hubo un chillido colectivo y los balanios comenzaron a arrojarse boca abajo sobre el camino o preferentemente sobre las cunetas, que se encontraban ya llenas de barro. Sdermila se tiró al suelo como los demás, y al hacerlo se le escaparon de las manos las riendas con las que sujetaba a su aterrado kala'ballo. Al caer rodó como pudo hacia el borde de la carretera, protegiéndose la cabeza con los brazos aún sabiendo que eso no la salvaría si el animal llegaba a golpearla con sus cascos. Durante unos terribles instantes ni siquiera se atrevió a moverse, mientras escuchaba los alaridos de pánico de personas y bestias, los gritos en seibergio y los disparos, muchos disparos.

Sdermila no sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando se dio cuenta de que de que las armas habían callado y cesado los gritos. Ni siquiera entonces se atrevió a levantar la cabeza, a pesar de que apenas podía respirar, pues tenía la cara medio enterrada en el fango. La lluvia era cada vez más fuerte. El ruido que hacían las gruesas gotas al estrellarse contra el barro y contra los charcos, contra el gastado duracreto de la carretera y contra sus propias ropas era todo lo que oía. Se preguntó si todos los demás estarían muertos, si los seibergios se habrían dado cuenta de que ella aún seguía con vida, si no habría uno de ellos, en ese mismo instante, caminando hacia ella con su arma a punto, apuntando a su cabeza para rematarla de un tiro. Entonces escuchó gruñir muy cerca a un kala'ballo, el suyo, y luego a otro un poco más lejos. Alguien lloraba. Y de pronto se oyeron de nuevo las risas, mucho más fuertes que antes. Intentó permanecer lo más inmóvil posible, poniendo en ello toda su voluntad, pero los temblores que agitaban su cuerpo estaban más allá de su control. Sdermila tiritaba de miedo y de frío, ahora sí también de frío, pues estaba calada hasta los huesos.

- ¡Vamos, corderitos!- exclamó alguien en seibergio, un idioma que todo balanio entendía razonablemente bien, aunque no muchos lo hablaran de forma fluida. - ¡Levantáos y miradme!

Sdermila no pudo obedecer a la primera. Tenía las piernas como dormidas, embotadas. Bajo el pánico de que le dispararan si no se levantaba enseguida, buscó frenéticamente algo a lo que agarrarse o donde apoyarse. Su mano se enganchó en lo que resultaron ser las riendas de su kala'ballo. La vieja bestia, al parecer, ni siquiera se había movido de sus lado, paralizada por el miedo. Sdermila decidió creer que se había quedado por lealtad hacia ella. Cuando consiguió por fin ponerse en pie acarició el cuello del kala'ballo, agradecida, con un cariño que no había sentido por él en muchos años. El animal se calmó un poco. A su alrededor casi todo el mundo se había levantado ya. Descubrió con sorpresa que nadie parecía estar herido. La única excepción era un kala'ballo, más joven que el suyo, que al parecer había intentado escaparse. Lo habían acribillado a disparos al otro lado del camino. Uno de los seibergios estaba registrando las alforjas que llevaba, tirando al suelo la mayor parte de su contenido. Sdermila entendió entonces que no iban a matarlos, o al menos no todavía. Primero iban a robarles.

- Vamos a poner las cosas claras, ¿de acuerdo?- dijo el joven que había gritado, al parecer al mando del grupo, hablando en básico esta vez. Su tono era burlesco, cargado de desprecio. - Os encontráis en Seibergia. Nosotros somos seibergios y vosotros no. Estáis usando una carretera seibergia y debéis pagar el correspondiente peaje a las autoridades seibergias, es decir, a nosotros - Algunos de los otros jóvenes soltaron una carcajada. - Quiero ver los contenidos de vuestras bolsas perfectamente colocados en el suelo, delante vuestro, y nosotros decidiremos cuál es la cuota que debéis abonar cada uno. Aquellos que no colaboren o que intenten guardarse algo serán castigados en el acto. Igual que el kala'ballo aquel - más risas -. ¿Está claro?

Al ver que nadie se atrevía a contestarle el seibergio disparó una ráfaga al aire. Algunas personas - Sdermila no fue capaz - volvieron a arrojarse al suelo, lo que dio nuevas causas para la hilaridad de los seibergios. - ¿Está claro? - repitió el cabecilla. Esta vez un coro de asustados y presurosos síes pareció dejarle satisfecho.

Diez minutos más tarde todo había terminado. Aquellas personas que llevaban dinero - imperial o seibergio - o cualquier objeto de algún valor, fueron eficientemente despojados de todo ello. Todo parecía indicar que esa banda estaba adquiriendo un montón de experiencia en lo de robar a gente indefensa. El jovenzuelo que registró las escasas posesiones de Sdermila abrió incluso el contenedor de alimentos. Al descubrir que todo lo que había allí era estofado de kalashiri escupió dentro y luego volvió a cerrarlo. Cuando terminaron su trabajo, permitieron que los asustados y un tanto maltrechos caminantes continuara su marcha, no sin despedirse primero con una nueva descarga de sus blásters y fusiles de asalto, para goce salvaje de los propios seibergios y el pánico feroz de los balanios. De éstos no eran pocos los que habían pensado que, ahora que tenían lo que querían, los paramilitares iban a matarlos de todas formas.

Mientras Sdermila pasaba junto al carro cruzado en el camino y a los sonrientes seibergios subidos en él, se escuchó una especie de zumbido sobre sus cabezas, amortiguado por la distancia. La aterrada mujer no se atrevió a mirar hacia el cielo, pero escuchó como uno de los jóvenes armados le decía a otro - Un ala-B.

- ¿Estás seguro? - le contestó su compañero.

- Sí, mira, usa mis binoculares. Será mejor que nos apartemos de la carretera. Aquí se nos ve demasiado.

- Eh, no pensarás que pueda atacarnos, ¿no?

- ¡Pues claro que puede, idiota! ¿No has escuchado las noticias? Ayer derribaron a un carguero que llevaba balanios tan sólo para estar seguros de que no era no de los nuestros...

Sdermila no pudo entender nada más de lo que decían, pues ya se encontraba demasiado lejos de ellos. No estaba segura de haberles entendido correctamente, y en ese instante su único pensamiento era alejarse de allí lo antes posible.

La cara del adolescente seibergio que había escupido sobre su kalashiri no se le había olvidado. Por fortuna no había decidido tirarlo al barro. Un escupitajo no le haría daño a nadie, aunque no obstante no les contó nada de ese incidente a los vecinos con los que habían compartido el estofado. El sólo pensar en ello la ponía furiosa, pero no tanto como para pasar hambre por culpa de un niñato, ni tampoco quería arruinarles la cena a ninguno de los otros, no fueran a ser más escrupulosos que ella. Sdermila se movió incómoda sobre el suelo. ¿Qué edad tendría ese chico? ¿Dieciocho? ¿Menos aún quizá? No podía dejar de preguntarse cómo alguien tan joven podía comportarse de una forma tan repugnante. ¿Qué le habían hecho ella o cualquiera de sus compañeros de marcha como para merecer tanto odio y tanto desprecio? Si las circunstancias hubieran sido otras le hubiera cruzado la cara de un bofetón y se le hubiera llevado agarrado de una oreja a ver a sus padres. - Si las circunstancias hubieran sido otras, Sdermila, - murmuró con amargura - hubieras sabido quién era el chico y quiénes eran sus padres. Si las circunstancias hubieran sido otras un... un niño como él no llevaría un arma en la manos.

Por primera vez Sdermila se preguntó si su hijo Jeiran y su familia habrían conseguido llegar sin problemas al espaciopuerto de Nurtina. La mera

duda le provocaba temblores. El cobertizo, de pronto, parecía mucho más frío aún que un minuto antes. ¿Y si también a ellos les habían asaltado a mitad de camino? Podrían haberles robado todo, dejándoles sin medios ni para tomar su vuelo ni tampoco para regresar a casa. Podrían haberles hecho daño.... – Por favor, Sdermila – murmuró enfadándose consigo misma – deja de pensar tonterías o vas a volverte loca. Por supuesto que llegaron bien a Nurtina. Se montaron en su nave y ahora están todos en Balania, esperando a que tú aprendas a no ser tan cabezota y vayas con ellos –. Para empezar, ¿por qué razón había seguido a la muchedumbre que se dirigía hacia las montañas? Podría haber reunido todo el dinero que tenía en casa y huir hacia Nurtina, en busca de Jeiran, y no precisamente en dirección contraria... – No seas estúpida, Sdermila. Los seibergios que estaban prendiéndole fuego a medio pueblo venían por la carretera de Nurtina. Tres días, no, cuatro ya. Jeiran, Voeda y los niños se fueron hace cuatro días. Quizá hace cuatro días no había bandas de delincuentes seibergios, ni tampoco soldados, en la carretera de Nurtina. Les bastaba con un día para llegar hasta allí en transporte público. Seguro que entonces aún no había problemas para llegar. Sí, seguro que llegaron bien. Seguro... - Sdermila dejó de susurrar, temerosa de que alguien le estuviera escuchando. Respiró profundamente y se concentró en observar el agujero del techo, luchando por vaciar su mente de pensamientos oscuros e improductivos. Su hijo, su nuera y sus nietos estaban a salvo. Su error había sido no irse con ellos cuando tuvo la oportunidad. Esta mañana, cuando empezó por fin a arrepentirse de no haberlo hecho, era ya demasiado tarde. Si hubiera intentado ir hacia Nurtina se lo habrían impedido. Si hubiera llevado dinero consigo se lo habrían quitado. Las cosas estaban como estaban, le gustara o no, así que no tenía ningún sentido seguir preguntándose esto y aquello, temiendo lo uno y lamentando lo otro. Poco a poco fue recobrando la calma. A lo mejor hasta conseguía dormir un poco. Con los ojos entrecerrados, vio algo blanco caer a través del agujero del techo. Un copo de nieve. Luego cayó otro. Estaba comenzando a nevar.

Las puertas se abrieron otra vez con un chirrido metálico. *Qué poco cuidado han tenido esta vez.* No se incorporó para ver quién entraba. Serían más pobres niños. *Pero a ver si cierran pronto las puertas, pensó, están dejando escapar el poco calor que tenemos aquí dentro... ¿Es que no se dan cuenta?* Estaba a punto de darse la vuelta para ver qué pasaba cuando una voz de hombre se dejó oír con fuerza.

- Siento molestaros ahora que estabais descansando, amigos míos, pero necesito que me prestéis vuestra atención. Por favor.

Aquello había sonado más como una orden que como un ruego. Sdermila se sentó con esfuerzo y miró hacia el propietario de la voz. A su alrededor casi todo el mundo miraba también. No podía distinguir bien los rasgos del hombre con tan poca luz, pero lo que sí podía ver era el enorme fusil láser que llevaba sujeto a la espalda. Justo detrás de él había dos hombres más, los dos armados. Tan sólo el hecho de que el hombre hubiera hablado en balanio ayudaba a que Sdermila y el resto de refugiados no se asustaran demasiado, o al menos no hasta el nivel del pánico, por su presencia allí. Tras unas cuantas exclamaciones de sorpresa y muchos susurros nerviosos, se hizo un completo silencio.

- Muchas gracias – dijo el hombre. - Mi nombre es Ciric Baranka. Soy miembro del Ejército Balanio de Liberación – la declaración provocó un nuevo

torrente de murmullos. Aquellos hombres eran de la guerrilla. Sdermila recordó lo que algunos vecinos le habían contado de ellos. Hacía poco que se había organizado una guerrilla local, nacida como respuesta a las cada vez más frecuentes incursiones de los paramilitares seibergios. En varios lugares de la Región Balania, sobre todo en aquellos que habían sido especialmente afectados por los ataques, algunos hombres habían decidido armarse. Al principio eran pocos y su armamento era más bien simbólico, pero proclamaban ser soldados del Ejército Balanio - al que daban no menos de quince o veinte nombres diferentes, casi tantos como grupos se habían formado -. Aparte de defender sus pueblos y aldeas de los paramilitares, algunos se vieron envueltos en varios incidentes de menor importancia con las autoridades seibergias. Nada grave, en realidad, hasta que en un pueblecito llamado Rideria resultaron muertos dos policías seibergios. Las fuerzas policiales habían sido enviadas para disolver una concentración de aldeanos que habían interrumpido el tráfico en la autopista de Nurtina – la única que entraba en la Región Balania, y que comunicaba su única ciudad importante con el resto del continente -. Una vez comprobado que los balanios no iban a deponer su actitud así como así, la policía recibió órdenes de abrir fuego con sus armas aturdidoras. Entre los aldeanos había algunos que portaban armas ocultas, aunque por desgracia para ellos no poseían nada tan sofisticado como un aturdidor. Lo que tenían eran antiguas pistolas láser, viejas ya cuando comenzaron las Guerras Clon, y adquiridas a un precio escandaloso en el mercado negro. Obsoletas y poco fiables, en suma, pero cuando disparaban seguían siendo letales. Los medios de comunicación seibergios no publicaron nada sobre lo que pasó a continuación – una auténtica matanza – cuando la policía hizo uso de sus blásters para repeler la agresión. Los cuerpos de los dos policías fallecidos, no obstante, su funeral y el desconsuelo de sus familias, tuvieron una presencia constante en los canales de noticias y en las revistas durante semanas. La tradicional desconfianza que la población seibergia sentía hacia los balanios, que había alcanzado niveles sin precedentes tras su inaudita – y a todos los efectos inútil - declaración de independencia, desembocó rápidamente en el más puro odio. Antes de que los inculpados por la muerte de los dos policías – aquellos que sobrevivieron al tiroteo inmediato y a la posterior persecución – fueran llevados ante un tribunal en la capital, Somolovich había utilizado ya el incidente para justificar su decisión de enviar tropas a ambos lados de las fronteras de la Región Balania, con el pretexto de proteger a la población seibergia de la zona – a quienes en realidad nadie había molestado todavía -. Fue entonces cuando los grupos de balanios armados, enfrentados no sólo a los ahora mucho más numerosos y notablemente mejor equipados paramilitares, sino al propio ejército seibergio, unieron sus fuerzas y se organizaron como fuerza militar, adoptando el nombre de Ejército Balanio de Liberación, o simplemente EBL. La nueva guerrilla recibió el apoyo inmediato de la mayoría de la población balania, y aquellos que no la veían con buenos ojos se cuidaban muy mucho de decirlo en voz alta, temerosos de convertirse en víctimas de posibles represalias. La palabra “colaboracionista” era un insulto muy grave aquellos días, y prácticamente una sentencia de muerte en el caso de que fuera confirmado aunque sólo fuera a medias. Después de tanta represión y tantas humillaciones, muchos balanios estaban orgullosos de lo que hacía la guerrilla.

Jeiran estaba entre esos pocos que pensaban que el Ejército Balanio de Liberación y los que lo habían creado eran la causa de muchas de las calamidades que ahora sufrían. Eso no hacía de él un simpatizante de los seibergios ni mucho menos pero, como él mismo decía a veces en tono sarcástico cuando surgía el tema, “lo queramos o no estamos viviendo en su planeta”. También decía que la única forma que tenían de alcanzar esa soñada libertad de la que todo el mundo hablaba era marcharse de allí, tal y como había hecho Lania años atrás. Sdermila sufría mucho al oírle hablar así, pero prefería callar antes que responderle y contribuir a avivar más aún el amargo fatalismo, no exento de rencor hacia el mundo en el que les había tocado vivir, de que su hijo hacía gala en esas ocasiones. “Dos no se pelean si uno no quiere” era otro de los dichos preferidos de Taigor. Mejor tragarse sus opiniones, pensaba Sdermila, que darle más razones a Jeiran para querer emigrar, sobre todo teniendo en cuenta que Voeda parecía estar de acuerdo con su marido aunque no lo expresara de forma tan vehemente. Al final, sin embargo, habían acabado yéndose de todas maneras.

Ay, Sdermila. ¿Tanto te costaba admitir que...?

Haciendo un esfuerzo, se obligó a interrumpir aquella línea recurrente de pensamiento y a prestar atención a lo que decía ese hombre, el tal Ciric.

- Como habéis podido comprobar hoy en vuestras propias carnes, los seibergios no van a dejarnos vivir en paz. Durante dos mil años hemos trabajado sin descanso esta tierra que para ellos no tenía valor alguno. Desde que nuestros antepasados cambiaron sus armas por utensilios de labranza, jamás hemos vuelto a representar una amenaza para nuestros vecinos seibergios. Algunos, incluso, han venido a vivir entre nosotros, aunque sin pretender nunca ser nuestros iguales, sino más bien nuestros amos...

- Eso no es verdad – dijo un hombre al que Sdermila no conocía. – Yo estoy casado con una mujer seibergia, y eso hace de mis hijos medio seibergios también. No todos los seibergios son mala gente.

- No pretendas decirme que tu mujer jamás ha intentado ser tu dueña – replicó Ciric con una sonrisa, aparentemente sin molestarse por la interrupción.

- Bueno, es una mujer – ese comentario arrancó risas de muchos de los hombres presentes e incluso de algunas de las mujeres. Ciric miró al hombre con simpatía.

- ¿Cómo te llamas, amigo?

- Kalemós Berideni.

- Encantado de conocerte, Kalemós. ¿Está tu mujer aquí contigo?

Kalemós pareció retraerse ante esa pregunta. - No, no está aquí. Se ha llevado a los niños con su familia, a Senovia Sal. Los dos pensamos que era lo mejor, dadas las circunstancias.

- Debo darte la razón en eso, Kalemós. Estarán más seguros en Seibergia que aquí. Más seguros, pero no a salvo de todo – Ciric dejó de sonreír.

- ¿Qué quieres decir?- De repente Kalemós parecía preocupado.

- Acabas de decirme que tus hijos son medio seibergios, pero en Seibergia los tratarán como medio balanios, que es como decir bastardos, y tu mujer no podrá protegerlos, ya que a ella la tratarán aún peor. Para la mayoría de los seibergios una mujer que se ha casado con un balanio es peor que una prostituta.

- ¿Cómo te atreves...?- Kalemos se levantó apretando los puños, sus ojos luchando por contener lágrimas de indignación y de furia.

- Perdóname, amigo. No he pretendido ofenderos ni a ti ni a tu mujer ni a tus hijos, a quienes no conozco, pero sabes que lo que he dicho es la pura verdad. Dime, ¿qué tal son tus relaciones con tu familia política? - Kalemos no respondió. El pobre hombre se dejó caer al suelo, derrotado, y se cubrió la cara con las manos. Ciric movió la cabeza de un lado a otro. - Ya veo que no son buenas. La tuya es una triste historia, Kalemos, pero no es de las peores que conozco. Me han dicho que los paramilitares con los que os habéis topado por el camino hacia aquí se limitaron a asustaros y a robaros, ¿es eso cierto? - varias voces respondieron afirmativamente. - En ese caso debéis saber que habéis tenido mucha suerte. Aquí conmigo están algunos de mis compañeros. A Fenner, este joven que veis a mi derecha, lo sacaron de la cama a media noche. A él y a toda su familia. A Fenner y a su padre los obligaron a presenciar cómo su madre y su hermana mayor eran sistemáticamente violadas por varios hombres. Por los chillidos que se escuchaban fuera, Fenner supo que estaba pasando lo mismo en otras casas. Cuando terminaron, empujaron a la calle a Fenner y a su padre y se los llevaron del pueblo, junto con todos los hombres que aparentaban más de catorce años. Les obligaron a cavar una larga trinchera junto al bosque. Eso les dijeron, que era una trinchera, pero Fenner no les creyó. En un momento dado golpeó con su pala al seibergio que tenía más cerca y echó a correr entre los árboles. La oscuridad le ayudó. Eso y el hecho de que los seibergios estuvieran casi todos borrachos, por lo que su puntería no era muy buena. Pero tuvieron la suficiente como para asesinar a todos los demás, incluyendo al padre de Fenner, que o bien no se atrevieron a intentar huir como había hecho él, o bien conservaban aún la esperanza de poder ayudar a sus familiares, a sus mujeres y a sus hijos, retenidos aún en sus casas - El joven Fenner dio un paso al frente, mirando de forma amenazadora a los hombres que tenía enfrente, como si los estuviera retando a llamarle cobarde por haberse escapado dejando atrás a sus padres y a su hermana. Todos apartaban la mirada, ninguno se atrevería a sugerir tal cosa. Ciric hizo una larga pausa antes de continuar con su narración. - Fenner permaneció escondido durante toda la noche, escuchando los disparos, viendo a lo lejos el resplandor de las llamas, oyendo los gritos desesperados de las mujeres y de los niños pequeños. A la mañana siguiente, cuando estuvo seguro de que los seibergios se habían ido, volvió al pueblo. Vio la trinchera, fosa en realidad, que él había ayudado a cavar, y que los seibergios habían dejado a medio cubrir. Entre la tierra sucia asomaban los cuerpos de todos los hombres del pueblo. Su padre, sus tíos, sus vecinos y amigos. Volvió a su casa, de la que apenas quedaba nada, y encontró junto a ella el cadáver chamuscado de su madre. Aunque buscó por todas partes y comprobó cada uno de los cuerpos, incluidos los que estaban en la zanja, no pudo hallar a su hermana. No puedo deciros qué fue de ella, no lo sé, tan sólo puedo tratar de imaginarlo. Pero creedme si os digo una cosa - Ciric puso una mano sobre el hombro del joven guerrillero -, Fenner piensa en ello cada segundo. Tras vagar durante días por los alrededores del pueblo, al filo mismo de la locura y quizá el suicidio, se topó con una de nuestras patrullas, de la que yo formaba parte. Nos contó lo que había pasado e inmediatamente pidió unirse a nosotros. Con su ayuda, encontramos el rastro de la partida de seibergios que habían atacado su pueblo y los seguimos. Los alcanzamos dos días y tres noches más tarde.

Pudimos rescatar a algunas de las mujeres jóvenes que se habían llevado consigo esas bestias para poder seguir abusando de ellas, probablemente hasta que encontrasen otro pueblo que arrasar y más carne fresca con la que saciar sus crueles instintos. Me llena de orgullo decirlos que dos de aquellas mujeres se encuentran hoy luchando entre nosotros. Por desgracia no encontramos a la hermana de Fenner. Para aquellos de vosotros que os lo estáis preguntando, os diré que sí, que matamos a todos los seibergios. A todos. Algunos a esto lo llamaréis venganza. Otros lo llamaréis justicia, y justicia es, en efecto, pero yo lo llamo defensa propia. Defensa propia, sí, defensa de los nuestros, porque esos seibergios irían después a más pueblos. Quizá el vuestro estaba ya próximo en su lista.

Ciric permaneció en silencio durante un rato, dejando que el horror de su relato penetrara hasta lo más hondo de las mentes y de los corazones de su audiencia, preparándolos para la segunda parte de su discurso. Sdermila sintió un estremecimiento, impresionada como todos sus vecinos por las vívidas y terribles imágenes que habían evocado las palabras de ese hombre. Vio que Drula, la mujer de Fiodorenos, empezaba a llorar, mientras su marido la consolaba entre sus brazos a la vez que blasfemaba entre sus dientes apretados con ira. Semejante historia no podía dejar a nadie indiferente. Sumada a lo que habían padecido hoy, incluso ella sentía deseos de hacer pagar a los seibergios por las atrocidades cometidas contra su gente. Sobre todo, querría hacerles pagar por hacer que se fueran sus hijos y sus nietos. La mujer observó a Ciric Baranka y cómo él les devolvía a todos la mirada. Desde luego aquel hombre sabía como convencer a la gente para que lo siguieran.

Porque, ¿qué otra cosa podía querer de ellos? *Menudo soldado harías tú, Sdermila*, se dijo a sí misma. Mientras lo miraba, el líder guerrillero levantó una mano para llamar la atención de todo el mundo. Se disponía a hablar otra vez.

- Podría contaros un centenar de historias como la de Fenner, pero ni tenemos tiempo para ello, ni creo tampoco que os haga falta oírlas todas. Como decía hace un rato, los seibergios no nos dejarán jamás vivir en paz. No pretendo decir que todos y cada uno de los seibergios sean malvados – dijo mirando a Kalemos Berideni, - ni que debamos matarlos a todos como hicimos con los asesinos de la familia de Fenner. Lo que sí digo es que es nuestro deber defendernos de los que invaden nuestra tierra, esta tierra en la que nuestros antepasados lucharon, y que nosotros nos hemos ganado con nuestro esfuerzo durante generaciones. Nosotros, los miembros del Ejército de Liberación Balanio, estamos decididos a combatir hasta nuestro último aliento contra aquellos que vienen a echarnos de nuestras casas, a torturarnos y a matarnos, a nosotros y a aquellos a los que queremos. Mientras estuvo aquí, el Imperio nos dio una cierta protección, pero en realidad no les importábamos lo más mínimo. No olvidéis que los seibergios se consideran a sí mismos ciudadanos imperiales, y jamás hubieran aceptado que nosotros gozásemos de la misma consideración. No, el Imperio apenas nos ayudó, y por desgracia estamos empezando a comprender que la Nueva República no será mejor que ellos. Sus cazas están haciéndoselo pasar mal a los invasores, y eso está muy bien, pero su bloqueo también nos hace daño a nosotros al impedirnos recibir las armas que tan desesperadamente necesitamos para sobrevivir. Están aquí nada más para evitarse una vergüenza como la que tuvieron que afrontar cuando permitieron que Vina Bosolia fuera reducido a escombros, sin que ellos

movieran un dedo para impedirlo. No arriesgarán las preciosas vidas de sus soldados bajando aquí a derrocar el gobierno del asesino Somolovich, y por supuesto saldrán corriendo antes de verse envueltos en una guerra con los mejores amigos del dictador, los corelianos. En el mejor de los casos aguantarán aquí hasta que sus reporteros encuentren un sitio más interesante al que ir con sus cámaras, y entonces todo será peor que antes de que aparecieran.

- Vamos hacia uno de sus campos de refugiados, ¿le parece que hacemos mal en ir? – preguntó una voz de mujer. Sdermila vio que se trataba de su vecina Redina, a la que apenas había visto en todo el día. A juzgar por la mirada que su marido, Dimeter, le estaba dirigiendo, él hubiera preferido que Redina se hubiera abstenido de intervenir.

- No, me parece bien - respondió Baranka. – No podemos ofrecer refugio y alimento a tanta gente. No tenemos cuarteles dignos de semejante nombre, tan sólo las montañas y los bosques, y eso no es para cualquiera, he de admitirlo. Id a los campos de la Nueva República, aceptad su ayuda mientras estén dispuestos a prestarla. Pero algunos debemos renunciar a ella y quedarnos a pelear, o ninguno de vosotros tendrá un sitio al que regresar cuando el personal de la Nueva República pliegue sus tiendas y se vayan con ellas a otra parte. Aquellos de vosotros que gozáis de buena salud y tenéis la fuerza necesaria como para resistir esta clase de vida debéis venir con nosotros. No podemos daros mucho, pero cada uno de los que vengáis recibiréis entrenamiento y un arma con la que luchar por lo que os pertenece –. Algunos se pusieron en pie de inmediato. Sdermila vio a Gordelos, Fiderenos y a otros vecinos de su pueblo, incluyendo a algunas chicas jóvenes, levantarse con el corazón inflamado en deseos de irse tras Ciric Baranka a donde éste quisiera llevarles. Kalemós Berideni, con expresión compungida pero a la vez decidida, también estaba entre ellos. Otros en cambio se quedaron sentados en el suelo, con las dudas que tenían sobre todo aquello reflejadas en sus caras. Se trataba de gente pacífica a la que jamás se le habría ocurrido la idea de empuñar un arma, y que incluso ahora, viéndose como se veían, seguían sin sentirse inclinados a utilizar la violencia. Era posible que algunos no confiaran en Baranka y en sus motivaciones. ¿Era ese hombre tan altruista como parecía, o bajo su discurso patriótico se ocultaba algo más? Fue finalmente Dimeter quien se atrevió a preguntar en voz alta lo que a muchos les rondaba por la mente.

- ¿Y qué pasará si, a pesar de todo, algunos decidimos no unirnos a vosotros?- Esa pregunta le convirtió en objetivo de las miradas airadas de los que le rodeaban, muchos de los cuales habían quedado totalmente convencidos por la oratoria de Ciric. Algunos llegaron a abuchearle. Ciric levantó ambas manos pidiendo silencio y se quedó mirando a Dimeter con expresión severa.

- Eres libre de tomar tus propias decisiones - dijo. Junto a él, Fenner fulminaba a Dimeter con una mirada de profundo e indisimulado desprecio. – No obligamos a nadie a luchar. Pero tampoco ayudaremos a aquellos que, pudiendo aportar algo, prefieran darnos la espalda. Si no morimos en el intento, es posible que llegue el día en que alcancemos nuestra meta y consigamos echar a los seibergios de nuestra tierra. Unidos con Balania o no, con el apoyo de la Nueva República o sin él, la Región Balania debe ser, y será, gobernada por aquellos que arriesgaron su vida por ella. Estoy seguro de que, antes de

que podamos elegir a los que serán nuestros líderes en tiempo de paz, el gobierno provisional de la región y el de cada uno de los pueblos y aldeas que la componen estará formado por miembros de nuestro Ejército. Y después de eso, cuando podamos celebrar unas elecciones en condiciones, no tengo razones para dudar que nuestra gente elegirá preferentemente a aquellos candidatos que sean excombatientes. ¿A quién podría extrañarle, si ya habrán demostrado en la lucha su devoción y su generosidad para con los demás? ¿A quién le parecerá injusto, si habrán defendido a este pueblo con su propia sangre? Tampoco deberá sorprenderse nadie si, llegado el momento, nuestros nuevos gobernantes recuerden y tengan en cuenta quién hizo su parte y quién no. Lo contrario sí que sería injusto con aquellos que han muerto y con los que aún han de hacerlo en la batalla que tenemos por delante.

Los que se encontraban en pie celebraron las palabras de Ciric con una estruendosa ovación. Muchas caras se volvieron para ver la reacción de Dimeter. Sdermila lo vio mirar a su mujer con ternura durante unos instantes, decirle algo al oído que nadie más pudo oír, pero que a ella la hizo romper a llorar. Aunque Redina le sujetó intentando impedirlo, Dimeter se puso en pie junto a los otros, devolviéndole a Ciric la mirada. El líder guerrillero asintió en silencio, demostrando su aprobación por la decisión que había tomado. El gesto de Dimeter fue recibido con aplausos, mientras Fiodorenos se acercaba a darle palmadas en la espalda. Entre los que dudaban, hubo otros que siguieron el ejemplo, y enseguida se montó una improvisada oficina de reclutamiento a la entrada del cobertizo. Ciric estrechó las manos de cada nuevo combatiente, y tuvo palabras de agradecimiento y de consuelo para aquellos que eran rechazados por ser demasiado jóvenes, demasiado viejos o demasiado débiles como para unirse a la guerrilla.

A pesar de la aparente solidez de los argumentos de Ciric, Sdermila no podía dejar de sentir que esto no era justo, que se estaban equivocando. No había forma de malinterpretar las palabras del guerrillero cuando respondió a Dimeter. Aquellos que no se unieran a la guerrilla estando en condiciones de hacerlo se exponían a pagar después las consecuencias. Pero, ¿qué clase de nación pretendía construir esta gente, si antes de aspirar a ser ciudadano era obligatorio ser soldado? Quizá la única posible, se respondió a sí misma, teniendo en cuenta que la idea de crearla partía del odio y de la intolerancia de sus vecinos seibergios, y del afán de venganza de los propios balanios, entre otras cosas. Sdermila era demasiado vieja como para pensar siquiera en alistarse, pero tampoco lo hubiera hecho si tuviese treinta años menos. Lo único que quería era ir a ese campamento y ver si la Nueva República podía y quería ayudarla a ir a Balania a reunirse con Jeiran, con Voeda y con sus nietos. Le daba igual si al sentir así estaba siendo egoísta y cobarde. A su manera llevaba toda la vida siendo desprendida y valiente. Ya no le importaba esta tierra ni quería ser parte de país alguno. Ahora lo único que quería era estar con su familia. Un día había sido suficiente para comprender que el único hogar posible para ella estaba allá donde se encontraran sus seres queridos.

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo VII

Llamarada se encontraba sola en su camarote, sentada frente a su consola sin ver realmente el texto representado frente a sus ojos. Incapaz de conciliar el sueño, había pretendido distraerse repasando los informes de las últimas misiones de reconocimiento, pero no conseguía concentrarse lo suficiente como para entender nada de lo que veía. Después de eso había probado con una novela que se había descargado hacía algún tiempo del banco de datos de la sala de lecturas, y que hasta ahora no había tenido ocasión ni de empezar siquiera. Pensó que un poco de lectura ligera podría ayudarla a calmar la inquietud que reinaba en su mente, pero apenas pudo pasar del primer capítulo. Cuando se encontró leyendo el mismo párrafo por la que debía ser la décima vez se dio por vencida y apagó la consola disgustada.

Desde la desastrosa reunión del día anterior había estado eludiendo el contacto con otros miembros del escuadrón. No había respondido a ninguna de sus llamadas ni a sus mensajes electrónicos, y había pedido que un androide de protocolo le trajera sus comidas a su camarote para no tener que ir al comedor común. La única vez que había abandonado su encierro durante las últimas dieciséis horas había sido por orden de la capitán de navío Gen'yaa, para ser interrogada por el comité de investigación preliminar que había formado con oficiales de su tripulación. Le habían preguntado por cada detalle imaginable de su última misión - Llamarada empezaba a pensar que seguiría siendo la última por mucho tiempo, quizá para siempre -, obligándole a repasar cada punto una y otra vez, y poniendo a prueba tanto su memoria como su paciencia para no mandarles a todos a freír mynocks. Víbora también estaba allí, pues Gen'yaa lo había incluido en el comité. Llamarada tenía que admitir que su relevo al frente del escuadrón no parecía estar disfrutando con todo esto más que ella misma, aunque ella había evitado mirarle a los ojos más de lo estrictamente necesario. Las preguntas de Víbora, hechas siempre con la mayor deferencia, se habían concentrado sobre los aspectos más técnicos de la misión, insistiendo mucho en conocer si la nave destruida en primer lugar había sido la única en disparar, y en sí, por improbable que pareciera, los sensores del ala-A de Llamarada habían podido captar alguna lectura procedente del transporte que llevaba a bordo a los refugiados. No hacía falta un coeficiente intelectual muy alto para darse cuenta de que estaba intentando buscar elementos objetivos que pudieran diluir o incluso eliminar por completo su responsabilidad y la de Alce en el incidente, pero ella no había podido ofrecerle ninguno. Todo lo que recordaba sobre la misión estaba ya en su informe escrito y revisado, que Víbora y el resto de investigadores se sabían ya de memoria. Cuando al fin se dieron por vencidos y Gen'yaa dio por concluido el interrogatorio Llamarada regresó directamente a su camarote.

Aparte de los miembros del comité, Alce era la única persona con la que había cruzado alguna palabra desde ayer, pero estaba muy claro que no se sentían cómodos estando juntos. Eso le dolía, y se notaba que a Alce también, pero era evidente que lo que había sucedido se estaba interponiendo entre ambos. Llamrada no podía dejar de preguntarse si Alce no la estaría culpando, aunque fuera de forma inconsciente, por no haberle impedido disparar. Quizá pensara que si ella le hubiera ordenado tajantemente que no lanzara los torpedos nada de esto estaría pasando. Llamrada había intentado que hablaran de ello, pero Alce no le había dado ocasión. Su esperanza, albergada por primera vez durante la reunión con el resto de pilotos, de que hablando podrían arreglar las cosas al menos entre ellos dos, se había desvanecido ya casi por completo. Cuando llegaron a sus camarotes - desde que comenzaron su relación a bordo de la *Joan d'Arc* siempre se las habían apañado para que se les asignaran alojamientos contiguos - Alce se había limitado a decir que no se sentía preparado para hablar de ello y se había encerrado en el suyo. Que ella supiera aún tenía que estar ahí dentro, aunque seguramente también a él lo habían interrogado.

Casi saltó del asiento cuando sonó el llamador de su puerta y escuchó la voz de Alce al otro lado, pero aún se sorprendió más al abrir y encontrárselo allí de pie, vestido con su equipo de vuelo completo y con el casco bajo el brazo.

- Hola - le dijo, aunque había un centenar de cosas que se moría por decirle en lugar de ésa. *Más tarde*, se dijo a sí misma, *quizá más tarde*. Alce respondió con una simple inclinación de cabeza y entró. - Nos han prohibido volar - le dijo ella al cabo de unos instantes. - Lo sabes, ¿verdad? - Viéndolo vestido así Llamrada tenía miedo de que Alce hubiera agravado sus ya considerables problemas desobedeciendo las clarísimas instrucciones de Gen'yaa a ese respecto.

- Sí. Pero nadie nos ha dicho que no podamos usar los simuladores de vuelo - Llamrada asintió sintiéndose mucho más tranquila. Eso explicaba la indumentaria. Era posible que Alce echara de menos volar más incluso que ella, y quizá la idea de usar el simulador no fuera del todo mala. A lo mejor haciendo estallar en llamas una o dos docenas de cazas TIE generados por computadora conseguía calmar sus nervios mucho mejor que con sus vanos intentos con la lectura, pero lo cierto era que no se encontraba de humor para ello. Además, había algo en la expresión de Alce que le hacía sospechar que la visita a los simuladores no le había hecho ningún bien. Llamrada lo observó mientras dejaba caer el casco sobre la litera y se sentaba pesadamente sobre ella. Sus ojos miraban absortos a algo que no estaba allí, en el camarote, al tiempo que fruncía los labios y movía la cabeza de un lado a otro. De repente Llamrada lo comprendió todo. Alce no había empleado el simulador para pasar el rato. Había estado reconstruyendo la misión, intentando comprobar si había hecho algo mal y si las cosas podrían haber sido diferentes.

En los días en que ambos formaban parte del escuadrón Blanco Alce había oficiado como instructor de combate, ayudando a los pilotos que se incorporaban al escuadrón a adaptarse a los modelos de caza y a las tácticas empleadas en la unidad antes de que Avalancha, su antigua comandante, les permitiera participar en misiones reales. Llamrada sabía que Alce era capaz de programar un simulador casi con los ojos cerrados para reproducir cualquier situación de vuelo, y que además podía hacerlo en muy poco tiempo. ¿Pero por qué, qué sentido tenía intentarlo siquiera? Un piloto tan veterano como Alce

tenía poco que aprender de posibles errores - aunque no se podía negar que siempre había algo -, pero lo que sí podía conseguir fácilmente enfrentándose de nuevo al mismo escenario, aún tan reciente, era acabar mucho más deprimido que antes. A ella no le hacía falta pasar por una sesión de simulador para pensar en varias cosas que podría haber hecho para evitar encontrarse en la situación de tener que dudar sobre si abrir fuego o no sobre un transporte no inspeccionado, pero no había forma de cambiar algo que ya estaba hecho.

Alce levantó la mirada hasta encontrarse con la de ella. Lllamarada supo que no se había equivocado al suponer lo que Alce había estado haciendo en el simulador.

- Metí la pata, Avery - dijo. - Cuando el carguero armado abrió fuego contra Torpedo yo podría haberlo esquivado pasando por debajo, o incluso a lo largo de su lado de babor, y darle una pasada con los sensores al transporte coreliano.

- Estoy segura de que sí. Y yo podría haberte ordenado que lo inspeccionaras antes de ir a desactivar a los otros tres y no al revés - No había terminado de decirlo cuando ya se estaba sintiendo mal por ello. *Por supuesto que podría haber hecho eso, pero no lo hice, y esta sensación es justo lo que yo preferiría evitarme, la razón por la que a mí nunca se me habría ocurrido repetir en el simulador esa maldita situación.*

- Se me olvidó el verdadero objetivo de nuestra misión, por qué estábamos allí - continuó Alce como si no hubiera oído lo que ella acababa de decir. - Cuando alcanzaron a Torpedo, lo único que tenía en la cabeza era derribarlos a todos antes de que tuvieran ocasión de volver a dispararnos a ninguno de nosotros.

- Eso son reflejos de combatiente, y han salvado nuestras vidas muy a menudo - Lllamarada se sentó junto a Alce y le pasó un brazo por los hombros. Él no se apartó ni rehuyó su contacto, lo cual alivió un poco a Lllamarada. Eso, al menos, parecía una buena señal.

- Ya escuchaste a Rúster. Esos reflejos también matan gente.

- No deberías tomarla al pie de la letra. Ya conoces a Rúster. Chillaría horrorizada si te viera aplastar con la mano al más insignificante de los insectos - Aquello le arrancó a Alce un amago de sonrisa, pero su rostro volvió enseguida a adoptar la misma expresión dolorida.

- Es que, ¿sabes? Cuando pienso en ese último instante, creo todavía que disparar era la única opción que tenía. Pero si antes de llegar a eso hubiera hecho mejor mi trabajo, hubiera conseguido escanear a ese transporte y no hubiera tenido que decidir basándome en probabilidades.

- No te culpes por eso. Ermitaño y yo también tuvimos alguna oportunidad para acercarnos a esa nave y hacerle un barrido, pero tampoco lo hicimos. Supongo que estábamos demasiado ocupados persiguiendo a las otras tres y disparándoles para colapsar sus escudos, pero seguramente un solo ala-A hubiera bastado para eso. No pensé con claridad, eso es todo - Alce la miró súbitamente preocupado.

- Hey, cielo, jamás se me ocurriría sugerir eso. Ahora eres tú la que te estás echando la culpa y no la tienes.

- Quizá - admitió ella,- pero eso no significa que la tengas tú - Alce suspiró y se dejó caer de espaldas sobre la litera. Se puso las manos bajo la cabeza y se quedó mirando al techo.

Star Wars: Daños Colaterales

- Debes pensar que soy un masoquista por ir al simulador a torturarme de esta forma, ¿verdad?

- Algo de eso hay.

- Supongo que lo soy. Si hubiera algo que pudiéramos hacer para... - Alce dejó el resto de la frase en suspenso. Llamada pensó que el hecho de que Alce empezara a hablar en plural, incluyéndolos a los dos o incluso a Torpedo y a Ermitaño en lo que fuera que iba a decir, era ya un progreso considerable. Se tendió a su lado y adoptó su misma postura.

- ¿Cómo te fue con Gen'yaa y su comité de investigación? - Llamada no creía que Alce hubiera podido aportar nada nuevo tampoco, pero lo único que pretendía era alterar aunque sólo fuera un poco el rumbo de la conversación.

- A veces odio a esa mujer - Llamada dejó escapar una pequeña carcajada -, pero debo admitir que es condenadamente buena en este tipo de cosas. Le da igual si soy un asesino o simplemente un imbécil. Lo único que le preocupa es minimizar el impacto que esto pueda tener a nivel político. Insistieron mucho, sobre todo Víbora, en que les explicara por qué mi ordenador de vuelo identificó como hostil al transporte coreliano. Lo único de lo que estoy seguro es de que no lo marqué así de forma manual. Ibero me preguntó lo mismo después de la reunión - Llamada se incorporó apoyándose sobre un brazo para poder verle la cara. Aquello daba más sentido si cabe a las preguntas que le habían hecho a ella, confirmando lo que ya se imaginaba.

- ¿Así que están buscando un fallo técnico para echarle la culpa de todo?

- Parece la conclusión obvia, pero no me dio la impresión de que tengan nada concreto. De lo que estoy seguro es de que Gen'yaa no tardará en ordenar que desmonten pieza a pieza el ordenador de vuelo de mi ala-B, si es que no lo ha hecho ya.

- Es mejor culpar a un ordenador que a un oficial de la Nueva República - reflexionó Llamada en voz alta - Especialmente si existe la más remota posibilidad de que parte de la responsabilidad le caiga a ella misma.

- Estoy seguro de que no quiere ver esto en su hoja de servicio - Alce se encogió levemente de hombros -, pero dudo mucho que se pueda acusar al ordenador o a su software.

- Pues mira, si eso puede salvar nuestras carreras - continuó Llamada pensativa - estoy completamente de acuerdo con esa estrategia.

- En este momento me da bastante igual mi carrera - dijo Alce secamente.

- No sigas haciéndote eso a ti mismo, por favor - Llamada le echó un vistazo a su consola, ahora muda y opaca. - He estado leyendo un poco antes de que vinieras. Es una novela muy buena que me bajé de la sala de lecturas. El argumento me ha enganchado enseguida - mintió. - Si quieres te la paso, o si no puedes conectarte tú y buscar algo que sea de tu gusto. Puedes usar mi consola si quieres, yo tengo sueño ya - volvió a mentir.

Alce inhaló profundamente. - Quien sabe, a lo mejor tienes razón - Se puso en pie y miró a la consola como disponiéndose a encenderla, pero de pronto pareció cambiar de idea. - Creo que me voy a acercar a la sala de lecturas en lugar de acceder desde aquí. El paseo me sentará bien. ¿Te importa si dejo aquí el casco y el resto del equipo?

- Por supuesto que no. ¿Quieres que vaya contigo?

- Gracias, pero no. Me apetece estar un rato a solas - Lllamarada intentó no mostrar su decepción, pero no pudo ocultársela a Alce, que la conocía tan bien. Su expresión se suavizó un poco y añadió - Pero luego me gustaría verte. ¿Vas a estar aquí?

- Claro. Me voy a echar una siesta, pero no me importará si me despiertas.

Alce sonrió y se apoyó en el borde de la litera para darle un beso breve en los labios. - Trato hecho. Hasta luego entonces.

- Hasta luego - le respondió Lllamarada, aunque la puerta ya se cerraba detrás de Alce cuando lo dijo. - Podría haber ido peor - añadió en voz alta a modo de autoconsuelo.

Alce descubrió que realmente le apeteecía caminar, así que decidió no tomar la ruta más directa a la sala de lecturas. En lugar de eso fue dando un rodeo, escogiendo pasillos que discurrieran paralelos al casco externo del *Guarida del Lobo*, aquellos en los que era más probable encontrar paneles de observación. Al cabo de un rato se detuvo junto a uno de esos paneles, excepcionalmente grande, que se extendía desde el nivel del suelo hasta casi el del techo, y de al menos seis metros de anchura. Conociendo el amor que la gran mayoría de los moncalamaris sentían por el espacio, no era de extrañar que los ingenieros que habían diseñado el portanaves se hubiesen propuesto proporcionar a los miembros de la tripulación que no sirviesen en el puente - en realidad tan sólo unos pocos trabajaban allí - algunos lugares como ése, desde los que también ellos pudieran admirar la grandeza del universo. Ahora que lo pensaba, Alce recordaba haber visto alguna vez a la teniente de navío Boradelis - la ingeniero jefe de a bordo, que como era lógico en una nave como aquella era de raza moncalamari - permaneciendo de pie en ese mismo punto o en otro muy similar, con la mirada perdida en el campo de estrellas que rodeaba al *Guarida* cuando no se encontraba viajando por el hiperespacio. Seguramente Alce había ido con demasiada prisa como para pararse a disfrutar de la vista, pero si había algo que ahora le sobraba era tiempo, por lo que resolvió concederse a sí mismo ese respiro.

Más allá de la curva formada por el horizonte de Seibergia, cuyo lado diurno quedaba justo debajo de ellos, se podía contemplar gran parte del cúmulo Viayak. Las estrellas se concentraban en una amplia y extremadamente luminosa franja que cruzaba diagonalmente su punto de vista. A Alce se le ocurrió que parecían puestas allí por la gigantesca brocha de una especie de artista cósmico, a quien después de contemplar su obra se le hubiera ocurrido rematarla pintando aparte tres de los astros más brillantes con un pincel más fino, dos por encima y uno por debajo del grupo principal, de manera que no pudieran pasar desapercibidos entre la multitud. El resultado era simplemente precioso. Alce se acordaba como si hubiera sucedido ayer de la profunda impresión que le causó la primera vez que vio las estrellas así, desde el espacio, lejos de la excesiva iluminación y de la polución de las ciudades, y sin atmósfera alguna que pudiera filtrar aunque sólo fuera una mínima fracción de esta maravilla. Había sido su padre, piloto de la primera generación de bombarderos TIE producida para el recién creado Imperio, quien le había llevado a bordo de una nave biplaza de entrenamiento para el que

sería su bautismo de vuelo. "Vas a ver dónde trabaja tu papá", le había dicho. El recuerdo hizo sonreír a Alce. A pesar de que entonces apenas era un crío, jamás había olvidado aquel día. Fue el día en el que decidió que alguna vez también él sería piloto estelar como su padre. El espacio tal y como se veía desde la órbita de Alderaán no tenía nada que envidiar al que ahora contemplaba... Alce frunció los labios y suspiró. Le entristecía pensar en su padre y en su planeta natal, sabiendo que ninguno de los dos existía ya, pero aún así siguió mirando las estrellas durante un rato. No sabría decir cuánto tiempo llevaba allí exactamente cuando se sobresaltó al sentir la presión de una mano sobre su hombro.

- Lo siento, Alce - dijo Raiven. - Te he localizado por tu comunicador. No quería molestarte...

- No lo has hecho - respondió él educadamente. - ¿Puedo hacer algo por ti?

El joven piloto se encogió de hombros. - Bueno, lo cierto es que estaba esperando una oportunidad para decirte que, con lo que dije en la sala de reuniones, no pretendía criticarte ni censurarte por lo que hiciste...

- A mí me sonó a que sí - replicó Alce, e inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. No había sido la mejor forma posible de animar a alguien que evidentemente intentaba disculparse. No había podido evitarlo. En esa reunión había llegado a sentirse rodeado y acosado por sus propios compañeros, y Raiven había contribuido en parte a hacerle sentir de ese modo.

- Supongo que tienes razón - dijo Raiven un poco retraído, - pero eso fue antes de conocer los hechos. Ahora sé lo que pasó y cómo pasó. Torpedo nos contó los detalles a unos cuantos, aunque se suponía que no debía hacerlo.

- No es fácil tener secretos en esta nave de cotillas - dijo Alce intentando suavizar la situación.

- Y tú que lo digas - Raiven sonrió -, pero me alegro de que Torpedo se saltara las normas en este caso. Quería decirte que, si hubiera estado en tu lugar, creo que yo también habría apretado el gatillo. Tan sólo quería que lo supieras.

- Gracias, Raiven. Realmente te lo agradezco - Alce ofreció su mano extendida al otro piloto, y este se la estrechó visiblemente aliviado.

- Me encantaría que nos tomáramos algo en el *Refugio Antibombas*, pero se supone que tengo que estar en el espacio en quince minutos. Víbora ha decidido reforzar a Araña y sus locos del ala-A con algunos de nosotros, de manera que podamos tener permanentemente a un par de cazas vigilando nuestro patio trasero.

- Vaya. ¿Estamos esperando alguna visita desagradable?

- Por decirlo de algún modo, todo apunta a que el turismo coreliano en este sector podría experimentar un florecimiento sin precedentes.

Alce asintió con expresión sombría. - Ya veo. En ese caso procura no llegar tarde al hangar.

- ¡Vale, hasta luego! - se despidió Raiven echando a correr por el pasillo.

Alce continuó su paseo hacia la sala de lecturas con sentimientos encontrados. Aunque por un lado las sinceras disculpas de Raiven le habían hecho sentirse mejor, el comentario de su compañero le había dejado muy preocupado. Si la tensión en el área se había incrementado tanto a causa de este incidente como para que los corelianos pudieran tomar parte en el conflicto, las de los refugiados que iban a borde del transporte derribado no

iban a ser las únicas muertes en caer sobre su conciencia. *Puede que no todos mis compañeros me vean como a un asesino, pero si esto desemboca en la apertura de un nuevo frente de guerra, millones en la galaxia maldicirán mi nombre.* Perdido en sus lúgubres pensamientos, casi se le había olvidado a dónde iba cuando la puerta de la sala de lecturas se abrió ante él.

Alce se acercó a la consola más cercana y se derrumbó sobre el asiento. La sala de lecturas no era grande. Se trataba de un habitáculo rectangular de apenas quince metros cuadrados, con seis nichos adosados a la pared del fondo y tres más a cada lado. Cada nicho tenía un asiento, una consola de acceso público conectada a los bancos de datos *del Guarida del Lobo*, y un campo de aislamiento sonoro que se podía activar pulsando un botón, en el caso de que a uno le molestaran las conversaciones de otros lectores. Media docena de pósters holográficos cubrían las por otro lado desnudas paredes, y aparte de ellos no había nada más que ver allí. En realidad era raro encontrar a más de una o dos personas allí al mismo tiempo, ya que prácticamente todos los camarotes de pilotos y tripulación estaban equipados con consolas desde las que se podía acceder al mismo material que desde allí. Eso la convertía en el lugar perfecto cuando uno quería estar un rato a solas y no se tenía un rango por encima del de capitán, que era condición primordial para poder disfrutar de uno de los pocos camarotes individuales que había en la nave. Alce era uno de los privilegiados que lo tenía, así que normalmente no iba a la sala de lecturas a no ser que hubiera quedado allí con alguien. Tan perdido estaba ahora en sus pensamientos que no se dio cuenta de que no estaba solo hasta que escuchó un "hola, Alce" viniendo desde algún lugar situado a su derecha. Se giró sorprendido para encontrarse con Ibero, que estaba sentado en uno de los nichos de ese lado. Varios textos y lo que parecían ser un par de mapas flotaban sobre su consola. Un holoprojector de mano colocado sobre la mesa a su lado mostraba una imagen de una mujer joven de aspecto dulce con un bebé de menos de un año en sus brazos. Desde donde se encontraba Alce no tuvo problemas para reconocer a la mujer como la esposa de Ibero, a la que había conocido meses atrás. Ibero se la presentó a él y otros compañeros del escuadrón cuando, tras la batalla de Ibery, todos tuvieron que permanecer un par de semanas en su planeta esperando la llegada del *Guarida del Lobo* - que venía a sustituir a la fragata *Cueva del Lobo*, anterior nave nodriza del escuadrón que resultó destruida durante la lucha, hecho que obligó a que botaran al portanaves casi tres meses antes de la fecha prevista -. El bebé, claramente una niña, tenía que ser su hija Lucía - Ibero mencionaba su nombre tan a menudo que era imposible no recordarlo -, nacida apenas un par de minutos después de que se desvaneciera el sonido del último disparo.

- Ha crecido mucho desde la última vez que la vi - dijo Alce alzando el mentón en dirección a la imagen.

- Cumplió seis meses estándar la semana pasada - explicó Ibero sonriendo con orgullo, la viva imagen del padre que pierde el contacto con el suelo bajo sus pies cada vez que alguien le pregunta por su hija.

- Seis meses ya. Desde luego es preciosa, con esos ojos tan grandes y esa sonrisa tan femenina - Ibero se rió encantado y le echó una mirada a la imagen. - Sí - dijo por toda respuesta, evidentemente de acuerdo con la opinión de Alce acerca de la belleza de la criatura. Después de eso los dos permanecieron en silencio. Alce había acudido allí en busca de soledad, y más que nada por no ofender a Llamada encerrándose otra vez en su camarote,

pero ahora le parecía descortés levantarse y marcharse nada más llegar y haberse encontrado a Ibero. Por otro lado, resultaba obvio que el otro piloto se sentía un tanto incómodo, o incluso violento. *Quizá le he interrumpido en su trabajo. O quizá es porque se trata de mí.* No era razonable esperar que todos sus compañeros tuviesen una reacción tan positiva como la de Raiven tras conocer los detalles del incidente. Algunos podían pensar, y quizá fuera verdad, que ellos no habrían cometido el mismo error que Alce. Al igual que Rúster, podrían sentir un justificado rechazo hacia él por lo que había hecho, y más aún teniendo en cuenta las terribles consecuencias que podían derivarse de ello. Ibero era oficial de Inteligencia, así que debía estar bien informado acerca de las posibles repercusiones en Corellia. El iberiano no había abierto la boca en la sala de reuniones, pero eso no significaba que no tuviera su propia opinión. Alce recordó que cuando Gen'yaa les mostró en su camarote la grabación de los informativos corelianos, la imagen del cadáver de la niña flotando en el espacio había afectado mucho a Ibero. Alce miró hacia el pequeño holograma con la imagen de su mujer y su hija. Ibero siguió su mirada y pareció estremecerse. Un momento después tomó el aparato en sus manos y lo apagó. *Sí, concluyó Alce, está pensando precisamente en eso, en el cuerpo destrozado de esa niñita que aún estaría viva si yo me hubiera atendido a las instrucciones de Gen'yaa.*

Había estado a punto de preguntarle directamente a Ibero qué pensaba de él y de lo que había hecho, pedirle que le dijera a la cara lo que fuera y que terminaran de una vez con esto, pero de pronto se dio cuenta de que prefería no escucharlo. Había tenido bastante con oír a Rúster, cuyas palabras resonaban aún en sus oídos haciéndole dudar si no sería su propia conciencia. Visiblemente más tenso a cada instante que se prolongaba el silencio, Ibero miró de reojo hacia la consola, como si se preguntara si a Alce le molestaría que volviera a su trabajo. Decidió preguntarle por cortesía de qué se trataba y marcharse después de eso.

- Espero no haberte interrumpido. ¿Puedo preguntarte qué es eso que estás estudiando?

- Oh, esto - Ibero sonrió brevemente, agradeciendo la oportunidad de iniciar una conversación neutral en lugar de verse obligado, quizá, a enzarzarse en una discusión con Alce. Pulsó un par de teclas de la consola haciendo que el tamaño de algunos de los elementos que estaba visualizando doblaran su tamaño, de forma que Alce pudiera verlos bien desde donde se encontraba. - Estoy documentando un informe acerca de la población de la Región Balania. Rúster va a llevar allí al doctor Al Saruff mañana, junto con diversos pertrechos para uno de los campos de refugiados. Están instalando un hospital de campaña, y dado que de momento - a Alce ese "de momento" le pareció muy significativo - el doctor no tiene mucho trabajo aquí, se ha ofrecido para prestar sus servicios en el campo hasta que Gen'yaa lo reclame de vuelta. Me preguntó si podría darle información adicional sobre los balanios, su historia, sus costumbres, esa clase de cosas. Dijo que saber más sobre ellos podría ayudarle a comprender mejor a sus futuros pacientes desde un punto de vista psicológico, y que eso era importante para él. Así que en eso estoy.

- Otra cosa más que añadir a tu ya sobrecargada lista de deberes, ¿no?
- No era difícil suponer que al estar Llamarada y él relevados del servicio, los otros tres oficiales con mando en el escuadrón habrían visto casi duplicarse su

carga habitual de trabajo. Ibero movió la mano como quitándole importancia al hecho.

- Con esto en concreto estoy disfrutando - dijo señalando con el dedo a la información proyectada sobre la consola. - De verdad, no te creerías las cosas que llegaron a hacer los banianos para sobrevivir en estas montañas.

Alce había leído el memorándum electrónico que les habían entregado a cada uno de los pilotos cuando el *Guarida del Lobo* recibió órdenes de dirigirse a Seibergia. Además de cartas de navegación de todo el sistema y algunas específicas para el vuelo sobre la Región Balania, y de las estimaciones acerca de la oposición que podían esperar encontrar - elaboradas por los servicios de Inteligencia de la Nueva República -, incluía también una descripción general de la situación política y de sus precedentes.

- Leí lo del intento de invasión de hace dos milenios, y recuerdo que se mencionaba el hecho de que los supervivientes banianos tuvieron que trabajar duro después de ser abandonados a su suerte. No conozco los detalles, aunque hay algo que me llamó la atención. Se decía que esas montañas eran un territorio extremadamente hostil y carente de recursos, pero al sobrevolarlas he visto mucha vegetación, e incluso campos de labranza diseminados por doquier.

- Ahora existe todo eso - asintió Ibero con una enigmática sonrisa -, pero cuando aterrizaron ahí por primera vez no había más que nieve y rocas peladas.

- Vaya - dijo Alce, descubriendo con no poca sorpresa que el tema había conseguido despertar su interés. - Tengo algo de tiempo libre, así que si no te importa contarme algo más...

- Verás - comenzó Ibero con no poca satisfacción. Alce se levantó y fue a sentarse al nicho contiguo al de Ibero. - Los militares banianos planificaron cuidadosamente cada una de las acciones que iban a llevar a cabo con el objetivo de tomar Seibergia. Pensaron en todos los detalles. Entre otras cosas, el lugar de su primer aterrizaje, que no fue elegido en absoluto al azar. Balania es un mundo bastante gélido para los estándares humanos, hasta el punto de parecerse casi a Hoth a medida que uno se va alejando de la zona ecuatorial. Sus armas y su maquinaria estaban perfectamente adaptadas por tanto para funcionar de forma óptima bajo condiciones de frío extremo. La abundante información de inteligencia que habían recogido sobre los seibergios indicaba que el enemigo estaría en gran desventaja si se veía obligado a luchar con condiciones climatológicas adversas. Siempre que fueran capaces de hacerse con la supremacía aérea, los banianos podrían establecer bases e incluso colonias enteras en las áreas más montañosas y frías de Seibergia con relativa impunidad. Esas bases serían la clave que les permitiría desbordar desde dentro las defensas seibergias. La única alternativa para hacerse con el control de un planeta tan grande hubiera pasado por emplear un inmenso ejército, lo que sería impracticable por pura imposibilidad logística.

- El Imperio no necesitó usar fuerzas masivas en la mayoría de los planetas que conquistó por la vía militar - observó Alce.

- Eso es porque basaban su estrategia en el poderío de sus destructores estelares. Colocaban a dos o tres en órbita, y si las fuerzas armadas locales no se rendían de inmediato empezaban a machacar sus principales ciudades.

Star Wars: Daños Colaterales

- Correcto - dijo Alce, dándose cuenta de lo que quería decir Ibero. - Pero hace dos mil años las naves de guerra no disponían de semejante potencia de fuego.

- Eso es - Ibero asintió. - La tecnología para la construcción de cañones láser lo suficientemente potentes como para destruir edificios desde la órbita de un planeta, a pesar de la cantidad de energía que se disipa en la atmósfera, la inevitable difracción del rayo y otras dificultades técnicas como la de recargar el arma lo suficientemente rápido y evitar que se recaliente, no estuvo disponible hasta hace menos de un milenio. - Alce, que ya sabía todo eso, estuvo a punto de sugerir a Ibero que las armas nucleares existían desde antes incluso de que los corelianos fabricaran el primer motor de salto hiperespacial y fuera posible viajar a una velocidad superior a la de la luz. Las bombas de fusión y de fisión se empleaban con éxito en la industria minera para volar grandes asteroides y poder acceder así a los minerales de su núcleo, y a Alce no le cabía duda de que podrían destruir una ciudad lanzadas desde una nave en órbita. Pero antes de llegar a formular ese pensamiento en voz alta ya se había respondido a sí mismo. ¿Quién sería tan estúpido como para usar bombas atómicas sobre un planeta sobre el que se pretendía vivir después? De hecho, hasta que el Imperio construyó su primera Estrella de la Muerte, nadie parecía pensar que un arma tan destructiva pudiera ser de utilidad práctica.

Ibero continuó. - Por lo que sabemos, los bretalianos fueron los primeros en utilizar el bombardeo orbital por láser, hace cosa de ochocientos años.

- Hasta que nuestra vieja amiga Joan d'Arc les hizo parar - dijo Alce con una sonrisa.

- En efecto - respondió Ibero con otra sonrisa. La mayor parte de sus compañeros conocían su interés por ese personaje histórico, sobre el que había escrito un ensayo. Alce de hecho lo había leído dos veces. - Pero volvamos a nuestra historia. Los balanios ejecutaron a la perfección la primera parte de su plan de invasión. Con la sorpresa como aliado, el primer contingente de tropas aterrizó justo aquí. - Ibero señaló el sitio exacto sobre un mapa tridimensional generado desde la consola. Mostraba un terreno elevado relativamente llano, cubierto de nieve en su mayor parte, y rodeado por montañas que hacían muy difícil, si bien no imposible por completo, el acceso por tierra desde las regiones más bajas. - Este lugar es un antiguo glaciar, y constituye el núcleo de lo que hoy conocemos como Región Balania. Tomaron posiciones aquí y en todos los pasos de montaña de los alrededores prácticamente sin oposición. El objetivo principal de este primer asalto era el establecimiento de una base sobre un terreno fácil de defender, donde nuevas tropas y equipo pesado pudieran ser desembarcados sin impedimentos, siempre que consiguieran evitar que sus transportes fueran interceptados en el espacio. El objetivo secundario era poner a prueba la capacidad defensiva de los seibergios y evaluar dónde y cómo aplicar su fuerza para derrotarlos de forma rápida y efectiva. Al poco de llegar los balanios hicieron un primer intento de avance hacia las ciudades más cercanas, a cientos de kilómetros en realidad, que fue rechazado con éxito por los seibergios. Los balanios contaban con ello y no les preocupó. Ya tenían su base e información de primera mano sobre los medios con los que contaba el enemigo, así que todo iba según lo previsto. Pero cuando las naves que llevaban a bordo la segunda y mucho más numerosa fuerza atacante entró en el sistema, se encontraron esperándoles a una fuerza combinada compuesta por navíos seibergios y de la República,

aunque sería mucho más exacto decir que estas últimas eran todas corelianas. Esta flota defensiva había capturado ya al crucero que había desembarcado a las primeras tropas y eliminado por completo a su escolta. Al almirante balanio al mando no le quedó otro remedio que ordenar a sus naves dar media vuelta y volver a casa, podríamos decir, con el rabo entre las piernas.

- ¿No hubo batalla espacial?

- Ni un solo disparo. El gobierno balanio no podía creerse, y mucho menos entender, que los seibergios hubieran obtenido el apoyo de la República tan rápidamente. Tan sólo habían pasado tres días entre la primera y la segunda oleada del ataque, y sin embargo ya había allí una imponente formación de naves luciendo el emblema de la República. Ten en cuenta que el tiempo de reacción del Senado en este tipo de situaciones se medía en meses, cuando no en años. Los balanios no esperaban tener noticias de la República antes de tres o cuatro semanas en el peor de los casos, y para entonces esperaban haber afianzado ya su control sobre el planeta.

- ¿Qué es lo que había pasado entonces? - A esas alturas Alce se encontraba completamente absorbido por el relato de Ibero, para deleite del otro.

- Una increíble coincidencia y el marketing de ventas coreliano en la mayor exhibición de su historia. Al mismo tiempo que los balanios efectuaban su primer aterrizaje en suelo seibergio, varios astilleros corelianos llevaban a cabo una gran exhibición de sus últimos diseños de naves de guerra, en beneficio de una comisión senatorial que debía decidir qué compañías se harían con un sustancioso contrato para la renovación de la flota de la República. Por indicación de su gobierno, la Armada Coreliana participaba en las maniobras con sus mejores y más modernas naves pertenecientes a las clases de navío candidatas a cubrir las necesidades de la República. Esto iba a ser el contrato del siglo a nivel galáctico, y si empresas corelianas se hacían con todo o con una parte substancial del mismo los beneficios para Corellia y el resto de mundos asociados serían tremendos. La comisión había estado ya en Kuat y en Fondor, donde también habían apostado fuerte para conseguir para sí el proyecto, así que los corelianos pusieron todo lo que tenían en esa exhibición.

Alce casi se echó a reír. - Así que tenemos una poderosa flota, compuesta por las más potentes y sofisticadas naves del momento, practicando juegos de guerra a unos cuantos años luz del cúmulo Viayak...

- ...y justo entonces se recibe la llamada de socorro del gobierno seibergio. El resto puedes imaginártelo tú mismo.

- Sí que me lo imagino. Corellia se encontró con una increíble, inesperada e inmejorable oportunidad para impresionar a los representantes del Senado con el poderío y la capacidad de sus naves, y al mismo tiempo anotarse un montón de puntos a nivel político.

- Exacto. Parece ser que algún anónimo burócrata balanio de la embajada en Corellia redactó un informe indicando que se iba a llevar a cabo una exhibición armamentística, pero de ser cierto eso el informe en cuestión fue archivado sin más.

- Evidentemente subestimaron a los agentes de venta corelianos - apuntó Alce con media sonrisa.

- Quienes, por supuesto, obtuvieron el ansiado contrato, que garantizó a Corellia una posición de liderato en la industria espacial contestada tan sólo por

Kuat, que no obstante tardó décadas en empezar a recuperarse por las pérdidas que les supuso no vender ni una sola de las líneas de naves que tenían fabricándose en esos momentos. Pero esa, también, es otra historia.

- Fascinante - El entusiasmo de Ibero era contagioso, tanto que por un rato al menos Alce había llegado a olvidarse de sus preocupaciones personales. - ¿Y qué pasó entonces con las fuerzas balanias que estaban ya en Seibergia?

- Imagínatelos. Su propio gobierno los había sacrificado con tal de evitarse una confrontación directa con la República, y no tenían forma alguna de volver a casa. Alrededor de cinco mil hombres y mujeres atrapados en lo más inhóspito de un mundo que los quería ver muertos. No obstante, sus posiciones en las montañas resultaron ser prácticamente inexpugnables, incluso después de que perdieran hasta el último de sus cazas atmosféricos a manos de las fuerzas de defensa planetarias. El ejército seibergio intentó una y otra vez acabar con ellos, pero no hubo manera. La única forma en que se les podía atacar con éxito era desde el aire, pero los pilotos se veían obligados a volar muy bajo entre traicioneras laderas y escarpadas formaciones rocosas, si es que pretendían alcanzar sus objetivos sin ser derribados mucho antes por los misiles buscadores de los balanios. Entre los numerosos accidentes y la puntería de los balanios, que parecían disponer de una abundante reserva de misiles, el nivel de bajas entre las fuerzas aéreas empezaba a ser más que alarmante, y Seibergia no podía permitirse semejantes pérdidas para recuperar un terreno que en realidad no querían para nada. Así que finalmente se ofrecieron a negociar con ellos, aunque si hubieran sabido lo mermadas que estaban ya las fuerzas balanias hubieran insistido en los ataques. Apenas una cuarta parte del contingente inicial seguía con vida, y de sus preciados misiles apenas les quedaba alguno. El caso es que los balanios firmaron el acuerdo que se les ofrecía, obteniendo así el derecho a quedarse sus montañas y una parte del territorio despoblado que las rodeaba como teórica área de seguridad. Entonces se encontraron con que poseían unos trescientos mil kilómetros cuadrados de tierra desolada, de los cuáles sólo eran seguros para ellos menos de diez mil, justo lo que ocupaba el viejo glaciar, con provisiones que podrían durarles un año en el mejor de los casos. Lo cierto era que el gobierno seibergio esperaba que poco a poco se fueran muriendo todos de hambre, si es que no los mataba antes el frío, pero aquellos soldados eran demasiado buenos como para sucumbir así.

- Tienes toda mi atención - dijo Alce cruzando los brazos sobre el pecho.

Ibero hizo desaparecer el mapa y en su lugar aparecieron varias imágenes. Mostraban diferentes perspectivas de lo que podría identificarse como instalaciones médicas. Había laboratorios, quirófanos, unidades de cuidados intensivos y salas de hospital, en los que se veía trabajando a seres humanos que vestían batas blancas y verdes. Alce no era médico ni nada que se le pareciera, pero nada de lo que veía allí le parecía inusual o digno de una especial atención, salvo por un par de detalles.

- Son imágenes de un antiguo hospital, ¿no? - preguntó Alce confundido por el aparente cambio de tema.

- Sí. Todas son de hospitales balanios de hace aproximadamente dos mil años. Estaban equipados de forma muy similar a los que podían encontrarse en miles de mundos habitados por humanos, dentro y fuera de la

República, y por lo que se puede ver, no eran muy diferentes de los que conocemos hoy en día.

- Supongo que la Medicina humana no ha cambiado demasiado en ese tiempo.

Ibero dejó escapar una carcajada - Probablemente la mayoría de los doctores humanos se horrorizarían si escuchasen ese comentario, y podrían darnos una conferencia de seis meses tan sólo para empezar a ilustrarnos sobre todos los avances médicos que han hecho su aparición desde que fueron tomadas estas imágenes. Pero honestamente, y basándonos tan sólo en lo que se ve aquí, creo que cualquier profano como tú y como yo llegaría a la misma conclusión. No obstante, te has dado cuenta de que corresponden a un hospital antiguo y no a uno nuevo. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

- En primer lugar, el hecho de que sólo se ve personal humano trabajando en estas instalaciones. No hay ni un solo androide médico, cuando en nuestros días sería más fácil no ver personas.

- Es verdad. Por lo que recuerdo de mis cursos sobre robótica en la universidad los androides médicos son bastante recientes. Aunque en Medicina se han venido empleando ordenadores desde tiempos inmemoriales, no fue hasta hace unos pocos cientos de años que se empezó a confiar en androides especializados para llevar a cabo tareas de índole médica. Que yo sepa no había razones técnicas para ello, pero sí prejuicios muy extendidos contra la mera posibilidad de que se utilizasen máquinas como doctores. He aquí un tema que a mí personalmente me resulta interesantísimo, pero que tiene muy poco que ver con nuestra conversación - Ibero sonrió como si pidiera disculpas por excederse en sus explicaciones. *El tío está disfrutando de veras con esto*, pensó Alce divertido. - Ahora dime si hay alguna cosa más que no te cuadre en las imágenes.

- Hmm, no sé para qué sirven la mayoría de los dispositivos que se ven en éstas de los laboratorios, pero la mayoría al menos me parecen familiares. Excepto estas... urnas - Alce señaló con el dedo a qué se refería - Parecen contenedores o algo así, ¿no? Es lo que más extraño me resulta.

- Eres un buen observador - dijo Ibero asintiendo con la cabeza. - Antes de que te diga lo que son, ¿hay alguna cosa más?

Alce se arrascó la cabeza sin darse cuenta de que lo hacía. Sí que había algo más, aunque no terminaba de caer en lo que era. No se trataba de ninguno de los objetos o del mobiliario que aparecía en las imágenes, sino más bien algo que echaba en falta en ellas y que debería haber estado allí. Vio Ibero sonreía de oreja a oreja esperando a que se diera por vencido. Fue entonces cuando lo supo.

- ¡Tanques de bacta! - dijo casi chillando - ¡No hay tanques bacta por ninguna parte! Es tan evidente que no sé cómo no me he dado cuenta a la primera.

Ibero aplaudió. - Excelente. Yo no fui capaz de verlo hasta que no leí los textos adjuntos. Mientras que las aplicaciones curativas del bacta eran bien conocidas ya por aquella época, su aplicación no estaba ni muchísimo menos tan extendida como en la actualidad. Balania era uno de esos mundos donde aún no se empleaban terapias basadas en el bacta, y por eso aquí no se ve nada ni remotamente parecido a un tanque de inmersión.

- Cuesta trabajo imaginar una Medicina sin bacta - dijo Alce moviendo la cabeza de un lado a otro.

- A mí me pasa lo mismo. Y eso nos lleva directamente a tu anterior descubrimiento - Ibero seleccionó una de las imágenes y la amplió. - Esas urnas, como tú las has llamado, son cilindros Spaarti...

- ¿Dispositivos de clonación?- exclamó Alce cogido por sorpresa. Como prácticamente cualquiera en la galaxia, Alce había oído hablar sobre los instrumentos utilizados hacía casi medio siglo para crear millones de clones soldados durante los sangrientos conflictos conocidos como Guerras Clon. Una tecnología prohibida después por el Emperador Palpatine y erradicada por completo en toda la galaxia, o al menos así se suponía.

- Técnicamente sí, aunque fíjate en que son muy pequeños como para contener a un humano adulto. En realidad los utilizaban para fabricar órganos y tejidos para utilizarlos posteriormente en trasplantes. Cayeron en desuso a causa del bacta, de las innovaciones en biónica y en la creación de órganos sintéticos, y por supuesto a causa de las Guerras Clon, pero lo cierto es que eran muy comunes hace dos mil años. El personal médico incluido en la fuerza de invasión balania llevaba consigo varias unidades Spaarti portátiles, entre otros equipamientos - Ibero hizo una pausa antes de proseguir su historia, mientras eliminaba de la proyección las imágenes de los antiguos hospitales. Alce se paró a pensar en lo que Ibero acababa de nombrar de pasada. El horror de las Guerras Clon había llevado a la prohibición de la tecnología de clonación en todos los mundos civilizados. Tal vez algo parecido había sucedido en tiempos remotos con las armas nucleares, y eso explicara el que ningún ejército contara con ellas en su arsenal. *Al parecer sólo aprendemos de los grandes desastres*, pensó Alce, que casi podía oír a Rúster diciendo algo por el estilo. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a concentrarse en la narración, que Ibero ya había proseguido.

- El problema más urgente al que se enfrentaban los balanios era por tanto la falta de comida. Pues bien, entre la variedad de tejidos congelados de los que disponían los médicos militares la mayoría eran humanos, pero también los había de procedencia animal y vegetal. Tenían también un amplio muestrario de virus y de bacterias, guardados en previsión de que fueran objeto de un ataque bacteriológico y tuvieran que verse sintetizando antídotos a toda prisa. Cuando comprendieron que no iban a ser evacuados, y mientras sus compañeros soldados estaban aún combatiendo a los seibergios, los mandos ordenaron a su personal científico y sanitario que buscaran soluciones para sus más inmediatas y vitales necesidades.

- ¿Se fabricaron su propia comida? - preguntó Alce estupefacto.

- Tan increíble como suena. En muy poco tiempo diseñaron bacterias capaces de medrar en aquel suelo prácticamente estéril e incrementar su fertilidad. A continuación desarrollaron vegetales comestibles que pudieran crecer en ese suelo, en condiciones tan poco favorables, y otros cuyo único propósito era ir erosionando el fondo rocoso para producir nuevo terreno cultivable. Lo único que no les faltaba era agua, pues además de los hielos perpetuos que los rodeaban las nevadas eran casi continuas. Finalmente modificaron genéticamente algunas de las especies animales balanias cuyas muestras de ADN llevaban en su inventario por una u otra razón, de manera que fueran capaces de crecer alimentándose con parte de los vegetales que produjeran y convertirse a su vez en fuente de alimento, de abono natural, y servir además como sustitutos para la maquinaria agrícola de la que carecían. Tan pronto como se firmó la tregua, los balanios utilizaron su remanente de

explosivos para volar las rocas que más les estorbaban y arrancarles aún más terreno de cultivo a las montañas. Esto era de vital importancia. Siglo y pico más tarde sus descendientes empezaron a ocupar el área de seguridad, una vez que desapareció el riesgo de ser nuevamente atacados por los seibergios, y con el tiempo llegaron a abandonar por completo su asentamiento primitivo sobre el viejo glaciar. Pero en esos primeros años, todo con lo que podían contar estaba allí, entre las montañas.

- No fue una tarea fácil - continuó Ibero -, y tan sólo el magnífico adiestramiento que habían recibido y su ardiente deseo de sobrevivir cuando unos y otros no daban un crédito por ellos, les permitieron salir adelante y tener éxito allá donde seres más corrientes habrían sin duda perecido. Fíjate que estaban entre lo mejor de las fuerzas armadas balanias, y que provenían de un mundo donde la vida al aire libre ya era dura de por sí. Los habían traicionado y abandonado a su destino, y ese hecho, en lugar de hacerles claudicar y aceptar la muerte que parecía segura, les empujó a luchar por su vida de forma mucho más tenaz si cabe. Su equipo de clonación no estaba diseñado para producir seres vivos viables, y apenas una décima parte de los intentos de clonar de animales llegaba a buen término. De esos muy pocos llegarían a la edad adulta. Los vegetales fueron algo más fáciles de producir, y eso les permitió disponer de una primera cosecha de cereales resistentes al frío poco antes de que sus raciones militares se agotasen por completo. Eso les dio un mínimo respiro, pero necesitaban a los animales. Eran conscientes de que el limitado número de dispositivos de clonación con el que contaban no duraría para siempre, por lo que era imprescindible que las especies genéticamente manipuladas que crearan fueran capaces de reproducirse por sí mismas. Para facilitar las cosas las diseñaron a todas para que fueran hermafroditas, pero lo cierto es que aún tardarían años en poder contar con animales en número suficiente. A pesar de sus esfuerzos no podían permitirse sacrificar ninguno, y sólo aquellos que se les morían de forma prematura pasaban a formar parte de la dieta. Ni siquiera con eso tenían suficiente comida, puesto que su producción vegetal no bastaba para cubrir sus necesidades más básicas. Murieron muchos balanios durante su segundo año de permanencia en Seibergia, demasiado débiles para combatir las enfermedades o para recuperarse de los accidentes que sufrían, relativamente frecuentes a causa de lo escarpado del entorno y al casi permanente estado de congelación del suelo que pisaban. Al final del tercer año los supervivientes no eran más de seiscientos, y a pesar de todos sus cuidados buena parte de su equipamiento estaba empezando a fallar. Sin las piezas suficientes de recambio que les hubieran permitido repararlos, tuvieron que improvisar y ser extremadamente imaginativos para conservar funcionando lo que tenían. Poco a poco, a medida que las células de energía de las que disponían se fueron agotando, todo aquello que no podía ser alimentado o recargado con baterías solares - cuyo funcionamiento era muy poco óptimo bajo aquellos cielos casi siempre cubiertos - fue quedando condenado a convertirse en materia prima para la fabricación de herramientas de mano. Diez años más tarde no les quedaba casi nada de la moderna tecnología con la que habían llegado al planeta, aunque algunas cosas, armas de mano sobre todo, les duraron generaciones enteras.

- No sé cómo pudieron conseguirlo - dijo Alce profundamente impresionado. Su mirada cayó sobre un nuevo conjunto de imágenes que Ibero estaba haciendo aparecer. - Esos son sus animales, ¿no es así?

- Sí. Dados los recursos limitados de los que disponían y la necesidad urgente de obtener resultados en poco tiempo, decidieron concentrarse en tres únicos diseños. A lo largo de los siglos, otras especies autóctonas de Seibergia se han ido introduciendo poco a poco, pero las tres que ellos crearon siguen siendo, aún hoy, la base de la economía de la Región Balania junto con la agricultura. Fíjate, esto que ves aquí es un kalashiri, su primer éxito. Es un cruce entre reptil y pájaro. Feísimo, ¿verdad? A primera vista parece un reptil intentando parecerse a un pájaro, o un pájaro que nunca dejó de ser reptil. Tiene el tamaño aproximado de un pollo común y básicamente es comida andante.

- Supongo que lo desplumarán primero.

- Digo yo. No te extrañe la cantidad de plumas, tenían que hacerlo resistente al frío. Mira, este otro es un kala'bra - prosiguió Ibero -. Aunque su carne es también comestible, los productos principales que se obtienen de él son su leche y su lana. La composición de la leche está tan bien equilibrada que una persona podría sobrevivir exclusivamente con ella. Si los hubieran podido producir suficientes kala'bras al principio muchos de los soldados que murieron durante los tres primeros años se habrían salvado - Ibero se encogió de hombros con cierta tristeza. Alce se dio cuenta de que en el poco tiempo que llevaba estudiando a los antepasados de los actuales pobladores de la Región Balania había llegado a admirarlos mucho. - También hacen quesos, entre otros muchos derivados. Ah, respecto a la lana, nunca deja de crecerles y además lo hace muy deprisa. Los balanios fabrican una gran variedad de tejidos a partir de ella.

- Sorprendente. ¿Y ese grande?

- Un kala'ballo, su tercera y última especie genéticamente modificada. Lo obtuvieron a partir del ADN de una raza de caballo que se da exclusivamente en Balania, y es pura fuerza bruta. Aunque, como no podía ser menos, su carne es comestible, el kala'ballo es una máquina de trabajo además de un medio de locomoción. Lento, eso sí, ya que es demasiado robusto como para poder trotar.

- Menudo bicho. Por cierto, me llama la atención eso de que todos los nombres comiencen por "kala".

- Significa "modificado" en balanio - respondió Ibero con una sonrisa -. Lo he comprobado.

- No, si debería haberlo imaginado - se rió Alce.

Ibero continuó charlando durante casi media hora más, explicándole a Alce cómo se las habían apañado los balanios para hacer de sus montañas un lugar habitable, desde los primeros años hasta el presente, cuando su supervivencia parecía estar amenazada una vez más. Cuando acabó, Alce permaneció unos instantes en silencio, su mente repleta con las imágenes que la historia que le había contado Ibero había creado en ella. Su forma de pensar en lo referente a los seibergio-balanios había cambiado por completo. Los vídeos que últimamente había visto de ellos mostraban a pacíficos labriegos trabajando sus campos o pastoreando rebaños de esos mamíferos lanudos - kala'bras, se recordó a sí mismo -. Sus casas eran rústicas, la gran mayoría de sus caminos estaban sin pavimentar. No tenían ciudades dignas de tal nombre con la excepción de Nurtina, la que podría considerarse como capital de la Región Balania, sino cientos de pequeñas aldeas repartidas por doquier, rodeando las montañas. Las estadísticas decían que un veinte por cien de la

población era analfabeta, y que menos de un uno por mil tenía estudios superiores. En apariencia, pobres, ignorantes e indefensos campesinos. Pero ahora Alce sabía que en los balanios había mucho más de lo que se podía ver a simple vista. Podían ser pobres, de eso no tenían culpa, pero no eran ignorantes ni habían estado siempre indefensos. Eran gente que había sobrevivido cuando todo, absolutamente todo, estaba en su contra, y que aún lo seguían haciendo. *Ésa es la clase de gente a la que sin querer he matado...* Alce se dio cuenta de que Ibero lo observaba en respetuoso silencio, pero con una expresión que denotaba un cierto desconcierto. Alce se preguntó cuánto tiempo llevaba absorto.

- Hmm, Ibero...- empezó a decir. Se le acababa de ocurrir una idea, pero antes tenía que saber si era realizable.

- ¿Sí?

- Estos días he oído que en la flota pedían voluntarios que quisieran echar una mano en esos campos.

- Así es - El iberiano miró a Alce entrecerrando los ojos, como si tratara de adivinar en qué estaba pensando su compañero. - Hay montones de cosas que hacer y muy pocas manos para hacerlas. Extraoficialmente se anima a todo el personal que no sea indispensable en sus unidades a solicitar un traslado temporal ahí abajo, y a ayudar en lo que puedan una vez estén allí.

- ¿Crees que podrían venirles bien un par de pilotos?

- Lllamarada y tú tenéis prohibido volar - Alce notó que a Ibero le incomodaba tener que mencionar ese detalle -. Lo sabes perfectamente.

- Tenemos prohibido pilotar, no volar. Los miembros del comité estarán aquí mañana, pero les harán falta al menos dos o tres días más para estudiar toda la información que Gen'yaa y su gente están recopilando. Nadie va a necesitarnos aquí durante al menos tres días, ¿no es cierto?

- Supongo que tienes razón, pero...- Ibero se puso a dar golpecitos con los dedos sobre la mesa durante algunos instantes. Finalmente pareció llegar a una decisión. - De acuerdo, hablaré de esto con el teniente de navío Dey'jaa. Será más fácil si le pido opinión antes a él que si acudo directamente a la capitán de navío Gen'yaa - Alce sabía que Ibero, en su rol como oficial de inteligencia del escuadrón, solía compartir información e impresiones con su colega entre el personal del *Guarida del Lobo*. Parecía llevarse bien con el bothan, aunque Alce no sabría decir si entre los dos había amistad o tan sólo colaboración profesional. - Dey'jaa es un buen tipo - explicó Ibero, como si hubiera adivinado la pregunta sin formular de Alce. - Tan directo como pueda ser un bothan, tú ya me entiendes - El piloto iberiano se encogió de hombros. - Cuando sepa algo os avisaré a Lllamarada y a ti, ¿de acuerdo?

- Gracias - Alce se puso en pie, preparándose para irse. - Ah, una cosa más. Ese informe tuyo, no es del tipo "sólo-para-quien-necesite-saberlo", ¿verdad?

- No, claro que no. Después de todo cualquiera puede encontrar la mayor parte de esto en una base de datos pública. Si quieres puedo enviarte una copia tu consola cuando lo termine.

- Estupendo. Gracias de nuevo por la clase de historia, Ibero.

- No hay de qué - Ibero le dijo adiós con la mano y le siguió con la mirada mientras Alce salía de la sala de lecturas. Con el rabllo del ojo, Alce llegó a ver como su compañero volvía a encender el pequeño holoprojector

con la imagen de su familia. El suspiro del iberiano se confundió con el susurro de la puerta al cerrarse.

A Alce le pareció extraño que no Ibero no le hubiera preguntado por sus razones para querer ir de pronto en ayuda de los refugiados balanios. Quizá le parecían obvias, o quizá prefería no saberlas y mucho menos discutir sobre ellas. Podría ser que en el fondo no le importara, o que sí lo hiciera, pero que no quisiera inmiscuirse. Alce fue consciente en ese momento de lo poco que conocía a la mayoría de sus compañeros. *Nos reímos juntos y discutimos sobre cualquier cosa. Volamos uno al lado del otro y nos jugamos la vida para salvarle el pellejo al último piloto en llegar al escuadrón sin preguntarnos siquiera por qué lo hacemos. Pero cuando entramos en el terreno personal, en quiénes somos realmente cada uno de nosotros, ahí hay como un muro, o más bien un foso que nunca intentamos cruzar.* Alce tenía más relación con los pilotos a los que conocía desde el principio, los que habían estado con él en el antiguo escuadrón Azul o a bordo del crucero *Libertad* hasta antes de Endor. Reek, Sparks, Groznic, Rúster... y por supuesto Lllamarada, que era un caso completamente diferente. Tenía la sensación de haber estado siempre evitando intimar demasiado con los nuevos pilotos. Eso era ciertamente algo común entre los veteranos, ya que lo más habitual era que los últimos en llegar fueran los primeros en marcharse... en un ataúd, o simplemente en mitad de una explosión. Pero no dejaba de ser extraño seguir pensando en Ibero, por ejemplo, como uno de los nuevos, cuando llevaban cerca de dos años volando juntos. La mayor parte de lo que sabía de él era a porque se lo había contado Lllamarada, que tenía más contacto con él. Bueno, la verdad era que Lllamarada tenía más contacto con todo el mundo, y no era sólo por ser la jefa. Cuando estaban fuera de servicio ella misma se encargaba de servir las bebidas en el bar oculto del escuadrón, el *Refugio Antibombas* - cuya localización y existencia misma dentro de la nave era un secreto guardado celosamente por los pilotos, y compartido con muy pocas personas de fuera del escuadrón -. Alce siempre había pensado que lo hacía para darse un baño de humildad y así no perder nunca la perspectiva, pero quizá lo hacía simplemente porque le gustaba, porque así tenía oportunidad de hablar con todo el mundo y conocerlos mejor. Aunque luego lo pasara peor cuando alguien faltaba. Por primera vez Alce lamentó el haberse aislado de la mayoría de sus compañeros, y le entraron ganas de cambiar su actitud hacia ellos. *Cuando pase todo esto lo haré. Empezaré invitando a Ibero a algo en el Refugio Antibombas mientras hablamos de cualquier cosa que no tenga que ver con nuestro trabajo.*

No fue hasta pasado un buen rato cuando cayó en la cuenta de que si no era exonerado por el comité, y no el de Gen'yaa, sino el que enviara el almirante Ackbar, lo más probable era que jamás tuviera la oportunidad de hacer lo que acababa de proponerse.

El teniente de navío Mesch Dey'jaa fue a buscar a la capitán de navío Gen'yaa a su camarote, sabiendo que a esa hora no estaba de servicio, pero al parecer no se encontraba allí. Tras consultar con el ordenador principal del *Guarida del Lobo*, éste le informó que la capitana estaba en el puente, y hacia allá se encaminó Dey'jaa. Encontró a Gen'yaa hablando con el capitán de fragata Wumb junto a la consola de navegación, desocupada en ese momento. Vio al teniente de navío Vaiweehanen, el curtido twi'lek que ostentaba el cargo

de oficial de Navegación, de pie al otro lado del puente, estirándose sus lekku - las colas cefálicas gemelas que distinguían a los miembros de su especie - sobre la espalda, al tiempo que bebía a sorbos de una taza humeante. *Seguramente uno de esos téis ithorianos tan olorosos que le gustan tanto.* Dey'jaa arrugó la nariz y se aproximó a la capitana y a su segundo en el mando.

- Capitán de navío Gen'yaa, capitán de fragata Wumb - saludó -. Si les interrumpo en algo importante puedo esperar allí, con el teniente Vaiweehanen.

- No, puede usted quedarse, teniente - dijo Gen'yaa. El sulustano respondió al saludo de Dey'jaa con una inclinación de cabeza -. ¿De qué se trata?

- Tan sólo un par de cosas, señora. He estado en el hangar, informándome sobre el estado en el que se encuentran los trabajos con el cazabombardero del capitán Gregory.

- ¿Y?- El tono Gen'yaa era perfectamente mesurado, sin mostrar el más mínimo rastro de ansiedad o preocupación. Eso decía mucho de su capacidad de autocontrol, teniendo en cuenta que el comité de investigación oficial llegaba mañana, y que hasta el momento el equipo reunido por Gen'yaa tenía muy poco que ofrecerles aparte de la cruda realidad de las grabaciones tomadas por los cazas de la patrulla.

- Nada, me temo. La teniente Hanniuska y su gente no han encontrado problema alguno ni en el ordenador de vuelo ni en los equipos sensores. Siguen sin encontrar qué es lo que falló.

- Lo que significa que seguramente no hubo fallo alguno - dijo Gen'yaa en el mismo tono, como si ya se esperase esas noticias. Dey'jaa sabía que no se trataba de eso. La capitana no era alguien que se agarrara a vanas esperanzas, sino que basaba su pensamiento en los hechos comprobados y en lo que de ellos pudiera derivarse, y a partir de ahí planeaba su estrategia. La presencia de un fallo técnico en este caso hubiera sido muy conveniente, pero ella no lo consideraría siquiera como una posible opción mientras no estuviese más que probado. Si no hay esperanza no hay decepción, decía un dicho bothan, y Dey'jaa estaba totalmente de acuerdo.

- Aún no lo han descartado por completo. Quieren ejecutar simulaciones con todas las naves implicadas conectadas al ordenador al mismo tiempo, incluida la del capitán Steinberg, si es que son capaces de recuperar algo de sus bancos de memoria.

- Negativo, teniente. Comunique a la teniente Hanniuska que no dispone de mi permiso para hacer eso. No podemos permitirnos tener nada menos que a cuatro cazas inoperativos para que ella haga sus pruebas. No cuando podríamos necesitarlos en cualquier momento - Gen'yaa lanzó una mirada hacia su segundo, que captando la señal se dispuso a instruir a Dey'jaa acerca de las últimas noticias.

- Acabamos de recibir una nueva grabación procedente de los servicios de noticias corelianos, seguramente mientras usted se encontraba en el hangar. Encontrará una copia en su directorio personal. El Diktat se ha dirigido a los ciudadanos de los cinco mundos corelianos en una alocución pública para informarles de la posición de su gobierno con respecto a la crisis en el sistema Seibergia, durante la cual llegó a mencionar este incidente. Aunque no revela nada en concreto, sí sugiere que Corellia podría tomar parte activa en el conflicto en cualquier momento, por lo que avisa al pueblo de que estén

preparados para afrontar un posible estado de guerra - A Dey'jaa le costó trabajo no mostrar su conmoción ante lo que acababa de oír.

- Parece que, una a una, todas sus predicciones se están convirtiendo en realidad, teniente - comentó Gen'yaa como de pasada. En sus ojos, no obstante, el perceptivo Dey'jaa pudo ver lo que la capitana había querido decir con esa frase. *Lo siguiente que predije fue la llegada al sistema de una flota de combate coreliana.*

- No puedo decir que me alegre, señora.

- Tampoco yo, pero estar preparados de antemano es más importante si cabe cuando la situación a afrontar puede ser la peor que uno se imagina - Dey'jaa captó ahí una nueva señal dirigida a él. *A partir de ahora mismo debo hacer mi trabajo contando con una guerra con Corellia como hecho cierto.*

- Sería terrible encontrarnos con otro frente abierto - comenzó a decir Wumb en tono sombrío -, y un nuevo enemigo declarado. Ésta podría ser la oportunidad que necesita el Imperio para darle la vuelta a las tornas, para quitarnos todo lo que con tanto sacrificio hemos ganado desde Endor.

- Dijo usted que tenía un par de cosas que contarnos, teniente Dey'jaa - continuó Gen'yaa como si no hubiera escuchado el comentario de Wumb -. ¿Cuál era la segunda?

- Los oficiales Schroeder y Gregory han formulado sendas peticiones para que se les permita bajar a los campos de refugiados banianos con el próximo envío de ayuda.

- ¿Como voluntarios?- Gen'yaa permitió que se le notara un punto de sorpresa en la voz. - ¿Conciencias culpables, quizá?

- No lo sé, señora. En realidad no veo nada malo en permitirles que vayan. No creo que intenten escapar ni nada por el estilo...

- Por descontado, teniente. ¿Pero?

- Pero su comentario sobre conciencias culpables demuestra lo que pensaría la gente si esto se hiciera público. Podría arruinar nuestros esfuerzos para probar que son inocentes.

- Ahí ha pulsado usted la tecla clave. Estamos siendo observados por billones, dada la cobertura que los medios de comunicación de unos y otros le están dando a nuestra presencia en este sistema. Aquí no hay nada del ocultismo informativo que ha caracterizado muchos de nuestros pasados y presentes enfrentamientos contra el Imperio. Antes de dar cualquier paso, hay que tener en cuenta qué va a opinar de él la opinión pública.

- Sí, a eso me refería, señora - dijo Dey'jaa, un tanto confundido por las explicaciones de Gen'yaa. En esta ocasión lo tenía perdido. ¿Qué se proponía ahora la capitana? - Si alguno de los reporteros que acampan en el sistema llega a enterarse de esto, se escribirán miles de líneas sobre los dos pilotos que tratan de limpiar su culpa ayudando, o haciendo ver que ayudan, a otros refugiados como aquellos a los que mataron. O peor aún, podrían sugerir que son sus mandos quienes les obligan a representar esa farsa.

- Sólo si saben que se ofrecieron voluntarios *después* de matarlos - Gen'yaa arqueó una ceja, aparentemente divertida por el desconcierto de su oficial de Inteligencia, quien de todas las personas a bordo debía ser quien mejor la conociera.

- ¿Está usted sugiriendo...?

- Sí. Dígales que formulen sus peticiones. Después cambie los datos de sus peticiones de manera que figuren como registradas semanas antes del

incidente, digamos poco después de que llegásemos aquí. Si la presencia de nuestros pilotos en un campo de refugiados llega a ser conocida por los medios, y podría convenirnos que así fuera, podemos conseguir que esas peticiones sean filtradas casualmente. Eso podría poner a los periodistas de nuestro lado.

- ¿Está usted segura de eso, capitán? - Al capitán de fragata Wumb parecía faltarle muy poco para sentirse escandalizado.

- Por supuesto que lo estoy - respondió Gen'yaa recuperando la habitual severidad de su expresión -. Las reglas por las que se rige nuestro trabajo han cambiado desde que tenemos que mirar al enemigo con un ojo y a las encuestas de opinión con el otro. Sobre todo si se trata de enemigos en potencia - añadió como clara referencia a Corelia. - Si tengo que hacer trampas para cumplir con mi deber, entonces trampas haré - Gen'yaa miró fijamente a su segundo, como desafiándole a mostrar su desacuerdo. Como de costumbre, fue el sulustano el primero en romper el contacto visual. Incluso él tenía que reconocer que Gen'yaa tenía razón en lo que decía, pensó Dey'jaa.

- Les comunicaré a los oficiales Schroeder y Gregory que sus peticiones han sido aceptadas, y les diré que nos respalden en lo del cambio de fecha si alguien llegara a preguntarles.

- Si saben lo que les conviene harán lo que usted les diga. Antes de que se marche, teniente Dey'jaa, yo también tenía algo que comentarles a usted y al capitán de fragata Wumb.

- ¿Sí, señora? - preguntó Dey'jaa, presintiendo que su capitana estaba a punto de sorprenderle por segunda vez en el curso de esa conversación. Wumb se la quedó mirando también, con la curiosidad brillando en sus grandes ojos negros.

- Estamos todos de acuerdo en que sería muy útil para nuestro propósitos si pudiéramos conocer la identidad del piloto del transporte, supuestamente un coreliano, y saber por qué se encontraba volando en formación con cuatro naves seibergias, mintiéndonos para que les permitiésemos a todos cruzar el bloqueo.

- Así es, señora.

- Pues me gustaría compartir con ustedes algunas ideas que tengo al respecto. Agradecería que me dieran, cada uno desde su punto de vista, su opinión acerca de la factibilidad de mi plan, y que colaborasen en su puesta en práctica si finalmente estamos de acuerdo en que puede llevarse a cabo.

- Puede usted contar conmigo, capitán - dijo Wumb.

- Y conmigo, señora - añadió Dey'jaa.

- Lo sé, caballeros, lo sé.

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capítulo VIII

Rúster condujo a la *Compasión* con extremo cuidado a través del umbral magnético de contención que protegía el acceso al hangar principal del *Guarida del Lobo* por su costado de babor. Tan pronto como estuvo fuera desconectó los repulsores antigravitatorios y empujó hasta la posición de un tercio la palanca que regulaba la potencia de sus dos motores sublumínicos. Un vistazo a las pantallas de datos con los indicadores de rendimiento bastó para confirmarle que ambos estaban funcionando a la perfección. Con un gesto que tenía mucho de automático accionó un interruptor colocado en el panel sobre su cabeza y las alas de la lanzadera clase Lambda se desplegaron suavemente hasta bloquearse en su posición de vuelo. Pisando el pedal derecho aplicó el timón etérico - así se llamaba al conjunto de pequeñas toberas de maniobra y a las bandas de deflección adosadas a las toberas principales que permitían hacer girar a la nave en ausencia de atmósfera - y efectuó un suave viraje hacia estribor, en dirección al punto de encuentro con su escolta. Los dos ala-X que acababan de abandonar el hangar detrás de ella aparecían ya como puntos verdes prácticamente en el centro de su pantalla sensora trasera. A una distancia segura del portanaves de combate, Rúster observó como los dos cazas despachados por Víbora tomaban posiciones en torno a ella, dispuestos a acompañar a la lanzadera de búsqueda y rescate hasta su punto de aterrizaje en la superficie del cercano Seibergia.

- Buenos días, Ru - se escuchó la voz animosa de Drake saliendo por los altavoces del panel de control. Como de costumbre Rúster no llevaba ni casco ni auriculares, pues resultaban un engorro a causa de sus extensiones neurales. - ¿Quieres unirme a Raiven y a mí para dar un paseíto?

- ¿Cómo podría una chica decirles que no a dos caballeros como vosotros? - bromeó la lumi en respuesta, intentando que su voz sonara mucho más alegre de lo que en realidad se sentía. Aunque había podido dormir unas cuantas horas y los párpados no se le cerraban solos por primera vez en bastantes días, lo que aún no había recobrado era el ánimo. No había sido de mucha ayuda encontrarse a Alce y a Llamarada esperando para subir a bordo de su nave. De todaos los seres que habitaban el *Guarida del Lobo*, ellos dos eran los últimos a los que le hubiera apetecido ver hoy. Desde la amarga discusión en la sala de reuniones, todo el tiempo que no había empleado en dormir se lo había pasado pensando en los refugiados muertos a manos de sus amigos. Mientras a un nivel puramente intelectual podía llegar a entender, si no compartir, las razones por las que habían llegado a hacerlo - básicamente por que creían de verdad que así estaban evitando un riesgo mayor -, en lo más profundo de su corazón estaba muy lejos de admitir nada semejante. Tenía muchas ganas de llevar a cabo esta misión en particular, transportar al jefe médico del *Guarida del Lobo* a uno de los campos de refugiados, junto con el

equipo y las provisiones que ayudarían a mejorar un poco las condiciones de vida de esa pobre gente. Entre otras cosas, eso le daría la oportunidad de conversar con el doctor Al Saruff durante el vuelo. El ithoriano - o cabeza de martillo, como muchos humanoides llamaban a los nativos de esa especie - era un ser tan sensible hacia el sufrimiento ajeno, tan receptivo a la hora de escuchar los problemas de los demás, siempre tan comprensivo y tan tolerante con sus debilidades, que Rúster solía sentirse confortada con su mera presencia. No hacía mucho, tras observarle trabajar con un paciente, Rúster se había admirado de la capacidad del ithoriano para empatizar con los seres a los que atendía, y así se lo había dicho. Al Saruff le había quitado importancia al hecho y le había respondido que eso también era parte de su trabajo, que no entendía que se pudiera pretender sanar al cuerpo sin atender también al espíritu, que eso le habían enseñado a él y que la experiencia le había demostrado cuánta razón tenían sus maestros. Según él existían muchos males que no se pueden curar ni con la cirugía ni con los fármacos, o al menos no sólo con ellos, y le aseguró que a veces bastaba con escuchar a alguien y dejar que se desahogara para que fuera capaz de empezar a curarse a sí mismo. Que Rúster supiera no se encontraba enferma, pero si alguna vez en la vida había sentido la necesidad de hablar y que la escuchasen era ésta sin duda.

Algunos pensarían que ya había tenido oportunidad de desahogarse en la reunión, pero aquello no le había reportado ningún bien. Todavía sentía escalofríos cuando se acordaba de lo que la tensión, la ira y la decepción habían hecho con ella. Sus extensiones neurales se habían cargado tanto que podría haber causado fácilmente un accidente. No podía permitir que eso volviera a sucederle, y por eso tenía que hablar con el buen doctor Al Saruff. Si había alguien a bordo del *Guarida del Lobo* que fuera más pacifista aún que ella ése era el ithoriano, y por eso precisamente esperaba que él pudiera entenderla y ofrecerle el consuelo que sus compañeros, pilotos de guerra todos ellos, no podían darle. Ni siquiera Mar Hanniuska, que a su manera lo había intentado. Seguramente para Al Saruff también había supuesto un duro golpe enterarse de lo sucedido, pero los de su especie tenían una serenidad para aceptar las desgracias que ella no podía sino desear para sí. Pero, ¿cómo iban a hablar con Alce y Lllamarada sentados allí, con ellos, dentro de la cabina de la *Compasión*?

En su fuero interno sabía que tenía que perdonarles, o intentarlo al menos. Al menos, su deseo de pasar algunos días trabajando en el campo de refugiados significaba algo, ¿no? Una parte de ella quería pensar que no se les podía culpar por aquellas muertes, dadas las circunstancias, o cuando menos que había que tener en cuenta que no era suya toda la culpa. Eran los seibergios los que estaban obligando a esos desgraciados a abandonar sus casas y a huir de la tierra en la que nacieron. Eran también los seibergios quienes estaban sembrando de minas espaciales la mitad del cúmulo Viayak. Y ese estúpido piloto coreliano... ¿Por qué razón se habría empeñado en escapar de esa forma? ¡De haberse dejado inspeccionar Lllamarada y los demás le habrían escoltado gustosos, por todas las estrellas! Pero la otra parte seguía pensando que Alce jamás debería haber disparado al no tener la posibilidad de comprobar si el coreliano decía o no la verdad. Y además Lllamarada debería habérselo prohibido. *Ya estamos otra vez en el mismo sitio*, pensó con amargura. Rúster se mordió el labio inferior, intentado romper la

cadena cíclica de pensamientos en la que llevaba debatiéndose las últimas treinta y seis horas.

El silencio en el interior de la cabina de la lanzadera tan sólo era roto esporádicamente por la unidad de comunicaciones. A la derecha de Rúster Llamada ocupaba el asiento del copiloto. Alce y el doctor estaban sentados detrás de ellas. Dado que tenía que llevarles a todos casi hubiera preferido hacer el viaje yendo ella sola en la cabina, pero el compartimento de pasajeros estaba atestado hasta arriba de material diverso, por lo que los cuatro asientos de la cabina eran los únicos disponibles. Rúster decidió concentrarse en el vuelo y no pensar en nada más, aunque lo cierto era que había muy poco que hacer hasta que se aproximaran a la órbita de Seibergia.

Maldita sea. Si no fuera por los guantes me habría comido ya las uñas hasta la misma raíz..., pensó Araña. Le dolían las piernas de tanto tiempo como llevaba encerrado en la estrecha cabina de su ala-A. En realidad prácticamente todo el día, con intervalos de no más de tres o cuatro horas para descansar y refrescarse. Ese turno había comenzado hacía sólo dos horas, pero se le estaba haciendo muy largo. Con los nervios de estar esperando todo el tiempo a que sucediera algo, había sido incapaz de dormir en ninguna de las ocasiones en las que había regresado al *Guarida del Lobo*. No sentía sueño, pero esta incertidumbre le estaba matando. Todo el mundo sabía que algo gordo estaba a punto de suceder, pero el momento y el lugar exacto eran impredecibles. Cuando no estaban aquí colgados - saltando en el asiento cada vez que el ordenador de vuelo emitía un "bip"- ni durmiendo - o pretendiendo hacerlo - en sus literas, Víbora los tenía a todos prácticamente enclaustrados en la sala de los simuladores. El hecho de que todas las situaciones para las que se entrenaban involucraran flotas corelianas de composición diversa no dejaba demasiado lugar para la imaginación, ni tampoco para el optimismo.

En los tiempos más remotos del viaje a través del hiperespacio, éste había sido posible exclusivamente a través de agujeros de gusano naturales. Los agujeros de gusano eran extraordinarias irregularidades en la esencia misma del universo, algo así como costuras en el tejido sutil compuesto por tiempo y espacio, donde ninguno de ellos se regía por las mismas reglas que eran inamovibles en el espacio normal. En la prehistoria de los viajes espaciales se descubrió que algunos de ellos podían ser utilizados como auténticas puertas, que conectaban regiones distantes dentro de la galaxia. Cuáles de ellos conducían realmente a alguna parte y cuáles eran trampas mortales en las que aquellas naves que entraran jamás volverían a salir, ésa era una cuestión a desentrañar tan sólo por aventureros, por desesperados o por locos, capaces de pilotar sus naves hasta la boca de un agujero de gusano inexplorado para intentar después gobernarlas intactas hasta el otro extremo, donde quiera que estuviera y si es que existía. Los afortunados que consiguieran sobrevivir y aparecieran en la vecindad de sistemas estelares con planetas habitables - o incluso ya habitados, aunque ése era un caso muy poco probable -, si les seguía acompañando la suerte volverían para convertirse en increíblemente ricos. En aquellos tiempos había cientos de gobiernos y corporaciones privadas dispuestos a pagar sumas astronómicas por las coordenadas y los parámetros de vuelo a través de nuevos agujeros de gusano, siempre que fueran estables y susceptibles de ser explotados militar o

comercialmente. Estaban también aquellos que, aún sobreviviendo al peligrosísimo viaje, al salir al espacio normal se encontraban en mitad de la nada. Esos solían seguir buscando hasta que encontraban con un nuevo agujero con el que probar fortuna, o bien hasta que se arruinaban intentándolo. Finalmente, estaban aquellos que simplemente desaparecían para siempre y pasaban a engrosar las estadísticas. Si habían llegado a comunicar su posición antes de llevar a cabo el intento, el agujero de gusano sería marcado como inseguro en todas las cartas de navegación. Si no lo habían hecho, que era lo más común pues se intentaba evitar que otros pudieran reclamar para sí el descubrimiento - y la recompensa -, el agujero de gusano seguiría allí, esperando a su siguiente víctima.

En aquellos días, miles de años antes de que se fundara la antigua República, cuando todas las especies inteligentes que se habían lanzado al espacio utilizaban estos agujeros de gusano en busca de nuevos mundos en los que establecer colonias o instalar industrias, la lucha por quedarse con los mejores lugares era absolutamente feroz. La mayor parte de las batallas tenía lugar en uno de los extremos de un agujero de gusano. Suponiendo que estuvieran al tanto de un ataque inminente, los defensores no tenían más que limitarse a esperar a que las naves enemigas fueran saliendo por la boca del agujero, una a una, y no había forma alguna en que pudieran llegar sin ser detectadas.

Desde que hacía ya casi veinticinco mil años estándar los corelianos - quién si no- desarrollaran los motivadores de salto - ingenios capaces de abrir un agujero de gusano artificial alrededor de una nave espacial - y los hiperimpulsores o motores de hiperespacio - que lo mantenían abierto y estable creciendo con la nave hacia su lugar de destino -, los viajes espaciales habían cambiado para siempre, abandonándose el uso de los agujeros de gusano naturales. Las únicas limitaciones a la travesía en sí y al punto de reentrada en el espacio normal venían dadas por la influencia gravitacional de estrellas, agujeros negros, planetas o cualquier otro cuerpo astral cuya masa hiciera imposible la misma existencia de un agujero de gusano, artificial o no. Las rutas que conectaban un lugar con otro, es decir, las líneas imaginarias sobre las cuales una nave podía navegar a través del hiperespacio, cambiaban a cada milisegundo. El movimiento de todos y cada uno de los objetos que se encontraran a lo largo del camino y cuya masa fuera lo suficientemente notable como para influir en él hacía altamente improbable el que se pudiera repetir un salto idéntico dos veces seguidas. De hecho, sin la ayuda de sofisticados ordenadores navegacionales, que llevaban a cabo increíblemente complejos cálculos que involucraban una serie de ecuaciones diferentes para cada objeto - teniendo en cuenta su masa, trayectoria, velocidad inicial, aceleración estimada y otras variables -, sería materialmente imposible efectuar un salto seguro, que no pudiera terminar con la nave estrellada contra un cuerpo celeste, engullida por un agujero negro, varada sin referencias en una región sin cartografiar, o sin energía para intentar otro salto. Por todas estas razones, los puntos concretos por los que una nave que viajara por el hiperespacio podía salir de él dentro de los límites de un sistema estelar cambiaban de forma constante, variando desde infinitas posibilidades a tan sólo unas pocas. Dependía de muchos factores además de los inherentes al propio viaje, incluyendo el tipo de nave, si viajaba sola o como parte de un convoy o una flota, y por supuesto de las decisiones que tomara su capitán a la hora de

seleccionar los parámetros de seguridad - incluyendo a qué distancia del objetivo pretendía acercarse - con los que debía trabajar su ordenador navegacional a la hora de hacer sus cálculos.

Todo esto, que Araña había tenido que estudiar en profundidad como parte de su entrenamiento como piloto, se hacía dolorosamente patente en esos momentos, cuando un puñado de cazas, coordinados desde sus naves nodriza, tenían que intentar cubrir todos los posibles puntos por los que una armada coreliana podría entrar al sistema de un momento a otro. Se trataba de una tarea prácticamente irrealizable a no ser que se dispusiera de miles de naves, lo cual estaba muy lejos de ser el caso. De hecho muy pocos mundos en toda la galaxia podían presumir de contar con una pantalla impenetrable que cubriera todos los posibles puntos de entrada de una flota enemiga. Coruscant, el planeta capital del Imperio - al que ellos llamaban Centro Imperial - era uno de esos pocos, aunque incluso en su caso una nave pequeña viajando en solitario podría intentar la hazaña de entrar en el sistema sin ser detectada, siempre que después no intentara aproximarse al planeta y entrara por tanto en el radio de acción de los sensores de su sofisticado sistema de alerta - eso no significaba que no se pudiera entrar en Coruscant de modo ilegal, pero había que hacerlo recurriendo a argucias para engañar a los controladores humanos, al soborno de los mismos - se decía que la organización criminal Sol Negro tenía a no menos de tres mil controladores en nómina -, o incluso a ocultar la nave propia detrás de otra más grande -.

Por desgracia, y a pesar de que llevaba tiempo detrás de ello, la Nueva República no había sido capaz hasta el momento de capturar ningún interdicator imperial. De disponer de una de estas naves, colocándola a lo largo del vector de aproximación más probable desde Corellia hubiera sido posible utilizar sus potentísimos generadores gravitatorios para forzar la reentrada en el espacio normal en un punto concreto de todas las naves que se aproximaran. *En cualquier caso, especuló Araña, para cubrir todas las posibilidades hubieran sido necesarios varios interdictores, y eso sí que pertenece al terreno de los sueños. También habría que tener en cuenta, pensó con ironía, que los corelianos podrían considerar como un acto de guerra el que se los sacara a la fuerza del hiperespacio, y se supone que ante todo debemos evitar provocarlos.*

A bordo del *Guarida del Lobo*, el capitán de fragata Wumb se estaba encargando personalmente de dirigir las operaciones encaminadas a proteger el cuadrante que les había sido asignado. Sin esperanzas de recibir refuerzos adicionales - la guerra contra el Imperio absorbía la práctica totalidad de los recursos militares de la Nueva República -, Araña era muy consciente de que por mucho que se esforzaran los corelianos siempre podían llegar a sorprenderles. De cuando en cuando, y a medida que el ordenador principal del portanaves de combate iba rehaciendo sus cálculos, el líder del grupo Sombras de Lobo veía aparecer nuevos conjuntos de coordenadas sobre su pantalla principal. Entonces tenía que apresurarse a instruir a sus pilotos para que modificaran sus patrones de vuelo y mantuvieran sus sensores orientados hacia los puntos de entrada marcados como más probables, ignorando el resto. Además de los ala-A de su grupo participaban en estas patrullas algunos de los ala-X de los Colmillos. En las últimas horas se había incrementado el nivel de esfuerzo con el objetivo mantener no ya dos, sino de cuatro a seis cazas del escuadrón permanentemente en vuelo, mientras que el resto eran repostados y

puestos a punto para volver a salir tan pronto como sus pilotos hubieran descansado el mínimo imprescindible. En opinión de Araña estaban haciendo una peligrosa apuesta. A pesar de los ímprobos esfuerzos de la teniente Hanniuska y del resto de mecánicos, si se seguía trabajando a este ritmo máquinas y pilotos empezarían a ser cada vez menos dignos de confianza.

- Nueve - la voz en sus auriculares sobresaltó a Araña e interrumpió sus pensamientos. - Aquí Veinte - ésa era la designación de Halcón -. Tengo una nave entrando en mi sector. Acaba de salir del hiperespacio y viene por dos-seis-ocho, apenas a doce kilómetros de mi posición.

- ¿Tienes identificación?- Entre sus tareas para este turno de servicio, Araña había recibido aviso de la llegada de la lanzadera del comité de investigación enviado por el almirante Ackbar. Tenían que escoltarla hasta el *Alma Valiente*, el veterano acorazado que servía como nave insignia del vicealmirante Sinensis, el humano que estaba al mando de la fuerza de bloqueo. Por lo que Araña sabía, la capitán de navío Gen'yaa tenía que estar ya allí, esperando a bordo del *Alma Valiente* para recibir a los investigadores junto a Sinensis.

- Aún no - contestó Halcón. - Mi computadora está teniendo problemas para hacer concordar las lecturas de los sensores con algún tipo conocido. El tamaño se corresponde con el de un carguero ligero, quizá un yate, probablemente coreliano. Eso es todo lo que te puedo decir por ahora.

- Copiado. No tiene pinta de ser la flota que esperamos - Araña relajó los dedos de su mano derecha, los cuales tenía firmemente apretados alrededor de la palanca de vuelo. - Mantén los ojos abiertos e infórmame tan pronto como lo tengas a tu alcance.

- Recibido, Nueve.

Araña continuó ejecutando su plan de vuelo, el cual lo llevaría ahora algunos miles de kilómetros más cerca de Seibergia. Sus sensores le proporcionaban datos acerca del escaso tráfico de entrada y salida del planeta, junto con las señales de las naves seibergias estacionadas en órbitas bajas bajo la constante supervisión de los navíos de la Nueva República. No vio nada en todo ello que le pareciera sospechoso o fuera de lo normal, y pronto se encontró sumido de vuelta en sus pensamientos. La verdad era que estaba harto ya de ese lugar y de esa misión, siempre con esas constantes patrullas que se le estaban volviendo eternas, y pasando el resto del tiempo encerrado en el *Guarida del Lobo*. Empezaba a estar desesperado por bajar a la superficie de un planeta y estirar las piernas un poco. Araña había crecido rodeado de bosques y, aunque le gustaba la vida a bordo de las naves espaciales, a menudo echaba de menos poder caminar sobre suelo de verdad, respirar aire natural y sentir la fuerza de una auténtica gravedad manteniendo sus pies sobre la tierra. Pero más que ninguna otra cosa estaba cansado y enfermo de tanta política. La Nueva República sabía que los malos aquí eran los seibergios, pero no obstante no se les había permitido ir más allá de llevar a cabo algunos ataques de castigo contra las escurridizas bandas de paramilitares. No podían hacer lo que sabían que debían hacer porque si lo hacían se enfadarían los corelianos, y eso la Nueva República no podía permitirselo. Pero entonces, si no iban a poder nada, ¿para qué los enviaban allí? ¿A observar? ¿A pasear la bandera? Y a pesar de tanto tacto y tanto cuidado, resultaba que los miedos de los políticos estaban a punto de convertirse en realidad de todas formas. Simplemente porque un piloto había

derribado por accidente a un carguero que no debía estar allí. Por lo que había visto Araña hasta el momento, todo lo que se les ocurría a los políticos para resolver el asunto era acusar a ese piloto y a su oficial al mando, que resultaban ser un compañero suyo y su propia comandante. Al final del día los seibergios seguirían masacrando a los balanios con total impunidad, la Nueva República estaría - quizá - en guerra con Corellia como todos temían, y dos buenos pilotos tendrían que pasar por un consejo de guerra tan sólo para que los mandos pudieran acostarse tranquilos pensando que habían hecho lo que debían. ¿A quien podía extrañarle que la mayoría de los pilotos, incluido él, estuvieran en estado de enfado constante, por no mencionar el estrés y el cansancio?

- ¡Condenada sea el alma del Emperador!- Una vez más, la voz de Halcón sacó a Araña de sus pensamientos. La exclamación y el tono empleado por el otro piloto al proferirla le pusieron inmediatamente en estado de alerta.

- ¿Qué sucede, Veinte? Informa.

- ¡Los malditos periodistas corelianos, eso es lo que sucede! Me he acercado para identificar e inspeccionar esa nave de la que os he avisado hace un momento, ¡y de pronto han acelerado para evadirme y han intentado ponerse a mi cola! ¡He estado a punto de encenderles el culo con un misil de impacto y los estúpidos nerfs tan sólo pretendían sacar una buena toma de mi caza!

Las cosas que llegan a hacer, pensó Araña haciendo suya la ira de Halcón, *¡es la cuarta vez en una semana!* - No pasa nada, Veinte, nadie ha salido herido - contestó. Entonces se acordó de algo sobre lo que Víbora le había avisado - Veinte, espero que no te hayan grabado haciéndoles algún gesto obsceno o algo por el estilo, ¿verdad? A esa gente le encantaría poder volver a casa con un holograma de un piloto de la Nueva República insultando a la audiencia de los cinco mundos corelianos.

La respuesta tardó unos segundos en llegar. - No, jefe, no he hecho nada de eso, pero gracias por recordármelo. Ahora mismo les estoy sonriendo y les saludo con la mano. Mira, me están respondiendo. La madre que los...

- Vale, bien hecho, Veinte - *Oh, por favor. Dadme una ala entera de TIEs Avanzados escupiendo fuego con todos sus láseres apuntando hacia mí, pero no me hagáis enfrentarme a más periodistas.* - Ponte en contacto con ellos y avísales para que se mantengan una distancia de seguridad adecuada de cualquiera de nuestras naves, con el fin de evitar... - *que los derribemos* - ... indeseables accidentes.

- Copiado, Nueve -. La conformidad de Halcón sonó como un gruñido en los oídos de Araña.

La gente se está poniendo muy nerviosa por aquí, y yo el primero.

Llamarada observó en silencio como Rúster igualaba la trayectoria y la velocidad de la *Compasión* con las recomendadas por el ordenador de vuelo para el descenso hacia Seibergia. A su derecha, a unos trescientos metros hacia delante y por encima de la lanzadera, podía ver el ala-X de Drake a través del transpariacero del visor lateral. Raiven, al que no podía ver, tenía que estar en una posición simétrica a la de su compañero pero por el lado de babor y más retrasado respecto a ellos. Las tres naves completarían tres cuartos de órbita antes de penetrar en la atmósfera sobre uno de los océanos

del planeta, cruzando la línea de la costa apenas a unos doscientos kilómetros de los límites de la Región Balania. La ruta había sido planeada cuidadosamente de forma que tuvieran que recorrer el mínimo trecho posible sobre el continente, y no bajarían por debajo de los cuarenta y cinco mil metros hasta que se encontraran bien dentro de la Región Balania. Aunque no se esperaba que las baterías de misiles seiberianas se atrevieran a disparar contra ellos por temor a las represalias, era mejor no correr riesgos. Llamrada echó una ojeada en dirección a Rúster, y vio como la concentración le hacía arrugar la frente de cuando en cuando. Aparte de eso, la lumi mantenía una expresión neutral, por no decir que no mostraba expresión alguna. No obstante, los colores cambiantes de sus extensiones neurales revelaban lo engañoso de la calma que pretendía transmitir. Llamrada miró hacia atrás sobre su hombro para ver a Alce. Lo encontró mirando por el visor de su lado hacia la superficie cubierta de nubes del planeta, entre las cuales se vislumbraban algunos trazos del azul grisáceo del mar varios kilómetros por debajo. Ni siquiera se dio cuenta de que le estaba observando. Llamrada había escuchado, atónita, su idea de que ambos se presentaran voluntarios para pasar varios días en un campo de refugiados. Él trató de convencerla argumentando que no les haría ningún daño salir del ambiente cerrado de la nave, aunque fuera por poco tiempo, y de paso hacer algo útil. Tras pensarlo un poco había decidido aceptar, aunque por razones distintas a las de Alce. Había llegado a la conclusión de que el escuadrón trabajaría mejor si ellos dos no estaban allí como recordatorio constante del lío en el que estaban todos metidos por su causa, e incrementando la división en el hasta entonces bien avenido grupo. Envío su petición al mismo tiempo que Alce la suya, pensando en que lo más probable era que ambas fueran rechazadas. Cuando apenas cuarenta minutos más tarde aquello se había convertido en una orden de Gen'yaa, y encima con trampa de por medio, se había tragado su indignación a duras penas y había hecho lo que le decían por no crearse más problemas de los que ya tenía. En esos momentos, y dejando aparte sus consideraciones sobre el escuadrón, no estaba demasiado segura de que este viaje les fuera a ayudar a superar los recientes acontecimientos, y se preguntaba si no volverían acaso aún más deprimidos que antes de estar en contacto con los refugiados balanios. *Seguramente es egoísta por mi parte pensar de este modo, pero no puedo evitarlo.*

- Comprobad todos vuestros atalajes de seguridad - dijo Rúster. Era la primera vez que les había dirigido la palabra desde que abordaron la lanzadera. - Seguramente cualquiera de vosotros lo haría mucho mejor, pero yo no voy a poder evitar que la lanzadera se menee un poco cuando entremos en la atmósfera.

- Gracias, capitán - dijo el doctor Al Saruff con su voz baja y ronca - No me cabe la menor duda de que nos llevará usted a salvo hasta nuestro destino, y de forma tan comfortable como sea posible.

Rúster agradeció las amables palabras del ithoriano dirigiéndole un fugaz sonrisa por encima del hombro. Llamrada sabía que, bajo otras circunstancias, Rúster habría hecho ese comentario en tono de broma, riéndose de sí misma como siempre solía hacer cuando sus supuestamente limitadas habilidades como piloto salían a relucir. Pero en esta ocasión lo había dicho de una forma tan seca y amarga que le hizo sentirse dolida. Lo cierto era que le hubiera gustado contestar en términos parecidos a los que había

empleado el doctor, pero en su boca o en la de Alce el elogio habría sonado inevitablemente a condescendiente. Lllamarada sabía que sólo el tiempo y una larga conversación con Rúster, que no parecía probable por el momento, podrían ayudar a sellar la brecha abierta entre ambas. Por el momento, lo mejor que se podía hacer era dejar las cosas tal y como estaban.

En el exterior de la lanzadera, la atmósfera de Seibergia se iba haciendo gradualmente más densa a su alrededor. La intensa fricción contra los escudos los hacía brillar de forma intensa en tonos carmesí. Los paneles visores se oscurecieron automáticamente para proteger a los ocupantes de la nave, que de otra forma se encontrarían deslumbrados o incluso cegados, mientras que los sistemas de refrigeración se ponían en marcha para aislarlos de la notable elevación de temperatura que sufría el casco exterior de la nave, a pesar de que la mayor parte del calor fuera disipado por los escudos. Tal y como Rúster había anunciado, la nave empezó a saltar y a agitarse debido a las turbulencias y a los cambios de presión que se registraban a medida que la lanzadera iba pasando a través de las diferentes capas de la atmósfera. En opinión de Lllamarada Rúster estaba haciendo un buen trabajo manteniendo el vuelo lo más suave posible, pero se cuidó muy mucho de decirlo en voz alta. Aproximadamente dos minutos después de que penetraran en la estratosfera los paneles visores empezaron a recuperar su transparencia habitual, pero el banco de algodonosas nubes que estaban atravesando no le dejaba ver gran cosa del paisaje. Cuando finalmente cruzaron una zona despejada, la línea del continente era claramente visible al frente. Más allá, el terreno se elevaba rápidamente sobre el nivel del mar hasta quedar oculto a la vista por la bruma y una nueva capa de nubes. El color de éstas variaba desde un gris oscuro hasta el casi negro.

- Ya casi estamos - informó Rúster a sus pasajeros -. En diez minutos más distinguiremos los primeros picos -. La lumi apartó la vista del panel de control y pareció reparar por vez primera en las nubes que velaban el horizonte. - Bueno, los veremos si el tiempo fuera mucho mejor de lo que es ahora sobre la Región Balania.

- No me digas que me he traído el bañador y las píldoras de protección solar para nada - dijo Lllamarada con tono angustiado. Su salida humorística consiguió hacer sonreír a Rúster, si bien no llegó tan lejos como para hacerle soltar una carcajada. En cualquier caso, la tensión dentro de la cabina pareció descender al menos un poco.

Como se había temido Sdermila, antes de que amaneciera del todo había ya casi un metro de nieve, que caía todavía cuando el considerablemente disminuido grupo de refugiados abandonó el cobertizo que les había servido de refugio durante la noche. Encabezando la columna se había puesto a dos kala'ballos jóvenes que arrastraban una gran plancha metálica que alguna vez había formado parte de una cosechadora, y que ahora servía como improvisado quitanieves. La mañana era oscura y muy fría. Ni siquiera se veía el sol de Seibergia, oculto tras una impenetrable cortina de nubes. Sdermila se alegró de tener la costumbre de guardarse las manoplas en los bolsillos del abrigo, pues gracias a eso no se las había dejado en casa. Si no las llevara puestas ahora se le estarían congelando los dedos.

Los hombres de la guerrilla se habían ido dos horas antes que ellos, llevándose consigo a sus nuevos reclutas. Les habían dejado tan sólo a uno de los partisanos más jóvenes, apenas un muchacho, al que Ciric Baranka había encomendado la tarea de guiar a los refugiados hasta el campo de la Nueva República, cuya posición conocía perfectamente al parecer. Ancianos, mujeres y niños habían quedado atrás, llorando en silencio su desgracia y el desamparo en el que quedaban. Para Sdermila, que había presenciado las patéticas escenas de despedida a respetuosa distancia, había sido casi como ver marcharse otra vez a su propia familia. La diferencia, importantísima, era que sus seres queridos se habían ido a un sitio mejor y más seguro, y Sdermila tenía fundadas esperanzas de volverlos a ver, muy pronto quizá. En cambio, aquellos que se habían unido al Ejército Balanio de Liberación podrían no volver jamás. Entre la gente que se debatía a su alrededor para avanzar, cargados de bultos, a través de la capa de nieve que los kala'ballos de delante no llegaban a apartar del todo, sólo se veían rostros hundidos por la pena, la depresión, la angustia y el miedo. No había prácticamente nadie que en los últimos días no hubiera perdido a alguien o que no temiera haberlo hecho. La falta de noticias sobre lo que había acontecido en otros pueblos hacía temer siempre lo peor a aquellos que no encontraban razones para ser optimistas, sino más bien todo lo contrario. Sin duda ella era afortunada porque aquellos a los que quería estaban lejos, muy lejos de esta tierra en la todo se había vuelto padecimiento. Justo delante de Sdermila, su amiga Redina caminaba en silencio. Había intentado consolarla de algún modo, pero la que hasta ayer mismo había sido su vecina no tenía ganas de hablar. *No puedo culparla por ello, pensó, después de que haya tenido que separarse de Dimeter y que se le haya destrozado la vida de un día para otro.* A su derecha iba una mujer joven a la que no conocía, llevando una niña agarrada de una mano y a un niño de la otra. El abrigo que llevaba la mujer era grueso, pero no tanto como para ocultar su avanzado estado de gestación. Sdermila la miró de reojo, no queriendo molestarla con su curiosidad. La joven madre - aún le debían faltar dos o tres años para cumplir los treinta - estaba luchando para no romper a llorar, pero de vez en cuando se le escapaba una lágrima que ella se apresuraba a secarse contra uno de sus hombros, sin soltar nunca a ninguno de sus hijos. La niña, a quien Sdermila calculó unos cinco años de edad, le preguntó a su madre por qué lloraba. Ella le respondió que no lloraba, que eran tan sólo algunos copos de nieve que se le habían metido en el ojo. La niña preguntó que a dónde había ido papá. La mujer le contestó que había regresado a casa para buscar una cosa que se les había olvidado allí. La niña insistía, preguntando por qué no habían vuelto todos con él a buscar esa cosa, que por qué tenía que ir él solito. Sin dar tiempo a su madre para que intentara responderle, continuó preguntando que por qué no iba ella hoy al colegio, que no era fiesta ni estaba malita. Sdermila apretó los labios. Pobre mujer, pobres niños. Seguramente su padre se había ido con la guerrilla, por su propia voluntad quizá, pero más probablemente presionado por ese Ciric Baranka y sus veladas amenazas. Igual que el pobre Dimeter y muchos otros. Cuando los de la guerrilla se marcharon, muy pocos de los hombres que habían viajado en el grupo seguían allí, y casi todos ellos eran ancianos. Del resto, la mayoría parecían estar condicionados por heridas, por lesiones o por minusvalías de algún tipo. Sdermila no sabía cuánto de todo aquello era real y cuánto fingido. Se les veía avanzar cojeando, o sujetándose un brazo o la espalda, o tosiendo de cuando

en cuando, siempre con la vista al suelo para evitar las miradas de los demás, especialmente las de aquellos cuyos parientes se habían alistado y que miraban con rencor o con desprecio a los que se habían quedado. Incluso ahora, las amenazas de Ciric empezaban a hacerse realidad. Aquellos que habían decidido no luchar iban a convertirse en apestados, incluso si se comprobaba que sus males eran genuinos. A su lado, la angustia evidente de la mujer, que se esforzaba por contestar a su hija sin que se le notaran su propio miedo y el dolor que sentía, atenazaba el corazón de Sdermila. Escenas similares se repetían aquí y allá a lo largo de toda la patética columna de refugiados. *¿Qué hemos hecho, se preguntó Sdermila, para merecernos esto?*

Cuando Sdermila bajó la mirada se encontró con el niño, aún más pequeño que su hermana - no podía tener más de cuatro años, como su Mila -, mirándola fijamente con sus grandes ojos grises asomando entre la capucha de su abrigo y varias vueltas de una bufanda de adulto. Sdermila no tuvo más remedio que devolverle la mirada, sonriendo a la criatura.

- ¿Cómo te llamas?- La voz del niño, aunque amortiguada por la bufanda, sonó clara y desprovista de miedo. *Demasiado pequeño para entender nada de lo que está pasando, pobrecillo.*

- Sdermila. ¿Y tú?

- Sderrrrmila – pronunció el niño ignorando su pregunta. - ¿Qué llevas ahí? – Su manita, protegida por un guante que le venía varias tallas grande, señalaba detrás de ella, hacia las dos alforjas cargadas a lomos de su kala'ballo.

- No molestes a esta señora, Figor – dijo la madre del niño, interrumpiendo por un instante su diálogo con su hija mayor.

- No se preocupe usted - dijo Sdermila mirando aún al niño. – No me está molestando en absoluto. Así que te llamas Figor, ¿eh?

El pequeño asintió antes de volver la cabeza hacia su madre. – Es que quiero saber qué hay dentro de esas bolsas.

- Yo también quiero saberlo – prácticamente gritó su hermana para desesperación de su madre.

- Me temo que están prácticamente vacías – dijo Sdermila encogiendo los hombros. – De haber sabido que iba a conocerlos habría metido algunas galletas - Sdermila vio la desolación en los ojos del niño y entonces se dio cuenta de lo que pasaba. - Tienes hambre, ¿verdad? – El niño asintió de nuevo, apartando la mirada de Sdermila con visible decepción.

- Bueno, me queda un poco de estofado...- empezó a decir, recordando lo que había estado pensando durante la noche pasada. *¿Cómo podría guardarme la comida para mí cuando estos dos chiquillos se mueren de hambre?*

- ¿Estofado?- El niño giró de golpe la cara hacia ella, sus ojos brillando de nuevo por la alegría.

- ¿De kalashiri?- preguntó la niña.

- De Kalashiri, sí, pero estoy segura de que nunca has probado uno tan rico – Sdermila le guiñó el ojo a la madre.

- Oh, por favor, no les haga caso – La madre sacudía la cabeza de un lado a otro, un tanto abochornada. – Estos dos críos son unos descarados.

- Es que son niños, ni más ni menos - dijo Sdermila comprensiva. – Yo he criado a dos chicos, por no mencionar las veces que me he quedado con mis dos nietos. Son también un niño y una niña, ¿sabe? – Sdermila le echó una

mirada al vientre prominente de la mujer, y tras una pausa añadió – Y veo que está usted esperando otro.

- Sí, la pequeñina. Me quedan dos semanas - La mujer llegó a sonreír por un instante, pero la tristeza volvió enseguida a sus facciones. Como si se acabara de preguntar dónde y en qué condiciones estarían dentro de dos semanas. Qué sería de sus hijos y de ella, qué de su marido. Sdermila podía leer todo eso en su rostro con tanta facilidad que se quedó consternada. Si la mujer se echaba a llorar ya no podría parar, y eso sería fatal para los dos niños. Sdermila se propuso hacer todo lo que pudiera para animarla o distraerla, lo que fuera con tal de que la pobre superara el momento y no se viniera abajo. Iba a tener que ser muy fuerte.

- ¿Así que ya sabe usted que va a ser una niña? - La mujer asintió. - En mis tiempos había que aguantar la incertidumbre hasta que nacieran, al menos aquí en las montañas.

- Nosotros vivimos muy cerca de Nurtina - dijo la joven a modo de explicación, y en realidad sí que lo era. Sdermila sabía que las personas que vivían en la ciudad o en sus alrededores tenían acceso a mejores y más modernos servicios médicos. *Cerca de Nurtina...* pensó con súbita aprensión, viendo sus temores confirmados. *Si esta familia ha tenido que dejar su casa, eso quiere decir que la situación en Nurtina no es mejor que aquí. Ay, espero que Jeiran y Voeda no tuvieran problemas, que no sufran mis niños como sufren estos... ¡Pero basta de pensar en ti y en tus problemas, Sdermila! Seguro que a Jeiran le fue bien. Ahora tienes que seguir hablando, para no dejar que esta mujer siga dándole vueltas a lo que le está pasando, y de paso tú tampoco.*

- Así que no está usted habituada a estas montañas nuestras, ¿verdad? - comentó Sdermila tan casualmente como pudo, haciendo un gesto con la mano que abarcaba tanto el paisaje en sí como las condiciones climatológicas inherentes a él.

- No, pero no creo que alguien pueda habituarse nunca a caminar por la nieve tirando de dos niños - respondió la joven un poco a la defensiva.

- Y eso sin mencionar a la que lleva usted dentro - dijo Sdermila sonriendo comprensiva. - En realidad lo decía por eso, no se me ofenda. Me preguntaba si no le gustaría montar en mi kala'ballo. Es viejo, pero tampoco es que lleve mucha carga. *Hora de trabajar, vieja bestia.*

- Oh, yo...- La mujer se quedó momentáneamente sin palabras, y una sonrisa abochornada pero agradecida floreció en su rostro. - Gracias, muchas gracias. Estoy bien, de verdad, pero mis hijos...

- No diga más, les ayudaré a subir - Sdermila sonrió abiertamente al niño. - ¿Estás listo, Figor?

- ¡Sí! - exclamó el pequeño muy excitado, olvidándose casi del hambre que tenía. Sdermila lo empujó hasta la silla y se aseguró de que estuviera bien agarrado antes de dirigirse a su hermana mayor.

- ¿Y tú, jovencita?

Repentinamente tímida, la niña volvió la vista hacia su madre pidiendo confirmación. - Lía, se llama Lía - informó la mujer sonriendo ya con menos apuro. Sdermila sintió que acababa de derribarse un muro entre las dos. - Ah, y mi nombre es Deveralia. Perdóneme por no haberlo mencionado antes. ¿Y cómo dijo usted que se llama?

- Sdermila - respondió Figor orgulloso desde su cómoda posición en lo alto del kala'ballo, que de momento no se había inmutado por tener que llevar más peso.

- Muy bien, Figor - dijo Sdermila mientras ayudaba a Lía a subir detrás de su hermano. Al mirar hacia la madre comprobó que parecía mucho más relajada, ahora que la desconfianza y la incomodidad que pudiera sentir al hablar con una extraña se iba desvaneciendo por momentos. De hecho, consideró Sdermila, se la veía un tanto aliviada por tener a alguien en quien apoyarse, aunque el estrés y lo mucho que sin duda habría caminado en los últimos días había dejado profundas marcas de fatiga en su rostro. En el tiempo que llevaban andando una al lado de la otra, Sdermila no recordaba haber visto a Deveralia hablar con nadie aparte de con sus hijos. Seguramente se habían unido al grupo durante la noche, y lo más probable era que no conociesen a nadie aquí. En esas condiciones la marcha del marido tenía que haber sido aún más traumática, puesto que se quedaban solos, sin nadie en quien confiar que pudiera ayudarles en caso de apuro. Sdermila sintió que el corazón le dolía en simpatía por el sufrimiento de esa familia. Sus propias preocupaciones parecían pequeñas al compararlas con las suyas, y se dio cuenta de que había tomado una decisión en relación con Deveralia y sus hijos. *Estábais solos, pero ahora me vais a tener a mí.*

Una vez que Figor y Lía se encontraron seguros sobre su montura, echaron a caminar de nuevo, Sdermila sujetando las riendas del kala'ballo con más cuidado aún que antes. De forma casi inevitable, la conversación derivó hacia temas relacionados con los niños. Sdermila escuchó divertida las historias que le contó Deveralia sobre Figor y Lía, encontrando un secreto placer en el hecho de que la tarea de criar y educar a un niño no parecía haber cambiado tanto desde sus tiempos, ni siquiera si se vivía en Nurtina. Casi sin darse cuenta, las dos mujeres empezaron a tutearse y a tratarse con tanta familiaridad como si se conocieran desde hacía años. De vez en cuando Sdermila les echaba un vistazo a los dos niños, que parecían felices cabalgando sobre su viejo y lento kala'ballo. Sin bajarse de allí se habían devorado lo que quedaba de su estofado en menos tiempo del que se tardaba en contarlo. Sdermila había insistido para que Deveralia también comiera un poco. Para acallar sus protestas, le había dicho que ella había tenido la precaución de tomarse una buena ración como desayuno, por si luego no había ocasión, y que no sería capaz de comer más aunque quisiera. Seguramente Taigor la hubiera perdonado por esta vez.

Una hora más tarde la charla había empezado ya a decaer, e incluso Figor y Lía parecían de un humor más sombrío. Ya no nevaba con tanta fuerza como antes, menos mal, pero ahora un viento frío se abatía sin piedad sobre la columna de refugiados. Fue precisamente a causa del viento por lo que a Sdermila le costó ser consciente de que se oía un ruido a lo lejos, una especie de zumbido o algo así. Al principio no pudo identificar qué lo causaba ni de dónde provenía. Rebotaba en las montañas y el eco lo devolvía, extrañamente amplificado, desde varias direcciones distintas. Poco a poco se fue haciendo más y más fuerte hasta que casi todo el mundo se detuvo a mirar hacia el cielo, intentando averiguar qué sucedía. Como Sdermila, la mayoría de los caminantes no estaban familiarizados con ese tipo de sonido, pero Figor y Lía sí.

- Se acerca una nave, mamá - dijo la niña. Sdermila se giró a tiempo de ver como Figor señalaba hacia un lugar concreto entre las nubes grises. Ella miró en esa dirección, pero por más que se esforzaba no conseguía ver nada allí. Deveralia la cogió por el hombro y le indicó hacia dónde mirar exactamente, y sí, allí estaba. Tres líneas que convergían en un punto en el centro, definiéndose más y más a cada instante, hasta que finalmente la silueta de una nave con tres alas, una hacia arriba y dos hacia abajo formando un ángulo, fue claramente visible. Sdermila sintió un golpe de miedo que la dejó casi paralizada. Cuando se giró para mirar a Deveralia comprobó que también ella estaba asustada.

- Niños, bajáos - dijo Sdermila luchando por que no se le notara en la voz el pánico que sentía. Deveralia se acercó al kala'ballo y cogió a Figor en brazos mientras Sdermila hacía lo propio con Lía. *Oh, Señor, ¿y ahora qué?*

Rúster empujó los mandos y condujo a la *Compasión* en un suave descenso hacia la última etapa del trayecto. El campo estaba a poco más de cuarenta kilómetros de su posición actual, y los sensores de la lanzadera estaban recibiendo ya la señal del radiofaro que la guiaría por la ruta más segura en su aproximación al área de aterrizaje. Las montañas se alzaban amenazadoras a su alrededor, aunque apenas podía ver nada de ellas. La visibilidad no iba más allá de los ciento cincuenta metros en el mejor de los casos, y la lumi se veía obligada a hacer correcciones constantes con el timón para evitar que los fuertes vientos cruzados la hicieran salirse de su rumbo. Gruesos copos de nieve se estrellaban contra los escudos distorsionando la vista hasta convertirla en algo irreal, y eso que la fuerza de la nevada había disminuido según el ordenador de vuelo. Si no fuera por las ayudas navegacionales que éste le proporcionaba, Rúster no creía que fuera capaz de pilotar la lanzadera a través de esos valles.

- Si me volvéis a oír alguna vez quejándome sobre lo aburridos que son los vuelos en espacio profundo - se escuchó decir a Drake por el comunicador - , recordadme este viajecito.

- Justo lo que estaba pensando - coincidió Rúster. Ya no podía ver a los dos ala-X, aunque sabía que seguían allí gracias a los sensores, aproximadamente a un kilómetro de ella por detrás y por delante respectivamente, ligeramente a mayor altura. Raiven y Drake habían adoptado una formación más abierta con el fin de disponer de más tiempo de reacción en el caso de que se topasen con un obstáculo imprevisto, y Rúster aprobaba la medida. Volar en estas condiciones ya era bastante peligroso sin necesidad de añadirle el riesgo de que se produjese una colisión entre ellos.

- No sé de qué os quejáis - dijo Raiven. - Cuando estaba en la Academia de Carida nos hacían volar por sitios peores que éste en nuestros cazas TIE sin escudos. Un error y ¡buuum! Ya eras historia.

- Quieres decir en simuladores de vuelo, ¿verdad? - preguntó Rúster.

- En realidad no. Nuestros instructores defendían firmemente la teoría de que si te ponías nervioso simplemente por tener que volar bajo condiciones adversas, tenías todas las papeletas para sucumbir al pánico cuando te vieses en presencia del enemigo.

- Eso tiene cierto sentido, lo admito - dijo Drake -, pero hay formas mejores de descartar a los pilotos mediocres que dejándolos matarse, ¿no?

Star Wars: Daños Colaterales

- Ya sabes, no es así como piensa el Imperio. Si no, todos los cazas TIE irían equipados con escudos.

- Chico, tenías que estar loco para unirme a esa gente.

- Loco por volar y por recorrer la galaxia, sí.

Drake se echó a reír. - ¿Eso no está sacado de una campaña imperial de reclutamiento?

- ¿Cómo lo sabías? - bromeó Raiven.

Rúster meneó la cabeza de un lado a otro. El Imperio no le concedía demasiado valor a la vida, ni siquiera a la de aquellos que le servían. No tenía nada de sorprendente que gente como Raiven, Víbora y tantos otros terminaran desertando para unirse a la Rebelión. Levantó la mirada del panel de instrumentos y entrecerró los ojos intentando ver algo más allá del visor frontal de la lanzadera, pero la tormenta de nieve lo hacía prácticamente imposible. A pesar de que tenía los nervios bajo control estaba muy lejos de sentirse cómoda. *Supongo que jamás habría llegado a piloto imperial, suponiendo que me hubiesen dejado acercarme siquiera a la Academia de Carida con esta colorida e inconfundiblemente alienígena cresta mía.* Estaba a punto de volver a concentrar toda su atención en los mandos cuando le pareció captar un atisbo de movimiento sobre el terreno, allá adelante. A su derecha, Lllamarada se incorporó para ver mejor. También ella lo había notado.

- Ahí abajo hay gente - dijo. - Avanzan en columna, pero no parecen tropas. Deben ser refugiados.

- Probablemente se dirigen al mismo campo al que vamos nosotros - comentó Alce detrás de Rúster.

- Pero a ellos les va a costar dos días o más llegar a pie y con este tiempo - respondió la lumi -, mientras que nosotros estaremos allí dentro de poco más de cinco minutos. - Rúster se calló lo que más le preocupaba. Que bajo esas condiciones quizá no todos los refugiados consiguieran llegar hasta el campo.

- Tan pronto como descarguemos la lanzadera podemos volver y ofrecerles un viaje mucho más cómodo a algunos de ellos - propuso Alce. - Por lo menos a los niños y a las personas mayores.

- Mira, ahí y ahí, por ejemplo - dijo Lllamarada.- Sí, veo dos o tres sitios lo suficientemente llanos como para que podamos aterrizar sin peligro. Lo hacemos una vez y después tú te marchas. Seguro que a Raiven y a Drake no les importa esperar un poco.

- Eso haremos, sí - dijo Rúster relajándose un poco. Lllamarada y Alce tenían razón, y tenía que reconocer que se habían anotado un tanto a su favor con esa proposición. - Podemos llevar a cuarenta o cincuenta personas en la *Compasión* si se aprietan un poco. Con eso podría bastar para evacuar a los que se encuentren en peores condiciones como para seguir caminando.

Rúster miró hacia abajo, pero ya habían dejado atrás a los refugiados. Se puso a calcular mentalmente cuánto tiempo les llevaría descargar y estar de vuelta con la lanzadera, sintiendo como la ansiedad crecía dentro de ella. Siempre le pasaba lo mismo cada vez que pensaba que había alguien que dependía de ella, alguien a quien podía socorrer tan sólo si se daba un poco más de prisa. Tuvo que hacer un notable esfuerzo para no incrementar la velocidad. *Como todo el mundo me dice últimamente, no podré ayudar a nadie si me estrello con este pájaro.*

De pronto volvió a percibir movimiento frente a ella, a lo lejos. Los sensores no señalaban nada, pero ella estaba segura de haber visto algo. El sendero semioculto por la nieve que seguían los refugiados, siempre en permanente ascenso por la ladera de la montaña que estaban sobrevolando, giraba a la derecha unos kilómetros más adelante para evitar una formación rocosa. Después recuperaba su orientación anterior y se perdía en medio de un paso bastante estrecho, una especie de garganta abierta entre dos paredes de roca. La lumi frunció el ceño mientras intentaba ver más allá, antes de pasar por encima.

- ¿Qué pasa, Ru? – preguntó Lllamarada.

- Creo que nada...- Pero entonces lo vio otra vez, distinguible apenas entre los enormes peñascos cubiertos de nieve que flanqueaban aquella parte del sendero. No tuvo tiempo de sentir miedo, y mucho menos aún de avisar a sus pasajeros. Cambió el curso bruscamente hacia babor apoyando todo su peso en el pedal izquierdo y tirando de los controles para cerrar el giro lo máximo posible, a la vez que de un golpe empujaba la palanca de potencia hasta el final de su recorrido. El zumbido de los motores se convirtió en estruendo al ser forzados de esa manera, pero Rúster, con los dientes apretados y los ojos abiertos de par en par, ni siquiera se dio cuenta del ruido. Por su mente desfilaron muchas cosas, entre otras que los escudos tenían que estar apenas a media carga tras el desgaste que habría supuesto la entrada en la atmósfera, y que no había considerado necesario recargarlos para no tener que sacrificar velocidad durante un rato. O que en la luna Lumi no había visto nunca nevar de esa forma, pero que quizá ya nunca podría contárselo a nadie.

Lo que acababa de ver era un AT-ST imperial, un caminante de exploración todo terreno, con sus cañones frontales apuntando directamente hacia ella.

La *Compasión* recibió una tremenda sacudida. *Impacto directo*, pensó con extraña lucidez, mientras que de pronto todo parecía suceder muy despacio. No necesitaba mirar para saber que habían perdido el ala derecha. En vano luchó por recuperar aunque sólo fuera una pizca de control sobre la mortalmente herida lanzadera, que giraba sobre si misma en dirección hacia el suelo, el casco temblando con tanta fuerza que estuvo segura de que se iba a desintegrar. Tiró hacia atrás de la palanca de potencia y conectó los repulsores en un intento desesperado por reducir la velocidad de la caída. Escuchó que Alce y Lllamarada gritaban, que el doctor Al Saruff lanzaba al aire un escalofriante lamento, expresión del terror más puro. Oyó también el aullido tremendo de los repulsores a pleno rendimiento, pero todo ello le llegaba amortiguado, como si viniera de muy lejos. Cuando al fin ella misma empezó a chillar, le pareció que era otra persona, una extraña, quien lo hacía.

- ¡SOCORRO, SOCORRO, SOCORRO!-